

LA PROFESION

FRUSTRADA.

LA PROFESION

FRUSTRADA

NOVELA ORIGINAL

POR

el autor del **Proscrito** etc.

PARTE PRIMERA.



Cádiz :

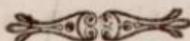
IMPRENTA DE LA REVISTA MEDICA,

Plaza de la Constitucion, núm. 11.

1842.



LA PROFESION FRUSTRADA.



Capítulo I.

COMENZABA á asomar el verano en 1595 con sus dias llenos de calor y sus noches serenas y deliciosas, cuando acabó de decidirse D. Francisco Portacarrero á llevar á cabo un proyecto que habia sido el móvil de todos los afanes y trabajos de su vida entera. Descendiente de una casa ilus-

tre habia visto pasar los títulos y riquezas á otros, que aunque hijos de un mismo lecho tuvieron la suerte de nacer antes. Su padre no recibió mas patrimonio que su espada, y apesar del amor que profesaba á sus hijos no pudo legarles mas que una posicion honrosa, y la posibilidad de adquirirse su futuro bienestar. D. Francisco era el tercero, y al ver á sus hermanos decididos por la gloria buscar en la suerte de las armas el rango á que les invitaba su nacimiento, determinó conseguir por opuesto camino las riquezas que le faltaban para que su nombre brillase con todo el esplendor que merecia.

Embarcóse en la flota de Indias, y llegado al nuevo mundo, pasó algunos años con varia fortuna, hasta que un casamiento ventajoso le proporcionó los bienes que le faltaban. Pero habiendo quedado viudo al poco tiempo, rotos los lazos que allí le detenian, y conseguido el objeto de su viage, regresó á su patria con sus dos hijos Diego y Maria, únicos frutos que habia tenido de su union.

Establecióse en Jerez de la Frontera, y empleó los caudales que habia traído en adquirir terrenos y dominios que deberian formar el patrimonio de su familia.

Mas esto no satisfacía su ambicion: no eran las riquezas suficientes para contentarlo: necesitaba un nombre que poder legar á sus descendientes: un nombre que apareceria brillante y eterno á costa del sacrificio de alguna persona que debia serle muy querida. En una palabra quería acumular sobre la cabeza del varon todo lo que la suer-

le habia hecho divisible con su hermana, y hacer á esta directamente la misma injusticia de que el habia sido víctima indirecta, porque su padre al nacer no habia encontrado nada suyo, y su hija se vería obligada á renunciar su patrimonio para engrandecer la posición futura de su hermano.

Sin embargo que esta era la idea que dominaba en su corazón, se habian pasado los años transcurridos desde su llegada del nuevo mundo, sin atreverse á realizarla. El cariño que profesaba á Maria le habia detenido siempre; pero no siendo bastante poderoso para sojuzgar al otro sentimiento, llegaría á ceder su lugar enteramente á la menor circunstancia que se presentase para debilitarlo.

Y no tardó mucho en llegar este dia que puso término á la irresolucion de D. Francisco

Maria iba á cumplir diez y seis años, y si hasta entónces habia escuchado con sumision las insinuaciones de su padre, no por eso prestaba la menor adhesion á ellas. Pronta á seguir sus menores deseos, habia sin embargo respondido siempre con un silencio respetuoso, cuando la conversacion recaia sobre este asunto. No le era dado en su carácter manifestar de otro modo la repugnancia que sentia, y lo superior que era á sus fuerzas dar un consentimiento que su padre hubiera deseado recibir voluntariamente. Pero el tiempo se pasaba con rapidez, y esta lisonjera esperanza no se acababa de realizar. El padre huía de la violencia, y la hija se contentaba con oponer una dulce apatia para retardar cuanto le fuese posible un suceso que cada dia le parecía mas penoso.

En este estado vinieron á poner término á la incertidumbre de D. Francisco ciertas sospechas que si se realizaban, destruian para siempre su favorito plan. El riesgo le puso en alarma, y su posibilidad le suministró toda la energia que hasta entónces le habia faltado.

Habia descubierto que un caballero jóven rondaba las inmediaciones de su casa, y no le costó mucho trabajo persuadirse que María rica y hermosa era sin duda el objeto de su perseverante afan. Por consiguiente no desperdició este aviso que la casualidad solo le habia dado; antes bien le sirvió de estímulo para llevar á cabo su intento, ahogando la repugnancia que hasta entónces habia tenido, y que no podia considerar ya sino como efecto de pueriles temores.

En esta situacion encontramos á D. Francisco Portacarrero puesto el codo sobre su bufete, y apoyada sobre la mano su cabeza donde bullia mas que nunca este proyecto que habia llegado á dominarle enteramente. Tenia ante sus ojos una real cédula para fundar con todos sus bienes un mayorazgo para sí y sus sucesores, con lo cual se hallaba en disposicion de sostener la brillantez de su rango, y de impetrar de su soberano la gracia de un título que poder añadir á su apellido para mayor lustre y esplendor de su gerarquía.

Sus ojos se detenian con complacencia sobre aquel pergamino, como si quisiera apartar de su memoria lo costoso que le iba á ser su adquisicion. Su frente se anublaba por intervalos, pero á poco rato aparecia una sonrisa de satisfaccion y de orgullo, que borraba hasta el mas pe-

queño vestigio de sus sinsabores. Por último despues de haberse examinado detenidamente se consideró en estado de poder realizar su resolucio: y para qué no se desvaneciera este propósito, quiso aprovechar los instantes haciendo saber á su hija lo que ya estaba decidido irrevocablemente.

Maria compareció ante su padre, que la hizo sentar á su lado con aquella espresion de cariño que siempre la prodigaba; pero que en la actualidad aparecia con cierta exageracion embarazosa que indicaba perfectamente el esfuerzo que hacia para dulcificar con sus afectuosos modales la repentina é inesperada resolucio que se veía obligado á comunicarla. Y ella le correspondió con aquellas demostraciones íntimas de un cariño verdadero y puro, que se mantiene constantemente en su mismo vigor, apesar de hallarse encerrado dentro de los límites que le marca la obediencia y el respeto que exige la posicion en que ciertas personas se hallan constituidas. Y estos dos seres que se encontraban ligados por unos mismos vínculos, sentian la necesidad de amarse estrechamente dando de este modo el tributo que ambos debian á la naturaleza: y sin embargo el cariño de la niña era mas eficaz en su misma sumision, porque no escuchaba mas que el éco de aquella, mientras que el anciano solo le percibia al traves de las relaciones sociales subyugado enteramente á sus ambiciosas esperanzas.

—Hija mia, comenzó á decir D. Francisco despues de un momento que ocupó sin duda en escoger el modo de dar principio á la conversacion: las conveniencias sociales exigen del hombre sacri-

ficios costosos, á que no se decide sin haber deramado antes muchas lágrimas, que brotan del alma despedazada, llenas de dolor y de amargura. Yo me encuentro en esta situacion, Maria; situacion penosa, á cuya violencia siento despedazarse el corazon, sin poder retroceder hasta consumir su martirio. Solo un consuelo mitiga la violencia de mi pesar, y me hace llevadera una separacion que siempre me ha faltado el ánimo para efectarla.

Maria conoció por estas palabras que habia llegado la hora fatal: su corazon latia con violencia como si quisiera reventar dentro del pecho de oprimido; pero aprovechando estos instantes de silencio, contuvo el llanto que estaba próximo á escaparse apesar suyo, aparentando una serenidad que no tenia seguramente. El padre continuó:

—La vida que te espera, será dulce y tranquila: tus dias correrán agradablemente lejos de las atormentadoras ilusiones de este mundo, que nos llenan de vanidad, y desmentidas esperanzas: pero que no podemos apartar de nuestro corazon cuando ya nos han subyugado, cuando adquieren un dominio absoluto sobre nuestro alvedrio. Tan lisongeras como falaces forman el encanto de nuestra existencia y por ellas vivimos, y por ellas esperamos, y sin ellas aborreceríamos la vida que podria presentar á nuestros ojos mas que esterilidad y vacio.

—Vas á separarte de mi lado, y esto me llena de amargura, pero vas á encontrar la paz de que carece mi corazon, y esto me dá fuerza para soportar el sacrificio. Si, hija mia vive en paz:

no como ha vivido tu padre, y vivirá los días que aun le quedan que pasar en este mundo... Estas palabras que trazaban su situación presente, y los remordimientos que no le abandonarían por el resto de su vida, conmovieron á la inocente niña; porque conoció que su padre ejerciendo toda la tiranía de su poder, era mas digno de compasión que ella misma siendo la víctima inmolada. Esta reflexión fué bastante para desvanecer un principio de despecho que la opresión de su padre hiciera brotar en su corazón, dejándola únicamente aquel sentimiento de profunda tristeza que se experimenta al presentir una desgracia irremediable, ocasionada por una mano querida que nos impele al infortunio, y contra quien no podemos descargar nuestro enojo ni esponer nuestras quejas, porque le hallamos todavía mas desgraciado, mas digno de compasión.

Maria alzó los ojos y leyó en el semblante de su padre todos los martirios que en aquel momento padecía: y considerándole como la primera víctima de sus preocupaciones y de su propio desvario, creyó que era de su deber no aumentarlos haciéndole conocerlo desgraciada que iba á hacerla para toda su vida. Sufrió en silencio, y se sometió resignada al destino que la hubiese preparado la Divina Providencia.

D. Francisco al ver la docilidad con que su hija le habia escuchado cuando esperaba encontrar alguna resistencia á su deseo, se sintió descargado de un peso enorme, y comenzó á respirar con mas desahogo, pues casi llegó á imaginarse que no forzaba sus inclinaciones, y que la encaminaba por la senda de la felicidad.

Esta idea que dispó por entónces sus remordimientos, le animó bastante para hacerla conocer aquella misma noche toda su resolucion.

—Hace mucho tiempo, la dice, que mi cariño resiste las insinuaciones de tu tia Sor Juana de Portocarrero, abadesa del convento de Concepcionistas calzadas de Cádiz, que clama con ansia por tenerte á su lado. Esta separacion há sido imposible para mi hasta ahora; pero me he convencido que aquel lugar es el único que podrá ampararte contra los insaciables deseos de la humana condicion que solo alcanzan frutos amargos, y punzantes abrojos. Dios lo quiere así Maria, pues su divina voluntad ha permitido que se mantenga en mi esta idea mas tenaz todavía que el cariño que te profeso. Este ha cedido ante la conviccion de que es preciso someterse á sus divinos arcanos, y así no he querido dilatar mas un momento que si ahora me siento con fuerzas para arrostrarlo, otro dia quizás no podré responder del ánimo que me asista para llevarlo á efecto. Mañana temprano nos pondremos en camino para Cadiz: tu hermano Diego y yo te acompañaremos, porque no queremos separarnos de tu lado hasta la última hora.

—Mañana? exclamó la niña con repentino temor al saber que estaba tan próxima la egecucion de la sentencia.

—Mañana, respondió el padre: mañana mismo, porque la dilacion no haría mas que acarrear me disgustos y tormentos que me seria imposible soportar.

María inclinó la cabeza sobre el pecho, y contempló silenciosa y momentáneamente el bondo porvenir que á su vista se ofrecia. Y sacudiendo

fuertemente esta percepcion á su alma adormecida, la arrancó de lo mas intimo y sensible un impulso violento, que ahogando sus propósitos, fué dueño absoluto de sus acciones y alvedrio. Arrojóse á los pies de su padre, y con toda la vehemencia que le inspiraba la critica situacion en que se veia, iba á pedirle gracia para aquella víctima inocente que suplicaba desde el polvo no la inmolase á sus ambiciosas esperanzas. Pero este esfuerzo sobrenatural, producido por la intima conviccion de su próxima desventura, fué un arranque involuntario emanado del deseo de la propia conservacion, que cedió prontamente ante la consideracion de que su padre no podia ceder á sus súplicas sin recoger para si la desgracia que venia directamente para ella. Y al contemplar rápidamente estas dos situaciones, prefirió arrastrar con una decision heróica todos los martirios y toda la amargura de que se hallaba sembrado el destino de uno de los dos.

Tomó entre sus mano las del autor de sus dias, llevólas á su corazon con ademan apasionado, y besandolas en seguida con respetuoso ahinco, exclamó. Señor, estoy pronta á cumplir vuestros preceptos; y ojalá que mi obediencia os traiga toda la felicidad que os desea mi corazon.

—María! Maria respondió el padre conmovido á vista de aquella accion tan grande y tan heróica ejecutada por una débil criatura, que no habia vacilado en renunciar á su brillante porvenir por someterse á sus deseos. Maria, tu eres la luz de mis ojos, y la alegria de mi corozon: tu me llenas de consuelo y de esperanza, y el cielo ha de

recompensar tanta virtud, manteniéndote dichosa y contenta en la nueva vida que vas á abrazar: é inclinándose sobre ella la estrechó cariñosamente contra su pecho.

Maria sin dejar la postura que habia tomado, pidió á su padre que la diese su bendicion.

—Yo te la doy con toda mi alma como prenda de mi reconocimiento y mi cariño: yo te la doy porque te la debo de justicia, y para que el cielo derrame sobre tu cabeza inocente y merecedora el inagotable manantial de sus gracias.

Entónces se levantó la niña, y volviendo á besar al anciano, retiróse á su aposento á fin de prepararse en el corto intervalo que le quedaba, para un viage que iba á arrebatarla para siempre de su casa, á los suyos, y al mundo entero.

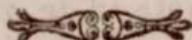




Maria sin dejar la postura que habia
tomado, pidió a su padre la bendición.



Capítulo II.



ASI que se vió sola María se entregó sin reserva á toda la violencia de su dolor. Sus lágrimas comprimidas por tanto tiempo, corrieron libremente de sus ojos, y aliviaron la opresion que casi la sofocaba. El claustro con su silencioso retiro, su aislamiento, sus penitencias, y privaciones

no era aquel mundo lleno de encantos y de flores que una imaginacion de diez y seis años se recrea en abrir á su esperanza. La austera y solitaria vida á que la condenaba su inexorable destino, no era seguramente aquel porvenir risueño y agradable en cuya contemplacion se habia merido dulcemente durante los ensueños de su fantasia. Y lisongeada con las ilusiones que habian embellecido con sus colores mágicos las horas de su existencia, era imposible que pudiese ver con ojos enjutos la vida que salia á su encuentro erizada de espinas, y condenada al olvido.

Cruzó las manos sobre el pecho, y levantando al cielo sus ojos hermosos y humedecidos, le pidió la fortaleza que necesitaba para poder sobrellevar sus tribulaciones. Su aptitud religiosa y recojada, y su semblante triste y dulce que respiraba una suma confianza en la misericordia divina le asemejaban á aquellos seres angelicales que existen de la gracia, y gozan de la presencia de su criador.

La fé que inundaba á su corazon hizo brotar un rayo de divina esperanza, que templando la agonia de su alma, la dejó entreveer no muy distante un dia menos aciago en que pudiera respirar mas libremente. Y llena de esta divina inspiracion, se sintió confortada con el dulce bálsamo de la resignacion que mitiga los dolores mas agudos, y hace llevaderos los pesares y sinsabores que asedian los pasos de la vida.

Entónces volvió los ojos hácia una ventana por donde se descubria el terso y azulado firmamento que sirve de trono á aquel ser infinito que no

pesoye nunca las súplicas del que invoca su nombre en medio del infortunio. Y su mirada rápida como el vuelo del águila de las rocas, despues de haber depositado á los pies del Omnipotente la espresion de su humilde y sincero reconocimiento, bajo á la tierra para despedirse tambien de las ilusiones que en momentos venturosos habia sabido inspirarla este mundo que iba á dejar para siempre. Pero su frente se anubló de pronto, y un grito sofocado respondió al vuelco que el corazon daba en su martirio al distinguir á lo lejos una pluma que ondeaba en medio de la oscuridad. Aquel objeto renovó todos los dolores de su alma, despertando memorias que yacian adormecidas por la mas esforzada conformidad, memorias dulces en otro tiempo, que habian abierto á su vida un sendero perfumado y delicioso de inestinguible ventura; y ahora reaparecian para hacer mas pronunciado el contraste, y mas sombrío y despedazador el porvenir á que la empujaba su destino: La esperanza y la vida habian trocado sus puestos con el olvido y la muerte, que con sus manos descarnadas é inexorables se apresuraban á segar la flor de su juventud despues de haberla marchitado con su destructor aliento.

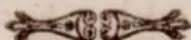
Sin embargo un momento de reflexion la hizo conocer que era inútil abandonarse de aquel modo á la desesperacion que tan cruelmente la combatia. Era escusada la resistencia: imposible la oposicion; porque ademas de ser incierto su resultado, podía ser funesto á quien Dios la mandaba obedecer y respetar. Animada de esta conviccion, quiso romper de una vez los lazos que to-

davfa la ligaban, y destruir completamente la es-
 peranza que pudiera mantenerse mientras llegaba
 el momento irrevocable: y colocando un lazo ne-
 gro á la ventana, encargó á este mudo intérpre-
 te que hiciera saber á quien pudiera comprender-
 le, que la muerte acababa de separar por toda la
 vida á los que por instinto y voluntad se debian
 haber unido en el mundo.





Capítulo III.



LA aurora teñía de arbores el oriente, y la suave brisa de la mañana soplando por intervalos neutralizaba los vapores de la tierra, calientes aun por la fuerza del sol de la víspera. El ambiente se respiraba embalsamado y puro, y el cielo despejado y sin una nube aparecía como un dosel inmenso que

cubría la tierra bajo su manto de azul y de púrpura. La naturaleza se presentaba hermosa y risueña, como se muestra siempre en este suelo privilegiado, donde los desiertos valdíos se esmaltan de flores lindísimas, y los arenales se cubren de pámpanos verdes y frondosos. En este clima delicioso donde la tierra se apresura á preveer los deseos del hombre para saciarlos, donde le brinda con delicados y ricos dones que no solo satisfacen su necesidad sino que recrean su apetito, bajo un cielo que aparta de sí las borrascas y tempestades para presentarse constantemente engalanado de brillantez y de alegría, era menester que sus moradores se considerasen bastante recompensados y dichosos, para alejar los vanos caprichos de la imaginacion de aspecto dorado y risueño, y de esperanzas mentidas y burladoras. Pero la índole del hombre es siempre la misma: las ilusiones que se crea para saciar sus ambiciosas esperanzas, pervierten su corazon en las regiones heladas como en los climas mas dulces y templados: aqui y allí es víctima de sus preocupaciones, y solo existe para hacer desventurados, ó labrarse su propia infelicidad.

María habia pensado en esto mas de una vez durante las horas trascurridas desde la conversacion de su padre hasta el momento señalado para ponerse en camino. El sueño habia huido de sus ojos, porque las necesidades del cuerpo desaparecen mientras duran las fuertes impresiones que recibe el alma en ciertas trasiciones violentas de la vida. La oracion y el llanto ocuparon aquellas horas tan amargas para ella, en que daba princi-

pio un destierro eterno de todo cuanto podia haber lisongeadó su porvenir. Pero la intensidad de su quebranto fué cediendo ante la consideracion de que era preciso someterse á su destino; y el cielo que no abandona al inocente supó inspirarla suficiente conformidad para resistir sus tribulaciones.

Antes de partir se presentó Diego en su habitacion; no habia visto á su hermana desde que su padre la hizo saber su deseo. Frívolo y sin experiencia no habia comprendido aun la inmensidad del sacrificio que de ella se exijia, imaginando que la renuncia de su fortuna, de su libertad y alvedrio, era un deber inherente á la posicion que ocupaba, y á que debia someterse sino con gusto á lo menos con resignacion. Por esta razon venia á darla consuelos é infundirla ánimo creyéndola sumergida en lágrimas y desconsuelo que siempre produce la idea de una separacion aunque sea voluntaria; pero su sorpresa fué estremada encontrándola serena y tranquila como no podia haber esperado.

—Hermana mia, la dice enlazando un brazo á su cuello, al mismo tiempo que la besaba con fraternal cariño; mi querida Maria, que gusto recibo al verte soportar con tanta valentia un suceso que recelaba habia de llenarte de tristeza y de pesar! Yo venia á consolarte, á llorar contigo este momento que para todos los es amargo; pero mas me contenta ver la serenidad con que le sobrellevas, porque así nos será menos sensible el pesar que nos devora.

La niña se enterneció con las demostraciones de cariño que la prodigaba su hermano. Alzó sus

ojos humedecidos, y con una espresiva mirada le agradeció la parte que tomaba en sus penas.

Diego se sentó á su lado; María!, María! exclamó despues de haberla contemplado un breve rato en silencio: ¿por que me ocultas tu lloro, sí yo veo que las lágrimas se asoman á tu pesar?

La niña se enjugó el llanto, he hizo un esfuerzo para sonreirse; pero la espresion de su fisonomia fué tan dolorosa con aquel movimiento forzado, que reveló claramente la triste situacion de su alma.

Diego apesar de su ligereza no pudo menos de comoverse, porque conocio que bajo aquella aparente serenidad se encubria un sentimiento profundo y eterno.

María, la dice enternecido ¿por qué no me abres tu corazon? por qué no me haces conocer esa pena que te devora, y que apesar de tu cuidado te rebosa por todas partes? ¿No soy tu hermano? no sabes que te quiero, y que si no pudiese arrancarte ese padecer, lo partiria contigo para mitigar tus tormentos?

—Conozco tu voluntad, hermano mio, y puedo decirte que mi reconocimiento es tan grande como el placer que he tenido al oirte. Estos momentos distraen de mi memoria que ha de llegar uno en que he de verme obligada á separarme para siempre de personas que me son tan queridas, y cuyo recuerdo deja en mi alma una sensacion dolorosa é indefinida. Esta es la pena que me asiste.

—Y es muy justa y natural, hermana mia: si no obrases de ese modo seria inconcebible tu proceder. Sin embargo, estos pesares que nos pare-

ten inestinguibles, se mitigan con el tiempo, y los hábitos que nos hace contraer la nueva vida que adoptamos, sino borran las antiguas afecciones, las amortiguan desde el instante que adquieren algun imperio sobre nosotros.

Esta esperanza arrancó á la niña un suspiro profundo.

Entonces el jóven suspendió sus consuelos: otra cuerda muy distinta vibraba en el corazon de su hermana, para que pudieran estar en armonia con sus sensaciones.

Pasaron algunos instantes que permaneció Diego con la cabeza baja como si temiese poner la mano en la herida que habia descubierto en su corazon. Impulsábale á ello el cariño que la profesaba, lo mucho que la veia padecer; pero al mismo tiempo le detenia la ineficacia de su cooperacion en un asunto ya decidido, el interes que le cabia en que se llevara á efecto, y una íntima persuasion de que aquel acto era un deber que su hermana cumplia; deber que exigia la costumbre y las conveniencias sociales. En medio de su irresolucion, pudo mas en aquel instante la compasion que le causaba el estado en que la veia, que todas las demas consideraciones, y se decidió á averiguar lo que pudieran tener de positivo las sospechas que en aquella mañana le habia hecho concebir.

—Maria, la dice despues que cruzaron rápidamente en su cabeza todos estos pensamientos; una pregunta quiero hacerte y espero que me respondas con verdad y franqueza.

—Habla.

—¿Abrazas con gusto la vida religiosa?

—Mi padre lo ha dispuesto así.

—No es esa mi pregunta.

—¿Y para que quieres inquirir mi voluntad?

—Para mi satisfaccion, hermana mia.

—Entónces permíteme que guarde silencio.

—Maria, yo he reclamado tu confianza en nombre de mi cariño ¿por qué me rechazas de ese modo sumiéndome en una incertidumbre que va á llenarme de amargura?

—Diego, los instantes que nos quedan para estar juntos son preciosos por su corta duracion; no acibaremos el placer de vernos reunidos con recuerdos menos agradables, que debemos desechar ahora. Demasiado pronto vendrán, y demasiado tiempo pesarán sobre nosotros.

—Maria, tu te ocultas de mí, porque me consideras un niño.

—Yo no me detengo en los años; solo miro tu cariño y tu corazon.

—Tu me niegas tu confianza porque me juzgas con injusticia.

—¡Ingrato! esclama la niña deshecha en lágrimas ¿por qué me abrumas con reconvenciones que no merezco?

—Perdoname, Maria, respondió Diego arrepentido de la dureza de la espresion; perdoname si un exceso de cariño me obliga á quejarme de tí con demasiada acritud.

—Tus palabras no me pueden ofender; pero me haces sufrir mucho cuando interpretas tan desfavorablemente mi resolucion.

—Respondeme, hermana mia.

—Ya te he dicho que es imposible.

—Tienes razon; porque tendrias que acusarme como causa principal de tus sufrimientos.

—Nunca, le interrumpió con viveza la niña para desvanecer aquella idea que podria atormentarle cruelmente: yo no puedo acusar á nadie: yo sigo el destino que la providencia me ha señalado, y me someto á su voluntad.

Diego no respondió á estas últimas palabras: volvió á quedarse suspenso y cabizbajo. Un instante despues alzó la cabeza con resolucion y dice á su hermana.

—Tu te has negado á hacerme conocer tu voluntad, pero yo he leido hasta el fondo de tu alma, y conocido la violencia que te se hace. Mi cariño es el único que tengo que presentar en tu apoyo, porque á mi edad no puedo ni valgo nada. Sin embargo el arbitrará medios para abogar en tu favor, y para conseguir de nuestro padre una relajacion en el corto plazo que ha concedido.

—Guardate de hacerlo si no quieres darme un verdadero pesar.

¡Maria! exclamó el jóven asombrado de tan inesperada oposicion.

—Los sentimientos que acabas de manifestarme me han llenado de alegria y gratitud: yo te agradezco habérmelos hecho conocer porque he gozado con ellos al ver que mi cariño te los sabe inspirar mas poderosos todavia, que todas las demás consideraciones que se aunan para sofocarlos; pero al mismo tiempo que me causan tanto júbilo, la posicion en que me encuentro me obliga á suplicarte no lo emplees en mi favor, si quie-

ves justificar la adhesión que me has manifestado.

—No, Maria, no puedo ceder en mi propósito, á menos que no me presentes un motivo justificado para ello.

—¿Por qué te obstinas de ese modo?

—Porque es un deber el que cumplo: deber que no habia comprendido hasta ahora, y de que no es posible apartarme despues de haberlo conocido.

—Diego tu vas á aumentar mis disgustos.

—No quiera el cielo que suceda así, pero si acaso, perdona la pureza de mi intencion.

—No lo haras hermano mio.

—¿Y por qué quieres legarme un remordimiento para toda mi vida?

—Ahl no, no digas eso: yo sabré tranquilizarte.

—Pues habla...

—¡Diego!

—Se franca conmigo, convénceme, y no tendrás que acusarme de tenacidad.

—¿Guardarás mi secreto?

—Eternamente si lo exijas.

—Prométemelo, y al mismo tiempo que respetarás mi voluntad.

—Te lo juro, por el cielo.

—Escucha ahora, y compadéceme.

Maria se recojió un momento en sí misma como si todavia vacilase en confiar á su hermano todo el misterio de su conducta. Pero ya era preciso hacerle conocer lo que motivaba aquella contrariedad que habia adverbido en sus palabras.

—Yo nací para el mundo, hermano mio, le dije con espresion dolorosa y resignada; porque al concederme el Señor la vida, me la dió llena de seductoras esperanzas que rechaza el claustro con rigidez, y cuyo solo pensamiento es un crimen en su sagrado recinto. Parecia que el cielo me habia trazado la senda que debiera seguir en este mundo, retirándome la vocacion que tan necesaria es para seguir la regla que abrazan las que sacrifican su posicion y su alvedrio en las aras de su Dios. Y yo siguiendo su divino ímpulso, me entregué confiada al instinto de mi corazon, que en un principio hubiera corregido sin esfuerzo, pero que hoy dia será para mí un manantial inagotable de sufrimientos y de padecer.

En este estado volví los ojos á mi padre que me impelia al sacrificio: iba á pedirle gracia, pero al mismo tiempo descubrí que toda la esperanza de su vida estaba cifrada en que mi obediencia realizase sus deseos. Esta certeza me quitó el ánimo para resistir: guarde silencio, ahogue mis lágrimas, y encierre mi dolor dentro del pecho. Estaba decidido que hubiese una víctima, y me nombré yo misma por deber.

Sin embargo no era bastante esto: era preciso para que pudiera gozar en su obra, para no legarle un manantial fecundo de remordimientos, que ignorase toda la estension de la violencia que se me hacia, y los sufrimientos á que me condenaba por complacerle. Si, Diego mio, nuestro padre ha conocido siempre mi repugancia, pero ha creido vencerla con su persuasion ¿Que lograríamos con que viese ahora su engaño? hacerle infeliz por

toda su vida si cedia á nuestras instancias: y si se obstinaba en su resolucion, labrar sin fruto alguno la desventura de ambos. Está visto, hermano mio, de todos modos el fallo que me aguarda ha de ser funesto para mi. Por eso tendré ánimo para llenar la mision que el destino me encarga, condenándome en silencio, y salvando el porvenir de nuestro padre. Que viva dichoso en el mundo coronado de la mas seductora perspectiva, mientras que su hija en el retiro del claustro pide al cielo la conformidad que (aun le falta, y el aliento que necesita para no retroceder en sus propósitos ante las tribulaciones que le esperan.

Calló la niña, y su hermano parecía escucharla aun, no atreviéndose ni á combatir su resolucion, ni á consolarla en sus aflicciones.

—¡Pobre hermana mia! exclamó despues de haberla considerado algun tiempo silencioso y enternecido ¿qué puedo yo hacer por ti?

—Compadecerme, y sepultar mi secreto en lo íntimo de tu corazon.

—Tu lo has exigido, Maria, y yo he prometido obedecerte; mas la pena que lo inunda va á rebosar apesar suyo, y á quebrantar el juramento que ha sellado mi boca.

—No es á un niño á quien he confiado la relacion de mi desventura; este desahogo de mi alma ha sido para un hermano que teniendo tanto interes como yo en conservar la felicidad del autor de sus dias, hallará fuerzas en su espiritu varonil para sofocar el grito de su dolor, como he podido hacerlo en mi combatida flaqueza.

—Maria! Maria! la heroicidad de tu sacrificio

te da aliento para consumarlo: pero yo que no veo mas que la víctima inmolada, y que solo escucho las voces de un cariño alarmado, siento que mi corazon se despedaza al considerar que podía apartarse de tu vida esta hora funesta, y que si dego seguir su curso sonará eternamente en mi oido, como el remordimiento que lanza la conciencia para aterrar al culpable con un grito de eterna reconvencion.

—Sufre por deber, y llora por compasion, y en silencio; pero calla, y respeta mi voluntad como has prometido ante la faz del cielo.

Diego enjugó sus lágrimas, y no se atrevió á despegar sus labios. Lleno de temores y de irresolucion no pudo determinarse á adoptar ningun partido, porque despues de haber oido á su hermana, su corazon se resistia á verse condenado á guardar silencio, y á aparecer como testigo indiferente de un acto que era una sentencia de injusticia y ceguedad, y cuyas consecuencias habian de llenar todos los instantes de su vida de amargura y de dolor; y al mismo tiempo consideraba que no podia huir de este extremo sin dar en el que habia obligado á Maria á resignarse al sacrificio.

—Nuestro padre se acerca, añadió apresuradamente la niña; olvida cuanto ha pasado; olvidalo hermano mio por mi amor, por nuestro cariño; por este cariño que te hace sufrir y padecer. Prométemelo por piedad...

—Si, te lo prometo otra vez, Maria; disipa tus temores que yo sabré vencerme, y obedecer tus preceptos como deseas.

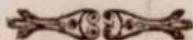
Entónces apareció el padre en la habitacion: ha-

bia sonado la hora señalada, y todo estaba dispuesto para la partida. Los dos jóvenes se enlazaron fraternalmente por la cintura, y salieron á tomar los caballos que relinchaban de impaciencia por comenzar cuanto antes la jornada.





Capítulo IV.



ERA una mañana deliciosa, porque el aura se movía blandamente llevando en sus alas el perfumado aroma de las flores. La campiña se presentaba mágica y embelesadora, apareciendo en un continuo panorama, las praderas y los collados cubiertos de mieses y de vides. Flores y verdura,

frutos y recreo ofrece la naturaleza al hombre á cada paso que da en este suelo privilegiado, donde el Criador derrama á manos llenas los dones de su providencia divina. El sol comenzaba á asomar por el horizonte cubierto de un velo transparente, que templando el ardor de sus rayos, comunicaba á la tierra una luz dulce y agradable. Estos ligeros vapores se iban extendiendo por el azulado espacio cuyo colorido dulcificaban, como si se apercibiera al traves de una gasa sutilísima: de modo que cuando el sol tomaba altura, se hallaba la tierra amparada de la vibracion de sus rayos por estas materias que disminuían toda su intensidad, formando uno de aquellos hermosos dias entoldados, que recuerdan á entraña del verano la templada y deliciosa estacion que acaba de pasar.

No podia haberse elegido uno mas á propósito para ponerse en marcha, y gozar de los amenos paisajes que la vista recorria en el tránsito. Pero la comitiva que acompañaba á la futura esposa de Cristo iba muy embebida en sus propias meditaciones para detenerse á contemplar el territorio que atravesaban, y que á cada paso hubiera ofrecido un estímulo mas á las indagaciones de un curioso viagero. Un objeto solamente llenaba la imaginacion de todos: un objeto que aparecia á su vista en las revueltas del camino, en los case-rios de la llanura, en las haciendas de labor y casas de recreo que cubrian los ribazos mas pintorescos de la campiña: un objeto que veian en todas partes, porque siempre estaba presente á su memoria: y este objeto era el Convento de Santa Maria de la Concepcion de Cádiz término de su viage.

D. Francisco iba delante, como si pudiera salvar con su impaciencia el retardó que la ruta oponia á su deseo. Seguiale Maria cubierta con un velo espeso que ocultaba la tristeza de su semblante, asi como su aparente serenidad la amargura que inundaba á su corazon. Con los ojos bajos y la cabeza inclinada sobre el seno, parecia absorta en alguna idea que le ocupara enteramente; pero en realidad su imaginacion estaba muerta, porque su esperanza y su porvenir habian desaparecido en la obscuridad de la tumba. Por instinto su caballo seguia las huellas del que le precedia, pues aunque su mano llevaba recogidas las riendas, estaba en aquel momento sin accion para dirigirlo. Diego no abandonaba el lado de su hermana: solícito y cuidadoso espiaba sus sensaciones y estremecimientos, que volvian de rechazo á su corazon con la misma acritud y violencia, porque se hallaba condenado á sufrirlos en silencio. Dos criados antiguos venian en pos de sus señores, participando de su dolorosa amargura; pues el tiempo y la gratitud suelen ligar á las personas en sus afecciones con vinculos mas estrechos todavia que los naturales de la sangre.

Poca distancia quedaba ya para llegar al puente de Suazo que dá entrada á la isla de Cádiz, cuando fueron pasados por un caballero que á toda carrera seguia el mismo camino. Las pisadas del caballo que repetia la tierra con estruendo, retumbaron en el corazon de la niña, que salió súbitamente de su abatimiento. Alzó los ojos, y su mirada escudriñadora alcanzó á ver al que se alejaba con tanta velocidad. Un suspiro ahogado espiró en sus la-

bios trémulos y descoloridos, que balbucieron al mismo tiempo un nombre perceptible solo para su alma: un movimiento convulsivo de impaciencia agitó sus miembros delicados dando á conocer en el apasionado ademán con que cruzó las manos sobre el pecho las violentas sensaciones que en aquel momento su espíritu padecía.

Nada se escapó á Diego, que siguiendo un impulso irresistible, lanzó su caballo en pos del que ejercia tanta influencia en el corazón de su hermana. Pero un movimiento suplicante de esta detuvo su ardimiento, porque le hizo recordar lo que tan formalmente le habia prometido aquella misma mañana. Volvióse á su lado mas triste y mas lleno de pesar, pues aquella repentina aparicion le habia hecho sentir con mas eficacia la inmensidad del sacrificio que Maria iba á consumir.

Y esta interesante criatura dominando el íntimo sentimiento que á cada instante reaparecia para combatir su resolucion tuvo ánimo para dirigir una mirada de despedida al que habia sido el ensueño de su fantasia, y cuya pérdida lloraba únicamente al dejar un mundo en donde el era su encanto y su porvenir. Alcanzóle á ver á lo lejos y apesar que al poco tiempo hubo desaparecido por la velocidad de la carrera que llevaba, continuaba mirándole todavia creyendo distinguir las ondulaciones de la pluma de su sombrero que el vientecillo agitaba á su antojo. Pero cerciorada despues que aquella sombra no era mas que efecto de su imaginacion, volvió á inclinar la cabeza sobre el pecho, y colocando

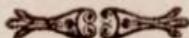
la mano sobre el corazón, parecía querer asegurarse que no la había abandonado para seguir al que en tiempos mas venturosos eligiera por su dueño.

Pasada esta escena, continuóse el camino con el mismo silencio y la misma monotonía que hasta entónces habían llevado.





Capítulo V.



EL Papa Inocencio VIII dió en 1489 la regla del cister con obediencia al ordinario, á las monjas Concepcionistas, que debieron su fundacion al celo religioso de una ilustre dama portuguesa nombrada Doña Beatriz de Silva, que estableció en compañía de doce religiosas de Santo Do-

mingo la primera casa de esta órden en la ciudad de Toledo. Pero habiendo ocurrido algunas desavenencias, su sucesor Alejandro VI les dió en 1501 la regla de Santa Clara, sugetándolas á los frailes de San Francisco; cuya resolucion no siendo del agrado de algunas, acudieron de nuevo á Roma, y obtuvieron de la santidad de Julio II que confirmando cuanto habian hecho sus antecesores, las diese una regla particular.

Entónces se comenzó á estender la órden por España no siendo Cádiz de las últimas ciudades en poseerla, ya que no habia sido la primera como en un principio fué la intencion de la fundadora. En 1527 se estableció una casa de esta órden bajo la advocacion de Santa Maria contando de existencia sesenta y ocho años en la época de la presente historia.

El convento de las monjas de Santa Maria estaba edificado en lo alto de la ciudad hácia la parte que cae al sur, y sus enrejados miradores levantados en lo mas saliente del edificio dominaban toda la estension de aquellas aguas agitadas y borascosas, que combatian sin cesar contra los arrecifes de peñascos que la playa oponia á sus continuos y atronadores embates. La entrada de su iglesia miraba al centro de la poblacion, y tenia delante una especie de plaza mezquina é irregular, desde donde comenzaba abajar el terreno formando un declive que dejaba en su parte superior la graderia ó terraplen que precedia al pórtico del templo.

A esta plazuela llegó la cabalgata poco despues de mediodia; y habiéndose apeado D. Fran-

cisco y Diego dieron la mano á Maria para que bajase, y juntos los tres atravesaron el cancel del santuario.

El templo estaba solitario, y su aspecto inspiraba recogimiento y devocion. Las lámparas que pendian de las bóvedas derramaban sus débiles destellos sobre los macizos arranques que las sustentaban, como si quisieran revelar toda la grandeza de la casa del Señor en medio de las sombras que la envolvian. Las religiosas se hallaban en coro ocupadas en el rezo de la tarde, y sus acentos nasales llenos de uncion y melancolia, vibraban ante las aras de la Divinidad repetidos por todos los ángulos y senos del edificio, como si los ángeles entonasen sus himnos al Omnipotente con voces aereas y melodiosas.

Maria se sintió sobrecogida de un santo temor al penetrar en aquellos augustos lugares, donde acaba el mundo con su pompa y sus flaquezas, y da principio la vida pura y eterna que debemos á nuestro Criador.

Postróse fervorosamente en el suelo, y pidió misericordia por la resistencia que su corazon oponia: resistencia que no podia vencer por mas esfuerzos que hacia para conseguirlo.

La austeridad del sitio, las voces que escuchaba, la presencia del Señor, todo se reunia para atemorizar á su corazon, para oprimirle mas todavia llenándole de espanto, de dudas, y de desconfianzas, y sucumbiendo bajo el peso de esta idea, tembló considerando que su ánimo podria vacilar en el momento de la prueba.

Arrodillóse Diego junto á su hermana, y levantó

su corazón al cielo con el fervor que le inspiraba su cariño, á fin de que la amparase en sus tribulaciones. Arrodillóse también D. Francisco y dió gracias á Dios por que le habia dejado ver un instante que cumplia la esperanza de su vida entera. Y estos tres seres cuyos sentimientos estaban tan separados entre sí por intereses del mundo, que alejan las afecciones y desatan los vínculos mas estrechos, volvian á reunirse en el seno de su Criador á quien se encaminaban sus súplicas, sus gracias y oblações.

Las monjas concluyeron su oficio, y los viajeros se encaminaron al torno para anunciar su llegada.

Entónces se abrió de par en par la portería, y la comunidad apareció con su prelada á la cabeza. Traian los mantos celestes sobre sus túnicos blancos, los velos negros echados á la cara, y en la mano una vela encendida: y formándose en semicírculo quedó en el centro la abadesa frente de la entrada. D. Francisco tomó de la mano á su hija, y la llevó hasta el dintel del sagrado recinto.

—Reverenda Madre, dice á la prelada, os presento á mi hija Doña Maria Portocarrero que solicita la gracia de ser admitida en el número de las virgenes del Señor que tan santamente dirijís, para lo cual promete seguir estrictamente las reglas de esta casa, sometiéndose á todas las pruebas de su noviciado.

—Hija mia, respondió la abadesa dirijiéndose á la jóven, si obráis por vuestra voluntad en la súplica que se nos hace en vuestro nombre, acercaos á recibir mi bendicjon.

Maria penetró en el claustro, y fué á postarse ante la abadesa, que dándola su bendicion y alzándola del suelo la recibió en sus brazos. En seguida la entregó á la maestra de novicias, y dirigida por esta fué abrazando una por una á todas las religiosas de la comunidad, que le devolvieron la misma demostracion, pero sin alzarse los velos que las cubrian.

Concluido este acto, salió del concurso que presenciaba la ceremonia un hombre chico y ancho de cuerpo, cara luciente, y ojos vivos y perspicaces apesar de la edad que representaba, el cual desdoblando unos legajos que consigo traia, dirigió la palabra á la novicia.

—Yo soy Juan Rebolledo notario del Rey N. S. D. Felipe III que Dios guarde, para todos sus reinos de España, y cumpliendo con mi obligacion he estendido esta renuncia con todas las formalidades que requiere la real cédula de fundacion que me ha sido presentada por vuestro padre D. Francisco Portocarrero.

Tomó la pluma Maria é iba á firmar el instrumento que el notario acababa de presentarla, cuando este la detuvo diciendo.

—Es de mi obligacion haceros saber por si lo ignorais, que por este documento renunciáis á vuestros bienes propios, presentes y futuros, cediendo la posesion de los que habeis ahora, y el derecho á los que os pudieran tocar en lo sucesivo, en favor de vuestro único hermano D. Diego Portocarrero, para que en union con los suyos se funde un vínculo que ha de gozar él primeramente y por su falta sus sucesores por el orden de los llamamientos.

—Estoy enterada de todo, respondió la niña disponiéndose á firmar.

—Escuchadme todavía, agregó el notario: debo tambien advertiros que os condenais á la pobreza si firmais este papel, y que hecho ahora su otorgamiento, no podreis reclamar en tiempo alguno contra la validez del acto.

—¿No me habeis oido pedir mi admision en esta santa casa, donde son inútiles las riquezas que renuncio?

—No firmeis aun, señora, exclamó el notario deteniéndola otra vez: si abrazais la vida religiosa porque os obliga una autoridad que no teneis ánimo para desobedecer, ó si cedeis á la necesidad porque os creéis débil y sin apoyo, hablad una sola palabra, y la ley tomará vuestra defensa y os amparará en vuestra horfandad. Nadie puede obligaros á renunciar lo que es vuestro por derecho humano y divino, y si teneis el mas pequeño deseo, si abrigais la menor repugnancia, indicadme lo sin temor, y vereis rotos estos documentos, y de ningun valor las diligencias practicadas.

Maria fijó sus ojos en el notario con una expresion de estrañeza que parecia decirle lo innecesarias é intempestivas que eran las advertencias que le hacia. Tomó la pluma, y mientras estampaba su nombre al pié del documento dijo: por mi voluntad.

Por mi voluntad, repitió el notario; y volviéndose á los testigos añadió; ya lo habeis oido... en cuya virtud pongo mi signo y doy fé de la formalidad del acto. Y mientras asi lo ejecutaba dice á media voz á Maria: yo podia haberos salvado.

Estremecióse esta al escuchar aquellas palabras; pero luego conoció que no tenían de lisonjero para ella mas que el eco, pues su posición era la misma que cuando habia salido de su casa: los mismos motivos existían para haber desechado un amparo que nunca hubiera sido de tanto valer, como la franca y generosa cooperación que su hermano le habia ofrecido.

El notario arrolló sus pergaminos, y saludando á los circunstantes se despidió diciendo: Señores por mi parte he concluido.

Entónces María se abrazó á su padre, y derramó en su seno todas las lágrimas que habian brotado secretamente de su corazón durante aquella ceremonia. D. Francisco tambien lloró francamente, porque si habia cedido á sus ambiciosas esperanzas, no era la dureza y la insensibilidad las que formaban su carácter, y mucho menos para con una hija á quien amaba entrañablemente. La despedida fué tierna y dolorosa, porque cada uno de los dos tenia motivos para sentir su alma llena de amargura y de aflicción.

María se desprendió de los brazos de su padre para pasar á los de su hermano; pero este habia desaparecido. No tuvo valor para presenciar la ceremonia, y cuando el notario la hizo saber el derecho que le asistía para salvarse, se retiró apresuradamente, pues no podia contener por mas tiempo el impulso que le obligaba á levantar su voz reclamando la protección que necesitaba su inocencia.

La novicia comprendió al instante lo que habia sucedido: guardó silencio, y se incorporó con

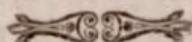
sus nuevas compañeras, que llevandola en procesion, empezaron á desaparecer en el claustro entonando á coro un himno de gracias al Señor. Y antes que hubiesen desaparecido, las puertas giraron sobre sus gonces, arrebatando á las profanas miradas de los curiosos aquel lugar de santidad y recogimiento, que sirve de morada generalmente á la virtud, al desprendimiento, y á la abnegacion.

Por largo rato se oyeron los ceros de las virgenes que dirijian sus humildes pœces al Eterno en himnos de alabanzas y de gratitud: pero el eco de sus voces se iba amortiguando por intêrvalos, hasta que cesó enteramente, succediéndole la silenciosa quietud que reinaba todos los dias en aquel recinto.





Capítulo VI.



AL día siguiente la iglesia de las monjas de santa Maria se hallaba completamente iluminada. Un concurso inmenso habia acudido á la funcion que en aquella mañana se iba á celebrar, para la toma de hábito de la nueva novicia.

Estaba esta en el coro con los mejores vesti-

dos que usaba en el siglo, y adornada la cabeza y cuello de oro y pedrería: su hermosura natural realzada por la tristeza y recogimiento que le infundía la ceremonia que iba á celebrarse, brillaba con una dulce serenidad semejante á la del astro del silencio, que aparece despues de algunos dias nebulosos mas claro y radiante en medio de las frias horas de la noche.

La comunidad vestida como en el acto del recibimiento, puesta en semicírculo de cara al altar mayor, y presidida por la abadesa, estaba con los velos echados al rostro, y teniendo cada religiosa en la mano izquierda una vela encendida. Delante de todas é inmediata á la reja del coro se hallaba Maria, sola, con las manos cruzadas sobre el pecho, y los ojos bajos, semejante en su postura humilde y respetuosa á un celestial querubín en presencia de su Dios. A alguna distancia de ella, pero mas próxima que las demas religiosas se veía á la maestra de novicias encargada de que se cumpliesen todas las ceremonias que el ritual prescribia. Inmediato á la reja por la parte de la iglesia, estaba el ministro que habia de dar validez al acto, revestido con sus ornamentos y acompañado de sus acólitos y servidores.

Dióse principio recitando el sacerdote unas oraciones, concluidas las cuales le presentaron en bandejas los velos ó tocas, la cinta, la candela ó vela y la guirnalda, que fué encomendando y bendiciendo por su órden.

Y despues de dichas y signadas todas estas bendiciones tomó agua bendita, y roció con ella todo lo bendecido.

En seguida habiendo ordenado á la novicia que se postrara de pechos en tierra con los brazos estendidos en forma de cruz, pidió que bajara sobre ella el agrado del señor por medio de sus oraciones.

Y la roció con agua bendita, y la incensó repetidas veces para que aquel alma se presentase pura y aromatizada con los perfumes de la virtud y de la santidad.

Entónces dejó la novicia aquella postura y quedando de rodillas, le puso el ministro la vela en la mano izquierda y la cruz en la derecha mientras recitaba las oraciones del ritual.

Acabado todo esto se aproximó á Maria la maestra de novicias que habia intervenido en todos los actos, y quitándole los adornos, el oro y pedreria que llevaba en la cabeza, tendió su hermosa cabellera sobre los hombros, reemplazándolos con la guirnalda de flores que recibió del ministro: y mientras entonó este una antifona que repitió á coro toda la comunidad.

Levantóse la novicia, é hincándose ante la abadesa inclinó el cuello mientras esta recitando otra antifona le cortaba en redondo la hermosa cabellera que flotaba sobre sus espaldas como primera ofrenda que se hacia de las vanidades del mundo, en las aras del Señor.

Entónces se corrió el velo de la reja percibiéndose con mucha dificultad al traves de su compacto tegido la continuacion de las ceremonias; pero se oia perfectamente recitar las antífonas que las acompañaban.

Durante este intervalo despojaron á la novicia,

de sus vestidos seculares, poniéndole el hábito, echándole el escapulario, y colocándole las tócas ó velo blanco que le correspondia.

Y volviéndose á descórrer el velo del coro apareció con el santo hábito de la casa.

En aquel momento todas las monjas unieron sus voces en un cántico coreado en que congratulándose reciprocamente dirigian al Altísimo de donde emana todo el bien y toda la felicidad, los mas fervientes votos de gratitud y de alegría. La novicia se echó á los pies de la superiora y se los besó; ejecutando lo mismo con todas las monjas de velo negro que la recibian con humildad, y le daban la paz como prenda de bien venida, y de la fraternidad con que la aceptaban.

Así que hubo concluido se volvió á su sitio delante de la reja, y se postró de cara al suelo con los brazos en cruz, mientras el ministro recitaba algunas oraciones.

En seguida entonó toda la comunidad el *veni creator*, y al llegar al versículo *accende lumen sensibus* suspendieron el cántico.

El ministro puso durante este intervalo la vela encendida en manos de la novicia, hecho lo cual prosiguió la comunidad el cántico hasta su conclusion.

Terminado el himno, pronunció el sacerdote varias oraciones, inclinándose todas las monjas en seguida para recibir la bendicion del prelado.

Este subió despues por el centro de la iglesia precedido de dos acólitos que le abrian paso por entre el inmenso gentío que llenaba la nave, y posttrandose ante el altar mayor dió gracias al Altí-

simo, por que se habia dignado admitir á aquella criatura en el número de sus elegidas.

Por último poniendo las religiosas á la novicia en el centro la llevaron en procesion, cantando con toda solemnidad el *Te Deum* con cuyo himno de acción de gracias terminó la ceremonia de la toma de hábito de Doña Maria Portocarrero.





Capítulo VII.

EN la época en que pasaban los sucesos que estamos encargados de referir, era la demarcacion de Cádiz tan distinta de lo que es hoy que nos vemos forzados á hacer su descripcion comparativa para la mejor inteligencia de los hechos, y reconocimiento de los sitios en que puedan tener lugar.

La fortificacion de Cádiz, en la parte donde ahora se halla la magnífica muralla real y baluartes de puerta de tierra, consistia entónces en un muro almenado de trescientos pasos de longitud con una puerta que estaba mas próxima al lado izquierdo que al derecho. Inmediato á ella se veia un baluarte con dos piezas pequeñas de artilleria, sin bala ni pólvora y el cureñage ó carretones quebrantados y casi inútiles. Desde la estremidad de este muro por el lado de la bahia comenzaba la muralla que habia hecho edificar el Obispo D. Antonio Zapata con el producto de algunas imposiciones sobre los vecinos, y treinta mil ducados que remitió Sevilla para la obra. Esta muralla se prolongaba con sus baluartes y traveses por este lado de la ciudad hasta un punto avanzado en la bahia, donde estaba el baluarte de San Felipe, cuyos cimientos batian las aguas sin cesar, quedando por lo tanto la parte de la circunferencia que cae al noroeste, al poniente, y medio-dia, sin otra fortificacion que los peñascos sembrados naturalmente en las playas hasta bien adentro del mar, que hacen arriesgadísima la aproximacion á tierra por los remolinos que forma el agua en sus continuos embates contra los escollos.

Parte de la superficie que hemos descrito estaba ocupada por la poblacion que comenzaba inmediato al muro de la puerta de tierra; habia una porcion de ella cercada que se llamaba la Villa, y la restante que se estendia fuera de esta cerca hasta las inmediaciones del baluarte de San Felipe por el lado de la bahia, se denominaban los

arrabales. El cercado daba principio en las casas del Obispo y subiendo por el lado del sur abrazaba parte del actual barrio de Santa Maria desde donde bajaba por el otro lado hasta la que se denomina hoy plazuela de las Tablas, en cuyas inmediaciones fenecia por detras de las casas episcopales. Comprendia dentro de su recinto la Catedral y casas del Obispo, la de Cabildo, la de los corregidores, la alhondiga, la Cárcel pública el hospital, y el castillo que hizo levantar el Marqués de Cádiz cuyas ruinas se ven todavia, y se conocen con el nombre de Castillo de Guardias Marinas. Esta cerca era antigua alta y fuerte: tenia sus torres de trecho en trecho, y tres puertas de comunicacion, cuyos vestigios se conservan aun con los nombres de arquillo de los blancos, del Pópulo, y de la rosa. Mas habiendo labrado contiguo á la misma una porcion de edificios por la parte exterior, inutilizaban su primitivo instituto que era la defensa de aquel circuito.

Por la puerta del Pópulo é inmediato á la Cárcel pública, estaban los oficios de escribanos, y mas adelante las tiendas de mercerías, confiterías y demas oficios. De la plaza que está delante de Cabildo se iba á la calle nueva, centro principal de todo el tráfico y comercio, quedando al frente la nueva puerta de la mar que conducia al muelle, á cuya inmediacion se estaba labrando en esta época por mandado de S. M. unas casas suntuosas para servir de almacenes de municiones, artillería y bastimentos.

Estendianse los arrabales fuera de la puerta de la rosa hasta lo que hoy dia es plazuela de los

Descalzos desde donde comenzaba unos arenales ocupados por un jaral en toda la parte del noroeste; pero volviendo hácia la izquierda se veia la llanura cubierta de viñas flacas, y arboledas casi estériles con sus casitas de morada salpicadas aqui y allí. Tambien habia estancias que llamaban cererías para labrar y blanquear la cera que traian de Flandes, Berberia y otras partes.

Mas adelante y hácia el poniente se hallaba la hermita de Santa Catalina cuyos cimientos lamian las aguas continuamente: este sitio era muy concurrido tanto por la gente que atraia la devocion de aquella imágen, como por el solaz que ofrecia el campo de su inmediacion.

A corta distancia se veia en una punta avanzada otra hermita mas grande advocacion de San Sebastian en donde se estendia un prado muy agradable que las gentes habian elegido para paseo de invierno.

Entre estas dos hermitas fabricadas en dos ángulos salientes, rompió la mar y salvando los arrecifes que la contenian penetraba en la tierra como dos tiros de arcabuz. Este sitio formaba un remanso apacible, sobre una playa de buen fondo, y se llamaba la Caleta, donde se guarecian gale-ras de pequeño porte, hasta poner las proas en tierra y desembarcar gente.

Hoy dia conserva el mismo nombre, pero las hermitas se han transformado en dos fuertes castillos que guardan la ciudad por este lado, y que han heredado los nombres de aquellas aunque no ocupen precisamente su misma posicion.

Desde la punta de San Sebastian hasta el mu-

ro de la entrada que es la parte que mira al medio dia, y hoy corona la muralla del sur, guarneciendo el campo de Capuchinos y el de la Catedral, existia entónces una cadena de peñas altas que servian de barrera á el ímpetu con que el mar las combatia incesantemente, y de muralla y defensa á la ciudad. Era imposible aproximarse por este lado, pues los bajios y arrecifes se estendian hasta muy adentro, el agua chocando en su empuje contra los escollos saltaba en gruesas y espumosas columnas, como si fuese lanzada al aire por un impulso sobrenatural.

Esta fortificacion inespugnable que era obra de los siglos y que hubiera durado tanto como ellos, fué destruida por el hombre para sustituir la obra de sus manos á la obra de la naturaleza. Levantóse una fuerte muralla desde la puerta de tierra hasta la punta de San Sebastian, y dando barrenos á la cordillera de peñascos que detenia á las aguas lejos del sitio en que se habia fabricado, se le franqueó el paso para que llegasen á bañarla, creyendo aamentar de este modo las dificultades de la aproximacion. Pero destruida la barrera natural que resistia el violento choque de las olas, vinieron á estrellarse contra el nuevo muro, que apesar de su solidez, ha sido minado en distintas ocasiones, causando su reparacion gastos inmensos que gravitan sobre los propietarios de la ciudad que contribuyen auualmente con una parte de sus rentas para el sostenimiento de sus fortificaciones. Además de esto se han ejercitado varias obras y trabajos para suplir la mural'a natural de escollos que fué destruida, y preservar al muro del con-

tinuo y violento choque de aquel mar siempre inquieto y borrascoso que ocasiona repetidas ruinas: mas estos proyectos solo han servido para absorber sumas inmensas, y legar à los contribuyentes la obligacion de satisfacer una deuda enorme que existe con la denominacion de renta vitalicia de fortificacion. Y la mar que se retiraba humillada ante los límites que el Criador puso á su soberbia, se lanza hoy dia iracunda contra los diques que el hombre le opone, abriendo continuas brechas en las gigantescas masas de canteria que mina y abate en la porfiada lucha que sustenta.

En las barrancas que la mar habia hecho hácia esta parte del medio-dia, se veian entónces algunos vestigios que se creian ser del tiempo de los romanos, en cuya época llegaba la poblacion por este lado hasta una distancia considerable. La mar habia ido ganando terreno poco á poco enseñoreándose de estas ruinas, y cubriéndolas insensiblemente con su inundacion. Sin embargo sobre las rocas se veian restos de edificios y sólidos murrallones cuyos cimientos resistian á la resaca de la marea que horadaba con bulliciosa bravura los arrecifes de escollos, penetrando en los senos que abria en su furioso paso. Pero cuando se veian mas las ruinas de la antigua poblacion era en la bajamar, pues retirándose el agua á distancia, dejaba en descubierto el asiento antiguo de la ciudad, cuya demarcacion señalaban perfectamente los fragmentos, y vestigios que aparecian á flor de agua.

Crazaba estos sitios en un hermoso dia de los últimos del mes de Junio de 1596 un hombre del

pueblo, embuelto en tosco gaban, y cubierta la cabeza con un rústico y redondo chambergo, buscando un parage en que guarecerse de los ardientes rayos del sol durante las calurosas horas de la siesta. Subió por el declive de una de las barrancas y recostándose á la sombras que daban las ruinas de un antiguo monumento, se mantuvo al cuidado de cinco ó seis cabras que trepando por los vericuetos mas empinados, comian el musgo de las rocas, ó algunas yerbas marinas que el movimiento de la marea depositaba entre los escollos.

El descuido que en algunos ratos le proporcionaba su obligacion, y la pesadez y flojedad que el calor imprimía en el cuerpo humano, comenzaron á influir en los sentidos del pastor, que cerrando los ojos iba rindiéndose á aquella propension irresistible, cuando vino á sacarle de su estado soñoliento una voz conocida que percibió á su lado.

—Amigo Pedro decia, ¡con que tranquilidad descansas hoy, sin pensar que tal vez mañana te esperan sobresaltos y fatigas!

Abrió los ojos el cabrero con tan inesperada salutacion, y vió delante de sí á un jovencito que no podria tener veinte años que reconoció al instante por ser el amanuense de su amo el escribano Rebolledo, ¿y que trae á su merced por estos sitios y á estas horas? le dice mientras dejaba la postura que habia tomado para descansar.

—La curiosidad respondió el mancebo: salí del oficio para comer, y en lugar de acudir á mi pitanza, trepé al campanario de la iglesia mayor á

fin de corroborar las noticias que esta mañana he oido. Estando allí te alcancé á ver en estas barrancas, y me dije á mi mismo; vamos allá que todavia sobra tiempo para comer. Y dicho y hecho: bajé las escaleras en cuatro brincos y sin tomar aliento vine á anunciarte que ya se acabó el tiempo del descanso.

—¿Y quién viene á turbar nuestro sosiego señor Leon?

—Los ingleses.

—¿Otra vez esos perros?

—Así se dice hoy.

—Déjelos su merced, que si ellos vienen por lana pueden que se vuelvan trasquilados. Bien podian acordarse del resultado que tuvieron hace nueve años, cuando llegó Drach con tanta arrogancia y tuvo que retirarse desengañado y lleno de vergüenza.

—Es verdad Pedro que así sucedió, pero entónces estábamos mas prevenidos, y la escuadra enemiga de menos poder, y ahora segun he oido decir, nos hallamos flacos y estenuados, y el enemigo mas poderoso que nunca.

—¿Y quien ha traído esas noticias?

—Un aviso despachado desde Lagos para prevenir á toda la costa, el cual dice que hace tres días se presentaron á la vista de aquel puerto ochenta bageles de la armada enemiga, en pos de los cuales venía otro número mucho mayor: y sin detenerse en aquellos mares habian hecho rumbo con direccion á este puerto.

—Entónces no tardarán mucho en aparecer en nuestro horizonte las velas enemigas.

—Eso fui yo á descubrir desde la torre.

—¿Y que habeis visto?

—Que se yo: unas veces me parecia que alcanzaba á descubrir alguna cosa: despues me cercioraba que me habia equivocado: volvía á mirar con mas atencion, y mientras mas tiempo pasaba observando mayor era mi duda y mas incierto me quedaba, hasta que deslumbrado con los rayos del sol miré á la tierra para descansar de su reflejo y te vi durmiendo en las barrancas.

Entónces vamos á subir á estas ruinas por si yo descubro alguna cosa.

Las ruinas que sobre aquel peñasco se veian conservaban algunos paredones en pié y parte de la bóveda del edificio, desde la que se prometia el cabrero descubrir con su vista perspicaz lo que el mancebo ofuscando por la vibracion de los rayos del sol no habia podido ver desde la torre de la iglesia.

Atravesaron algunos fragmentos que obstruían la entrada y que procederian del derribo de su pórtico, los cuales se hallaban amontonados en desorden, y cubiertos del musgo que producía la humedad del sitio, á donde alcanzáran continuamente los róciones que la mar lanzaba en sus embates contra los inmediatos arrecifes, cuando soplabá con alguna fuerza el vendaval. Con bastante dificultad treparon por esta escalera resbaladiza y se hallaron al poco tiempo en un terraplen cercado de ruinas mas elevadas por un lado que por otro, y que sin duda seria el centro comun de todas las habitaciones, como lo daban á entender los trozos de pilastras que se hallaban casi enterrados entre los escombros, y los arranques

de los arcos de las paredes interiores que en algunos parages existian aun, y daban una luz del órden de arquitectura que aquel edificio pudiera haber tenido.

Pedro buscaba con cuidado un sitio á propósito para subir á lo alto del trozo de bóveda que aun se mantenía sobre dos ó tres arcos vacilantes, cuando se detuvo repentinamente al descubrir un objeto que le habia tomado la delantera.

Era este un jòven que subido en lo mas elevado del paredon, y absorto en una idea que le ocupaba enteramente, no advertia lo que pasaba á su alrededor. Apoyado sobre el pretil de la parte superior del edificio que aunque cuarteado habia resistido hasta entónces la destruccion del tiempo, permanecia inmóvil y silencioso con los ojos fijos en la poblacion como si esperase ver salir de ella alguna cosa que llenaba todo su pensamiento. Ni los rayos abrasadores del sol que caian sobre su persona en aquel instante vertiendo fuego, ni el mugido de las aguas que chocando contra las peñas en la creciente formaba un estruendo continuo é incómodo, ni la conversacion que llevaban los que habian entrado y que no suspendieron hasta el momento de haberle visto, nada era bastante para hacerle volver del letargo en que se hallaba sumergido.

Detúvose Pedro á examinarlo desde abajo, y mientras lo verificaba colocó el indice sobre los labios para indicar al que le acompañaba que guardase silencio.

El que habia llamado su atencion era un jòven como de veinte y cinco años, de facciones agrada-

bles y melancólicas. Sus ojos estaban fijos en algun objeto que le ocupara enteramente, y que creeria distinguir con la misma verdad con que le sentia gravado en su alma: su boca ligeramente recogida daba á su semblante una espresion de profunda tristeza que retrataba con toda fidelidad los pesares que bullian en su corazon.

Negras eran sus calzas, y su jubon, y la pluma que se mecia en su sombrero á merced del vientecillo que de las aguas se levantaba, y el lato de su vestido armonizaba perfectamente con la situacion en que su alma debería encontrarse.

Puesto de pié en lo alto de la bóveda, reclinado ligeramente contra el derruido muro, inmóvil en aquel sitio, é insensible á cuanto pasaba á su alrededor, parecia una estatua de bronce, antiguo adorno del monumento que el tiempo hubiera respetado todavia, y que esperaba la ruina de la pared que aun la sustentaba para rodar con ella á los húmedos abismos de las barrancas.

Pedro reconoció sin duda al que habia detenido sus pasos, y quitádole con su presencia la intencion que llevaba de subir á lo alto para descubrir el horizonte, pues habiendo hecho una seña á Leon se volvieron juntos por el mismo sitio que habian entrado.

Así que estuvieron fuera del recinto de las ruinas no pudo contener el mancebo por mas tiempo su curiosidad.

—¿Quien es ese personaje, preguntó con ansia, que así se esconde entre las ruinas como pájaro de mal agüero?

—Pedro se encojió de hombros por toda respuesta.

—A otro perro con ese hueso, añadió el jóven-
cito con un movimiento de impaciencia y de in-
credulidad: si no lo hubieras conocido, si no hu-
bieras tenido idea de lo que allí hacia, pardiez que
no retrocedieras tan silenciosamente abandonando
el propósito que tenias de registrar todo el ho-
rizonte.

—¿Y por qué habeis de calcular de ese modo?
Yo me he retirado porque no me gusta turbar á
nadie en sus quehaceres, mayormente cuando pue-
do saciar mi curiosidad sin incomodar á otra per-
sona.

—Es muy razonable cuanto dices, pero no me
engañan tus palabras.

—Sois libre para pensar lo que gustéis: sin
embargo todos vuestros cálculos no podrán ha-
ceros descubrir gran cosa en un hombre que para
todos debe ser indiferente.

—Quizás sea como dices, pero yo que me equi-
voco muy pocas veces en mis congeturas he forma-
do distinta opinion. Conozco á todos los vecinos de
esta ciudad desde el mas encopetado caballero has-
ta el mas humilde mendigo, desde el ilustrísimo
prelado que nos gobierna hasta el sotasacristan
de la hermita del Refugio que pide por las no-
ches para el socorro del cotarro: conozco á los
transeuntes que llegan porque nadie se escapa de
mi requisita. Llevamos en el oficio nota de cuan-
tos vienen por mar ó por tierra, por placer ó por
negocio, y la cara de ese personage no es la de
ninguno de cuantos he nombrado. Por consiguien-
te su permanencia en esta ciudad, tan oculta, en-
cierra misterio, y el estado en que le hemos vis-

to, y su escondite en esas ruinas corroboran mi pensamiento.

—Pues señor Leon, será lo que su merced discorra mas acertado; pero yo que no soy leído ni escrito como decimos nosotros, y mucho menos tan sutil como su merced que lo tiene por oficio, no encuentro ninguna de esas visiones que se le han colado por la cabeza. Veo un hombre como su merced y como yo ni mas ni menos, con la única diferencia de que la tela de sus ropas es mas delicada y mas rica, lo que arguye condicion mas elevada, y suficiente posibilidad para ejecutar sus acciones sin recelo de que se entrometan en averiguarlas los que no tienen interes ni facultades para hacerlo.

Mordiése el amanuense los labios de cólera, pero no tuvo que responder á las indirectas amonestaciones de su rústico interlocutor.

—Con que nuestro amo continuó el cabrero, el tiempo corre y se me hace tarde averiguar la certeza de esas noticiones que habeis traído. ¿Queréis acompañarme á aquella altura desde donde podremos cumplir nuestro deseo á toda satisfaccion?

—No puedo ir tan lejos, respondió al amanuense algo mohino, y con ánimo de no ceder en su resolucion.

—Pues yo si puedo, porque! ni tengo el tiempo tasado, ni grillos en los pies.

—Buen viage dijo el mancebo alegrándose en el alma que le dejára solo.

—Salud, respondió el cabrero poniéndose al mismo tiempo en camino.

Leon permaneció inmóvil en el mismo sitio,

mientras que Pedro costeano las sinuosidades que la mar hacia de cuando en cuando, se alejaba en direccion á la altura que á bastante distancia se distinguia. Así que le vió lejos, y que se hubo cerciorado del poco interes que aquel suceso le inspiraba, pues no habia vuelto la cabeza una sola vez durante el camino, resolvió introducirse de nuevo en el terraplen de las ruinas por si se presentaba alguna ocasion favorable para saciar su curiosidad.

El hombre vestido de negro permanecia en la misma postura y con la misma inmovilidad. Entonces Leon de decidió á subir á lo alto de la roca á fin de obligarle á responder á sus preguntas. Para conseguirlo tentó la subida por varios puntos que le parecieron mas fáciles de escalar, pero su destreza quedó burlada en esta ocasion. El moho resbaladizo que cubria las piedras negaba todo apoyo al empuje con que intentaba ayudarse con pies y manos; y mientras mayor era el impulso con que se lanzaba, mas rápida y violenta su caida. Por último despues de inútiles y repetidos esfuerzos desistió por entónces, pues ya era pasada la hora en que debía presentarse en el oficio de Rebolledo, á donde se encaminó tristemente con el espíritu inquieto por no haber satisfecho la roedora curiosidad que le atormentaba, el cuerpo magullado por los encontrones y caidas, y el estómago vacio por haberse quedado aquel dia sin comer.

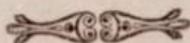
Sin embargo, antes de abandonar las ruinas volvió mirar á el hombre estatua, por si habia advertido sus tentativas; pero se convenció al verle conservar la misma posicion en que le encontrára por primera

vez, que allí le hallaría cuando sus quehacerés le permitieran volver para enterarse de lo que le hacia obrar de un modo tan extraordinario y misterioso. Con esta consoladora esperanza tranquilizó alguna cosa su espíritu, y olvidó la inutilidad de sus tentativas, sus magullamientos, y el hambre que le aquejaba.





Capítulo VIII.



UN año ha transcurrido desde que María entró en el convento, y durante su curso han pasado tantos acontecimientos que han mudado enteramente la casa de su padre.

D. Francisco llevando á cabo su plan habia fundado con los bienes de sus hijos un mayorazgo

considerable que debía empezar á disfrutar D. Diego con el título de marques de Alzaoca derivado de un territorio que poseia en el nuevo mundo y que tambien habia sido incorporado al vínculo, por que su padre procediendo con la mas escrupulosa integridad en este asunto, no se habia reservado cosa alguna de los bienes de su difunta esposa que eran los que constituian todo su caudal, llenado toda su ambicion el contento que reportaba al ver el engrandecimiento de su familia que habia sido el único y constante deseo de toda su vida. Unicamente solicitó y obtuvo de la munificencia de su soberano el título de conde del Buen Deseo con lo que se consideró suficientemente recompensado de los malos ratos padecidos y los tormentos que habia dado á su corazon al pasar por algunos sucesos que debian conducirle á la situacion presente.

A los pocos dias de haber tomado Maria el hábito en el convento de la Concepcion de Cádiz, se recibieron los diplomas que se esperaban de la corte para el padre y para el hijo, é inmediatamente se comisionó al escribano Rebolledo para que arreglándose á las cláusulas de la concesion, estendiese las escrituras necesarias para formalizar la fundacion en el término mas corto que fuese posible. Por consiguiente desde aquel momento pudieron usar ambos de los nuevos títulos con que habian sido agraciados por la corona.

El marqués de Alzaoca se casó poco despues, y su padre no solo prestó su consentimiento para este enlace, sino que lo aguardo con ansia, sin preveer que en el estado en que habia puesto los

intereses de su casa, le privaria del dominio que sobre ellos conservaba aun: pudiendo llegar tambien el caso por las vicisitudes de las familias, de ver pasar lo que hasta entónces habia considerado como suyo, pues era de sus hijos, á otras personas, que siendo de su misma descendencia, la educacion, la costumbre y las circunstancias podrian hacerlas estrañas á su persona.

Pero el anciano conde no habia pensado nunca en esto: gozaba del dia de su ventura lleno de satisfaccion, creyendo haber dejado atras para siempre la época de sus sufrimientos.

Y para colmo de su regocijo vió robustecerse á su linaje con un nuevo vástago que le aseguraba la continuacion de su apellido y de sus titulos. Este acontecimiento vino á completar sus esperanzas, apresurándose en aparecer para que fuese comprendido en este año que habia sido el mas venturoso de su vida.

Sin embargo cuando mas embebido estaba en los goces que el mundo le proporcionaba, tuvo que dirigir una mirada hácia un lugar de tristeza y de olvido, que por algun tiempo habia desaparecido de su imaginacion ocupada enteramente de aquella escena que le sonreia y alhagaba.

Maria en el silencio del claustro pasando una vida de penitencia y mortificaciones habia visto correr los dias que para los suyos fueran de prosperidad y de contento, marcados con sus lágrimas y sellados con la mas asombrosa resignacion: porque el tiempo regulador constante de los destinos humanos circula para el que padece lo mismo que para el que goza: á uno y á otro le lle-

ga el plazo prescrito: uno y otro ven á una misma hora el término de su carrera.

El año de noviciado concluyó para Maria que le habia pasado lleno de temores y zozobras, lo mismo que para el conde que apenas le sintiera pasar embebido en las fruiciones que durante su curso habia gozado.

Entónces el conde se acordó de una hija que habia renunciado todo para proporcionarle aquella situacion que ambicionára durante su vida entera: y se acordó con amargura porque no habiéndose aun concluido la ceremonia que debia confirmar irrevocablemente el acto comenzado un año hacia, era indispensable renovar cuanto su corazon habia olvidado ya, y presenciar otra vez un sacrificio que aun siendo voluntario no puede menos de conmover entrañablemente á los que conserven algun interes ó cariño hácia la persona que se consagra.

Este fué el primer momento de disgusto que sintió en todo el año que su hija pasára entregada así misma en el retiro del claustro, y este año de olvido y de abandono cuando todavia el mundo estaba abierto á su voluntad, podia probarle lo que deberia esperar desde el momento en que un nudó indisoluble la sujetára para siempre al retiro á que la habian condenado á su pesar.

Esta reflexion que más de un dia se habia presentado á la memoria de la jóven novicia no era la menor de las causas que concurrían para acibarar su existencia, y hacer mas penoso su sacrificio. Porque hasta las mismas privaciones son llevaderas para el corazon humano, cuando encuen-

tra un estímulo que le sostiene en su propósito, y le alienta en la prosecucion de su pensamiento; pero cuando se le abandona á su debilidad y se menosprecia su esfuerzo pagando con ingratitud la mas admirable abnegacion, es preciso que desmaye en sus resoluciones, y se abandone á la desesperacion y al abatimiento.

Este era el verdadero estado de Maria. La ventura de su padre habia sido para ella el impulso que hiciera brotar de su corazon aquel rasgo sublime de desprendimiento que acallando sus sensaciones la obligó á renunciar al mas alhagüeno porvenir que ante sus ojos sonreia: la ventura de su padre habia sido para ella mas que los movimientos de su corazon, y que las ilusiones en que se meciera su esperanza: habia cedido al cariño que profesaba á su padre y á la obediencia y deberes que el cielo la impusiera.

Y esta resignación cumplida por el ser mas débil en obsequio del que está dotado de fortaleza, no fué comprendida, ni apreciada, ni agradecida por este como exigian la calidad y valor de la ofrenda, porque la condicion humana compuesta de un conjunto de flaqueza y vanidad no puede dar de sí mas que ingratitud y desengaños.

El conde llegó al convento de Santa Maria de Cádiz para ser testigo de la profesion de su hija, Acompañábale únicamente el marqués de Alzacca, pues la marquesa y su familia se habian quedado en Jerez á causa de que la salud de aquella bastante delicada desde el nacimiento de su hijo no podría soportar las incomodidades del camino.

Abrióse la porteria para el padre y hermano de la no-

vicia pues podian disfrutar esta gracia particular los mas inmediatos parientes en los dias próximos á la profesion.

María los recibió con aquella espresion cariñosa que es dote esclusivo de un alma cándida y pura: y la vista de los suyos fué un solaz que el cielo le concedia en medio de las amarguras que por todas partes la cercaban.

Pero el padre no pudo verla sin sentir un movimiento interior de repelo que le hostigaba como una reconvencion merecida. Y al recibir sobre su pecho el abrazo sentido de María, aquel abrazo estrecho de un corazon siempre amante aunque martirizado, se aumentó su confusion, temeroso de que no resaltára á vista de todos el contraste que existia entre los sentimientos de ambos. Esta consideracion le produjo cierto embarazo que acabó con la poca presencia de espíritu que le quedaba, y que hubiera necesitado en aquel momento para ocultar la agitacion que padecia, y que ponía tan de manifiesto las torturas de su alma.

María tambien participó de su padecer, porque la frialdad de su recibimiento aumentó los pesares que la inundaban: pero al mirar á Diego inmediato, reanimóse su esperanza, creyendo que aliviarian su corazon las tiernas y cariñosas demostraciones de un hermano que tanto se habia interesado por ella, y tanto la habia compadecido.

Mas las circunstancias hacen variar las sensaciones del corazon humano con la misma preseteza que las vicisitudes que las producen se suceden en la escena, usurpando las últimas todo el influjo y poderio que las primeras ejercieran á su

vez. Entónces nos suele molestar hasta el recuerdo de aquel dominio, porque no concebimos como nos dejamos avasallar por una influencia cuyo prestigio ha hecho desaparecer el olvido y el tiempo. Y aquellas mismas situaciones que tanto nos conmovian porque el alma se interesaba en ellas, si vuelven á aparecer cuando se halla preocupada, se atraviesan con la mas indiferente resolucion y la serenidad mas verdadera.

Maria cuyo tiempo habia corrido ocupado en los mismos pensamientos y en la misma afliccion, no podia preveer la mudanza que se habia verificado en los suyos en los cortos dias de su separacion. No sabia la inocente que la prosperidad entibia las relaciones de la sangre, cuando se prevee que su influjo puede menoscabar en algo las esperanzas que nos ha dejado concebir la vanidad y el orgullo: y que cuando estas pasiones llegan á enseñorearse del corazon, secan las fuentes de la sensibilidad, destruyen las afecciones mas puras y arraigadas, y hacen que se encubra con cuidado hasta la demostracion mas pequena que pudiera hacer creer que todavia existia en su seno algun vestigio de interés ó compasion. Los nuevos intereses que se ha creado no dejan cabida alguna para los antiguos, que oponiéndose á su desarrollo y engrandecimiento se miran como perjudiciales, ó cuando menos como importunos.

Diego hizo conocer á su hermana lo positivo de estas reflexiones, siéndola mas extraño y doloroso su proceder, por cuanto que de él solo esperaba un consuelo que mitigase la amargura de su corazon. Tuvo que ahogar sus lágrimas y encer-

rar su agonía dentro del pecho, presentándose en medio de su familia con mas tímidez y reserva que si hubiese sido entre personas á quienes veía por primera vez.

Este golpe inesperado acabó de sumirla en el mas concentrado abatimiento, y fué necesario toda la resignacion con que Dios habia fortalecido á su alma, para que no sucumbiese á la opresion que le sobrevino en el mismo momento en que esperaba poderse entregar dulcemente á la mas alhagüeña expansion de sus sentimientos.

Pero el exceso de su martirio le dió ánimo para sufrir su padecer, y devorando en silencio sus lágrimas aparentó una serenidad que estaba muy distante de poseer, pero que creia necesaria en un círculo donde no habia un corazon que la comprendiese, ni un alma que la compadeciera.

La visita fué por lo tanto fria é incómoda, como son todas aquellas en que no preside la franca cordialidad, y que solo se hacen por pura ceremonia.

Algunos diálogos cortados sobre asuntos enteramente indiferentes, algunas frases alusivas á el acto que se iba á verificar, soltadas por la abadesa y que el padre y el hijo tenian cuidado de no comprender, para no verse enredados en una conversacion que no podia serles agradable por los recuerdos que despertára, y un silencio profundo por parte de Maria que lo veía todo, y sufría callando por todos juntos, llenaron los momentos de esta visita memorable, en que un padre y un hermano se despedían para siempre de una víctima, que sacrificaban en holocausto á sus

efimeras esperanzas, que habian henchido sus corazones de vanidad, de orgullo y de dureza.

La campana del claustro llamó á visperas á la comunidad, y la abadesa hizo presente que la etiqueta mandaba que á aquella hora se terminase la visita.

Este anuncio fué recibido con alegría por todos los concurrentes, pues el embarazo que experimentaban iba haciendo insoportables unos momentos que no consagraban al cariño, sino que eran sacrificados al ceremonial.

Como habia sido la entrada fué tambien la despedida: fria y embarazosa por una parte: llena de amargura y encogimiento por la otra.

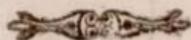
Los hombres del mundo se acordaron con disgusto que aun tenian que presenciar otra escena semejante al dia siguiente, de que hubieran querido libertarse, no por el sentimiento que les causaba, sino por el remordimiento que les reproduciria.

Y la víctima que sus egoístas ambiciones habia lanzado de su seno, la hija del claustro se estremeció involuntariamente al considerar la mudanza que en un corazon que obedece con docilidad á sus pasiones obra un año de separacion de prosperidad y de engrimiento.





Capítulo IX.



MUY afanado se hallaba el escribano Rebolledo en su oficio, firmando y empaquetando algunos documentos que según la priesa que se daba debían ser de mucha urgencia su entrega.

—Blas; dice á un chico que en la otra estre-
midad de la estancia se adiestraba en trazar algu-

nos caracteres, ¿á que hora salió Leon del oficio?

—Al toque de la plegaria.

—¡El tunantuelo! continuaba el escribano hablando consigo mismo, y levantado la voz conforme aumentaba el enojo que la tardanza del amanuense le causára. Dejarme así cuando sabe que es urgentísimo concluir este trabajo... ¿y á que salió ese muchacho? preguntó dirijiendo otra vez la palabra al chico.

—A comer: respondió este laconicamente.

—¡A comer! y tardar tanto! esto es una desesperacion. ¿Y dejó dicho alguna cosa?

—No señor.

—¡Para que! de ese modo evitaba que fueran á buscarlo.

—¿Quiere su merced que me llegue á su casa?

—Si: pero ve volando.

—En un brinco.

—Aunque no, espera, será escusado... yo tengo que salir, y el oficio no puede quedar solo... Si viniese que no se marche, que al instante vuelvo... ¿has oido? y mientras, que repase con cuidado la última escritura... ¡Dios mio! los dos! y el señor marques que espera sus documentos. Ah! Leon de los leones, que jugarreta has hecho conmigo!

Diciendo estas palabras se disponia á salir cuando apareció Leon sofocado y casi sin aliento. Conforme llegó conoció en la cara de maese Juan la reprimenda que le aguardaba por haber faltado en un dia como aquel dos horas seguidas del oficio; y para ahorrarse el sermón que no le hubiera

hecho mucha gracia, determinó aprovechar la coyuntura favorable que la casualidad ponía en sus manos en aquel momento, para disculpar con la necesidad una tardanza en que solo su curiosidad había tenido parte. Y para que no le tomasen la delantera entró con mucho alboroto, y á grandes voces decía:

—Estamos perdidos, señor, estamos perdidos: los ingleses entran en Cádiz...á mi me han tenido dos horas como prisionero, y un milagro ha sido que haya podido escaparme para venir á cumplir con mi deber.

Al escuchar esta noticia olvidó Rebolledo la reprensión que merecía y la tardanza que tanto le había incomodado: solo recapacitó en aquel instante el riesgo que corría su archivo si aquel anuncio se llegaba á verificar. Y mientras recorría con la vista todos los legajos como si con una mirada pudiera esconderlos bajo de tierra, no cesaba de repetir. Los ingleses... los ingleses en Cádiz!.. tan pronto!.. tan de improviso!..

—No diremos que están todavía; pero pueden estar que es lo mismo.

—Pero Leon, hasta donde han entrado?.. que fuistes á hacer tú, y como te han hecho prisionero? dime ¿como te hicieron prisionero?

—¡Qué! no señor: no ha entendido su merced lo que he querido decir: yo apenas he alcanzado á distinguir á los ingleses.

—Muchacho! gritó maese Juan lleno de enojo recelando que hubiese sido una burla.

—Ah! señor, yo me explicaré despacio, le interrumpió el amanuense con tono sumiso para con-

tener la esplosion que veia próxima á reventar. La agitacion y el miedo abultaron mis palabras, pero si pequé de exajerado, no me condenareis como mentiroso.

—Comienza y sé breve, porque el tiempo agudjonea demasiado.

—Venía para el oficio corriendo, pero me ví detenido por una multitud agrupada que obstruyendo el camino ó interceptando mi paso me obligo á volver atras á fin de tomar otra callejuela que estuviese espedita. Crucé con este intento dos ó tres calles inútilmente: la misma gente se agolpaba en todas, y fué creciendo su número en términos, que bien á mi pesar me ví arrastrado por el torbellino. Todos iban á las afueras á ver la escuadra enemiga que trataba de forzar la entrada del puerto, y yo ví sus bajeles que poblaban la mar, y sus maniobras. No me detuvo á ver el resultado, sino que en cuanto me pude escapar de la especie de sugesion en que me tenian, me apresuré á traerlos la noticia, y venir á llenar mi deber.

En aquel momento se oyó la esplosion de la artilleria. ¿Lo estais oyendo? exclamó el amanuense: ya ha comenzado el combate.

Maese Rebolledo dió tres ó cuatro vueltas por el oficio, indeciso sin duda del partido que debiera abrazar. Poco despues se paró delante de su bufete, y apartando algunos legajos de los que allí estaban, los guardó en la taquilla, entregando al mancebo otros mas voluminosos.

—Lleva al instante, le dice, estas escrituras de fundacion al señor marques de Alzaoca que está pasando en la calle de la Culebra á espaldas del

convento de reverendas madres de Santa María de la Concepción.

—¿Y la escritura de renuncia que debe acompañar á estos instrumentos?

—¡Ola! ola! ¿necesito acaso que mi amanuense me advierta el cumplimiento de mi deber?

—No era esa mi intención; imaginé que fuera olvido.

—Marcha á hacer lo que te he dicho; y cuidado con tropezar con los ingleses, y hacerme esperar otras dos horas.

—¿Y si el señor marques me preguntase como no puedo dejar de hacerlo?

—¡Todavía!

—¿Os incomodáis por que pido instrucciones?

—El escribano conoció la malicia del amanuense, y aunque le exasperaba su tenacidad no quiso manifestar todo el enojo que le causaba por no aumentar sus recelos. Disimuló como pudo, y volvió á repetir la orden de que llevara los documentos.

—No quisiera cometer una torpeza, dijo por último el mancebo echando á andar; pero si me pregunta....

—Si te pregunta le dices que yo mismo la pondré en sus manos cuando sea ocasión. Y cuidado amiguito con los tropiezos del camino, le gritó cuando ya salía por la puerta: tengo que salir en cuanto vuelvas, y así voy á contar los minutos que me haces esperar.

El amanuense salió de estampida silvando una marcha de ataque, que acompañaban de cuando en cuando los disparos de la artillería que se oían á

lo lejos, pues se habia trabado un porfiado combate en la entrada del puerto que defendian las naves españolas contra los enemigos, que á toda vela intentaban forzar el paso á fin de penetrar en la bahia, desde donde podian dirigir sus operaciones con mas facilidad contra aquellos puntos que conceptuasen mas axequibles ó peor defendido.





Capítulo X.



ENTRE el campo de la Jara y el prado de san Sebastian en la pendiente de un ribazo se veia una casita blanqueada con esmero, y rodeada de un cercado de bastante estension plantado de vides, y de algunas higueras que sombreaban la superficie con sus pobladas ramas, llenas todavia del sa-

broso fruto que ofrecen al hombre como grato refrigerio en los calurosos dias del verano. Desde la planicie que se estendia delante de la entrada, se descubria por el lado izquierdo las barrancas de la mar del sur, y por el otro, toda la parte del poniente y norte hasta el seno de la bahia.

En este sitio se encontraba Pedro, ocupado en observar los movimientos de la escuadra inglesa, que habiendo fondeado en la parte del sudoeste acababa de levar anclas con direccion al puerto.

Pasaron hasta 157 buques de la armada enemiga, de los cuales como unos cincuenta eran galeones y naos gruesas de Inglaterra y Holanda; los demas eran sribotes y bajeles pequeños, mal artillados, y servidos por gente bisona y canalla.

Forzaron la entrada de la bahia apesar de los disparos que el baluarte de San Felipe no cesaba de hacerles, como tambien la armada española que se aprestó á impedirles el paso. Mas siendo esta mucho, mas reducida, tuvo que desistir de su empeño y acogerse á la ensenada del puntal, donde se retiraron cuatro galeones, tres fragatas de armada, diez y ocho galeras, y unas cuarenta naos de la flota de Indias que debia partir muy en breve para su destino. Y el almirante ingles ufano con el triunfo conseguido hasta entónces, siguió el rumbo de los que se retiraban, con ánimo sin duda de embestirlos en cualquier lugar donde les dierra alcance.

Mientras esto pasaba por la mar, Pedro no cesaba de observar todas las maniobras, andando y parándose alternativamente como el que le detiene una obligacion que no le deja lanzarse á don-

de su corazón y su deseo lo impelen con violencia. Por dos ó tres veces miró hacia la población con señales de impaciencia como si esperase á alguno que debiera libertarle de tan penosa sujecion.

En efecto no pasó mucho sin que apareciese maese Rebolledo que á toda priesa se dirigia á la casita.

—¿Está en casa? preguntó asi que hubo llegado.

—Y esperando á su merced con alguna impaciencia segun infiero.

—Tiene razon, porque me he tardado mas de lo que yo mismo creia: pero no era menos mi deseo en venir, aunque puedo asegurarte que tengo esta visita sobre mi corazón.

—Bien lo creo, señor, porque tambien me aflige cuando considero el resultado que podrá tener todo esto.

—Fatal, Pedro, fatal sin que nadie pueda remediarlo; hoy termina la última esperanza, y vengo á anunciarle que debe perderla para siempre.

—Pobre señor! cuanta lástima me causa!

—Voy corriendo á despachar esta penosa comision que de mi exige el reconocimiento y la amistad, porque despues tengo que ir á cabildo, y no se lo que nos darán que hacer esos señores que se nos han soplado de rondon por las puertas.

Ya los escarmentaremos... y si su merced me da permiso para incorporarme á los que se reunen á fin de repelar su agresion, acudiré á donde mi corazón me hubiera llevado ya, á no haberme detenido hasta ahora mi deber.

—Si hombre, te lo doy por voluntad y por precision pues todos debemos acudir á la comun defensa cuando la necesidad lo exige.

—Entónces voy á cerrar la puerta de la casa, y cuando haya terminado su merced y quiera salir, podrá hacerlo por el postigo de la cerca, teniéndolo cuidado de dejar caer el pestillo.

Dadas estas instrucciones entró el escribano en la habitacion, y Pedro se fué á donde hacía rato que le llamaba su deseo.

En este momento se paseaba á lo largo de la estancia el jóven de las ruinas. Vestido de negro, silencioso, y abstraído, parecia una sombra que cruzaba con mesurado ademan el ámbito donde le aprisionára su destino.

Rebolledo salió á su encuentro para hacerle sentir su presencia, y tomándole ambas manos se las apretó afectuosamente diciéndole.

—Don Nuño, amigo mio.

—Ah! si: exclamó el jóven saliendo del penoso enagenamiento que le ocupaba: ya os conozco..... ¿la habeis visto?.

—Todavía no.

—Tampoco he podido verla desde aquel dia feliz para mi, en que al traves de los enrejados y espesos miradores apareció á mi vista como un ángel de esperanza, que confortó mi espíritu abatido al rigor de los padeceres. Yo la ví entónces como la tengo siempre gravada en mi corazon: mas hermosa en medio de sus sufrimientos: mas querida apesar de los rigores con que me condena: mas admirada á vista de la resignacion con que se sacrifica. Yo la ví entónces, y despues que

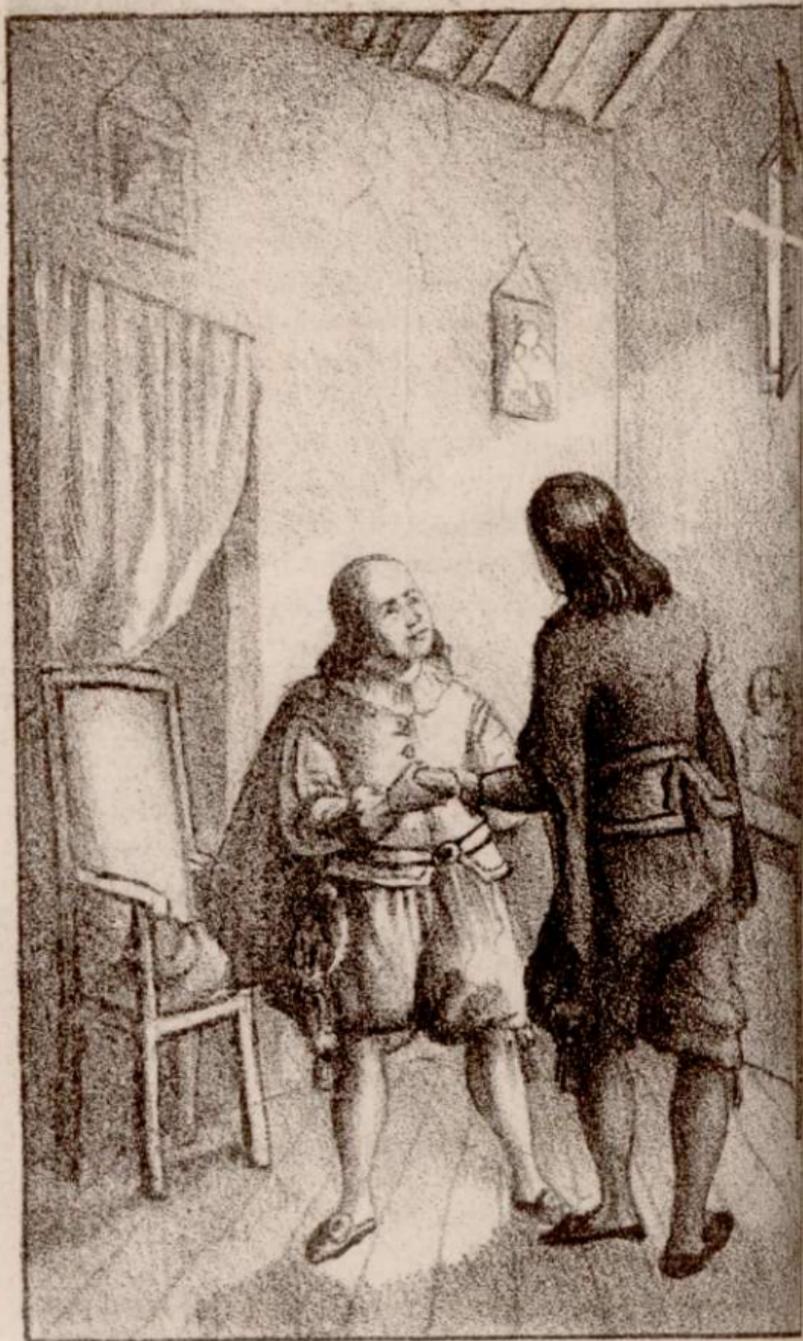
habia desaparecido, ví flotar todavía los blancos lienzos de sus tocas como si me quisiese legar un recuerdo de que aquel hábito se interponia entre nosotros para siempre. Seis meses han corrido desde aquel dia, y no ha vuelto á aparecer una vez siquiera. Sin embargo no hay uno que no la espere para mi consuelo, y desde que Dios envia sus luces á la tierra aguardo este momento de ventura, con la vista fija en el norte de mi esperanza. Desde allí escucho los sonidos de la campana que toca las horas de comunidad: desde allí me figuro verla atravesar los claustros para llenar los deberes que la han impuesto á su pesar: la veo en su celda devorando toda la amargura de su situacion, llorar lágrimas de sangre al encontrar cerrado su porvenir, y desechas las ilusiones que le coronaban: la veo en el coro postrada á los pies del crucifijo levantar su clamor doliente para impetrar gracia y misericordia: gracia en favor de su inocencia, y misericordia por los recuerdos que acibaran todos los instantes de su vida: sí, yo la veo, y la sigo á todas partes, y oro cuando ella ora, y mis lágrimas corren cuando veo correr su llanto, y uno mis súplicas á las suyas, y vuelan al cielo nuestros votos unidos, confundándose en un solo aye nuestros suspiros y nuestro dolor. Y cuando ya ha oscurecido, cuando ya no tengo esperanza de que vuelva á aparecer, recojo toda su imágen en mi corazon, y con tan precioso tesoro me siento fortalecido para pasar la noche esperando la nueva aurora que ha de encaminarme á las ruinas, donde vuelvo á gozar y á padecer las mismas ilusiones y las mismas ansiedades.

Así paso unos tras otros los días; así se sostiene mi esperanza, y se aniquila mi vida; ¿pero que importa que se consuma al rigor de su infortunio si no me es dado consagrarla á la única que puede hacerme la desear?

Calló D. Nuño, y Rebolledo que no le habia querido interrumpir, aprovechó este instante para decirle:

—Bien sabeis que he comprendido vuestro dolor, y ayudado vuestros designios cuanto ha estado de mi parte: os compadezco y me interesa sobremanera vuestra situacion. Además de estos motivos, la gratitud que me une á vuestra familia á quien debo mis adelantos y el oficio que ejerzo en el dia, me han hecho velar por vos viendo que os abandonabais á la fatalidad de vuestra suerte. D. Nuño, en vuestra desesperacion os habeis olvidado de una madre á quien debeis vuestra existencia y vuestro porvenir; de una madre que siente desde lejos todos vuestros martirios, y los llora sin consuelo y sin esperanza; de una madre que recoge todo vuestro padecer, sin experimentar el alivio que hallareis vos mismo en vuestras penas con el recuerdo del objeto por quien las padeceis.

—Es verdad, exclamó D. Nuño conmovido con las espresiones de Rebolledo, no soy solo el que padezco, porque mi dolor va de rechazo á otro corazón que siente todas las punzadas que martirizan al mio. ¡Madre mia desventurada! perdoname los tormentos que te causo; perdoname si ocupado de mis penas no he atendido á las muchas que te habrá legado mi desventura. En el exceso de mi



Mañana, repitió el escribano y nocturno
que lo hubieseis a olvidar.

agonia me he olvidado de ti, pero tu recuerdo está siempre gravado en mi alma.

—Ahora es ocasion de probarlo: ahora de beis sacudir ese desaliento que os domina, y haceros superior á vuestra desgracia. Cobrad ánimo D. Nuño, y haced ver al mundo entero que vuestro corazon no se abate en el infortunio. Levantad esa cabeza agoviada por el pesar, y vivid para vuestra madre que sabrá agradeceros y recompensar coa su cariño el esfuerzo que hagais por su amor.

—Si haré, Rebolledo, si haré, aunque me cueste un pedazo de mi corazon; pero todavia no es tiempo, porque me es imposible separarme de estos sitios mientras no fenezca el término que el cielo ha dejado abierto á mi esperanza.

—Corto es el plazo que fijais D. Nuño, y estoy muy distante de aconsejaros cosa alguna sin que le veamos cumplido. Y para que veais que os prestó toda la ayuda con que mi posicion me permite favoreceros, me he resistido á entregar la renuncia que Doña Maria hizo á su entrada en el convento, hasta que los votos que debe pronunciar mañana, la separen del mundo y sus intereses ligándola irrevocablemente al claustro.

—¡Mañana! exclamó D. Nuño retorciéndose las manos en el esceso de dolor que esta palabra le produjera.

—Mañana, repitió el escribano, y no creo que lo hubieseis olvidado.

—Ah! no, imposible: pero siempre lo escucho con estremecimiento.

—Mañana, ó por mejor decir esta noche será



el momento decisivo; y desde ahora os prevengo que su resolución es inalterable, pues que se mantiene tan firme hoy como el día en que tomó el hábito.

El jóven no respondió mas que con un suspiro profundo y doloroso.

En esta situación no os queda mas que un partido que abrazar, continuó diciendo el escribano: la separación. Ella sola podrá mitigar lo acerbo de vuestro padecer, y haceros mas tolerable la existencia que os ha tocado en suerte. Vuestra madre ha velado por vos á fin de alcanzaros la única salvación que os quedaba en este mundo, y os pide por mi boca que cuando suene la hora del infortunio os acojais á ella como al único refugio en quien debéis confiar. Teneis real nombramiento para encargaros de una de las mas distantes regiones del nuevo mundo, y la flota debe partir muy en breve. La solicitud de vuestra madre lo ha previsto todo; aprovechaos del fruto de sus afanes, por vuestro bien y por el suyo, aceptando el partido que su amor os presenta para cuando llegue aquel instante que no puede tardar.

—Sí, partiré, respondió D. Nuño conmovido por el cariño y desvelo con que su madre le habia atendido en su desgracia: partiré si se confirma la sentencia de mi muerte; pero hasta entónces que no se me hable mas de esto. Dejadme solo, entregado á mi mismo, á mi incertidumbre y á mi agonía, para que pueda saborear todos los trances de estas horas tan temidas. Pasado mañana me volveréis á ver.

Al concluir estas palabras inclinó la cabeza so-

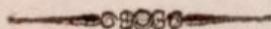
bre el pecho, haciendo inútiles todas la tentativas de Rebolledo para obtener un consentimiento mas positivo.

—Y viendo el poco fruto que sacaba de sus esfuerzos, y la necesidad que habia de su presencia en otra parte por los acontecimientos del dia, se separó de su lado con ánimo de volver á buscarle el que le indicara, y saliendo por el portillo de la cerca se encaminó apresuradamente hácia la poblacion.





Capítulo XI.



ASI que las religiosas hubieron terminado sus rezos despues de la visita del padre y hermano de María, tomó á esta la superiora por la mano, y seguida de la comunidad recorrió todo el convento, desde los sótanos hasta la torre, deteniéndose en cada estancia y en cada piso, á fin de que

conociera la casa donde iba á pasar el resto de sus dias. La novicia se dejaba conducir por la abadesa con ademan obediente, y mientras esta hacía algunas exortaciones alusivas al nuevo estado que debía abrazar, su corazon latia dentro del pecho como si todavía fuese posible resistir al destino que le habia alcanzado. Y al mirar aquellos claustros sombríos, menos tristes ahora por la ceremonia que tenia lugar, pero que muy en breve quedarian silenciosos y desiertos, sintió aumentarse su agonía reflexionando que aquellas paredes eran los límites de su porvenir, y el sepulcro de su existencia.

En este momento llegaron á la galeria alta por entre cuyos espesos enrejados se descubre la mar y la poblacion, y las afueras de la ciudad; y las monjas se aproximaron para ver lo que solo les era permitido en ciertos dias notables. María se quedó sin aproximarse: tuvo ánimo para resistir á la tentación, á fin de no aumentar mas los dolores que en aquel momento eran acerbísimos.

Las religiosas sabian ya la aparicion de la escuadra inglesa, pero ignoraban los progresos que habia hecho en su ataque, y el estado de alarma y de confusion en que se hallaba el pueblo. Y al aproximarse á los miradores fué tal el espanto que les causó su conocimiento que dirigidas por un mismo impulso se encaminaron juntas al coro para pedir á Dios proteccion y ayuda en las tribulaciones y peligros que á todos esperaban.

Mientras tuvieron ocupadas en sus rezos habia ido disminuyendo poco á poco el cañoneo de los fuertes y de los buques, y el alboroto de la ciudad

tambien se habia aquietado considerablemente por las providencias que dictaron las autoridades para mantener el órden.

Viendo esto la abadesa creyó que debia proceder inmediatamente al acto de la profesion de la novicia, para lo que habia preparado con antelacion á Maria: y constituyéndose en la sala de capítulo, comenzóse la ceremonia de la profesion que tiene efecto en comunidad, y se ratifica despues públicamente en la funcion que se hace al otro dia para la toma de velo.

En aquel momento se habia cumplido un año y un dia desde que comenzó el noviciado, pues sin que haya corrido este término de reciprocas pruebas no puede procederse á la profesion.

Maria entró en la sala, y arrodillándose delante de la abadesa, y cruzando sus manos sobre el pecho con humilde ademan, la dijo:

—Madre mia, os pido por Dios que llameis á capítulo á todas las religiosas profesas porque quiero pedirles una caridad.

—¿Y que es lo que deseais?

—Profesar en esta santa religion.

—¿Y habeis confesado?

—Si, madre mia, estoy del todo preparada.

—Siendo así cumpliré con vuestro deseo; retiraos hasta que se os mande comparecer.

Levantóse la novicia y salió fuera de la sala.

Entónces á una órden de la superiora se tocó á capítulo, y todas las religiosas profesas acudieron al llamamiento.

Reunidas todas y formando el capítulo, se mandó comparecer á la novicia.

María entró de nuevo en la sala, é hincándose en el centro del círculo que formaban las religiosas dijo con voz conmovida.

—Señora abadesa, y señoras hermanas, yo estoy contenta de esta religion y regla, y de vuestra conversacion, y si de la mia estais contentas, por el amor del Señor y de la Virgen sin mancha, que me querais recibir en vuestra compañía, y darme la profesion en que yo viva como religiosa, y haga penitencia por mis pecados.

—Hija mía, contestó la abadesa, salid fuera mientras esploro la voluntad de nuestras hermanas, para saber si vuestra vida y conversacion han sido dignas de alcanzar lo que demandais.

Volvió á salir la novicia obedeciendo el precepto de la superiora, y esta dirigiéndose á la religiosa que mas inmediata estaba la preguntó.

—¿Habeis notado en la novicia durante el tiempo que lleva en nuestra comunión, algunos defectos ó tachas por los cuales no pueda ser recibida?

—No, reverenda madre, contestó esta, nada tengo que alegar en su perjuicio.

La abadesa repitió la misma pregunta á la segunda religiosa, cuya respuesta fué concebida en los mismos términos que la anterior.

En seguida la reprodujo á la tercera y á las demas una por una segun el turno que guardaban, y todas estuvieron contestes en sus respuestas.

Entonces la abadesa mandó llamar á la novicia.

Apareció esta otra vez, y postrándose de ca-

ra al suelo, esperó en esta humilde postura que la superiora la hiciera saber la resolución que se había adoptado.

—Hija, le dijo esta desde su sitio ¿qué pedís?

—Misericordia, y profesion en esta religion por amor de Jesucristo: contestó la novicia con voz suplicante y conmovida, y sin levantar la cara del suelo.

La abadesa no respondió, y hubo una pausa, cuyo intervalo aprovechó Maria para reanimar su fortaleza, encubriendo la emocion que experimentaba.

—¿Que pedís dijo por segunda vez la abadesa

—Misericordia, y profesion en esta religion por amor de Jesucristo.

Tampoco respondió la prelada á esta segunda manifestacion.

La aspirante continuaba postrada en tierra interin la superiora le daba á conocer la voluntad de las religiosas.

Despues que hubo transcurrido un tiempo igual á el que medió entre la primera y segunda pregunta, volvió á decirla por tercera vez.

—Qué pedís?

—Misericordia y profesion en esta religion por amor de Jesucristo.

Entónces la abadesa la roció con agua bendita, y la mandó ponerse de rodillas delante de ella.

Levantóse Maria á la voz de la superiora, y fué á hincarse en el sitio que le había señalado.

La superiora tomó en sus manos la regla de la casa, y presentándola abierta á la novicia la dijo:

—¿Vos habeis leído esta regla, y las constituciones de esta casa, orden, y religion, y estais bien informada de ellas?

Maria fijó sus ojos en aquellas constituciones que eran los grillos que habian de aprisionar su voluntad y su esperanza: en aquellas constituciones cuya rígida observancia iba á jurar aunque las conceptuaba superiores á sus fuerzas. Fijó los ojos; pero nada vió, porque un velo ofuscaba su vista así como un pensamiento solo ocupaba su cabeza: un pensamiento que le hacia vacilar y estremecer, dejándola solamente la facultad de asistir maquinalmente á la ceremonia que entónces tenia lugar.

Bajo el influjo de esta situacion, dominada alternativamente por las sensaciones que la producía, y un recuerdo que la impelió á arrostrarlo todo antes que retroceder, respondió á la abadesa con alguna tímidez, pero bastante distintamente.

Si, madre mia.

—Pues escuchadme hija, y reflexionadlo bien antes de decidirlo. Esta es la regla y ley, só las cuales habeis de vivir: si os atreveis á cumplirlas entrad en nuestra comunidad: y si no idos libre á vuestra casa como vinisteis.

La aspirante se estremeció al escuchar estas palabras, porque parecian pronunciadas espresamente para su situacion: porque parecia que la abadesa habia penetrado la violencia que se estaba haciendo, y el esfuerzo que le costaba dominar un sentimiento que luchaba en su interior por sacudir el yugo que le impusiera la mas acerba tiranía.

Sin embargo no pudo lisongearse mucho tiempo con esta esperanza, pues el semblante de la superiora que hasta entónces se habia mantenido impassible, comenzó a manifestar algunas ligeras señales de impazienza por su imprevista tardanza en responder.

Entónces conoció María que se habia dejado seducir por las lisongeras espresiones de una formula: entónces desvanecida la ilusion volvió á aparecer á su vista su estado verdadero: entónces recordó que la hermana de su padre secundaba sus intenciones por conviccion y por cariño: entónces creyó lo que habia creído siempre, que no encontraria piedad para ella: y convencida de que no alcanzaria nada con manifestar la flaqueza de su ánimo, se resolvió á dar una respuesta de que protestaba su corazon al mismo tiempo que su boca la pronunciaba.

—Con la ayuda de Dios, dijo, y de nuestra Señora, y de vuestras oraciones, y de estas madres, me atrevo á cumplirlo, lo quiero, y pido de mi libre y espontánea voluntad.

Una detonacion horrorosa se oyó en el instante que la novicia dejó de hablar: las paredes, las bóvedas, el edificio entero retemblaron á la violencia de la esplosion, y el suelo se estremecía como si hubiese perdido la tierra el equilibrio que la sustenta en su curso.

La abadesa se puso en pié aterrorizada, y levantando sus manos al cielo pidió misericordia.

La comunidad entera siguiendo el ejemplo de la prelada buscó en la oracion un refugio contra sus mismos temores, confiando solamente en Dios que era su amparo y su única esperanza.

Y Maria que se consideraba culpable para con su Dios por la poca sinceridad con que concurría á aquel acto, cayó postrada en tierra, y lanzando un grito de espanto que arrancara aquel inesperado acontecimiento, dijo con espresion intima y suplicante.

—Perdon, perdon para la hija culpable por debilidad, pero no por extravio.

Sucedió un silencio mas horroroso todavia que la detonacion que le habia precedido, durante el cual se sentía de vez en cuando algunas vibraciones, vestigios sin duda del estremecimiento pasado. Un resplandor vivísimo iluminaba la atmósfera, y desterrando la oscuridad de la noche penetraban sus rayos lucientes por las ventanas y claravoyas del convento, haciendo parecer opacas las luces que estaban encendidas.

Entónces la abadesa entonó el magnificat, y todas las religiosas unieron sus voces en este cántico, á cuya conclusion se postraron en tierra, y con las manos cruzadas sobre el pecho rezaron el miserere llenas de compuncion; y humilladas en el polvo confesaron sus culpas impetrando perdon y misericordia.

Concluido el salmo se levantó la superiora y dijo.

—Ya parece que todo se ha calmado; pues no se oye rumor alguno. El Señor se ha apiadado de nosotras, y nos ha libertado de un terremoto como lo hacian creer los anuncios que hemos visto. Si, hermanas mias, nuestros pecados eran merecedores de este castigo tremendo, del cual hemos escapado por la bondad infinita de nuestro

Dtos. No ha querido que todas las plagas aflijiesen de una vez á sus hijos extraviados: nos preserva de una, y nos deja la de nuestros enemigos que tambien lo son de su fé: este es un azote de su justicia: conformémonos con lo que está dispuesto en sus divinos arcanos, sometámonos á su voluntad, y bendigámos su nombre.

—Amen, respondió á coro toda la comunidad.

—Sentémonos, hermanas, ya que el señor mitiga su cólera, y abonanza las horas de su rigurosa justicia.

Las religiosas ocuparon sus puestos respectivos á la voz de su prelada.

Esta tomó el libro de las constituciones y regla, y teniéndolo abierto sobre las rodillas puso sobre él sus manos, y dijo á la novicia.

—Escucha Maria los votos que has de pronunciar.

»Yo Maria Portocarrero, por amor y servicio de nuestro Señor, y de la santa Concepcion de su gloriosa madre hago voto y promesa á Dios, á la bienaventurada Virgen, á todos los santos, y á vos madre mia, de vivir todo el tiempo de mi vida en obediencia, sin tener nada mio, en castidad, y perpetua clausura, segun la regla del papa Julio II concedida y confirmada á nuestra órden.»

—Acercate hija mia, y pon las manos sobre este libro para pronunciar el juramento sagrado que ha de unirme por toda la vida al Dios que se digna recibirte y ampararte. Acercate á recoger este supremo galardón que ha de coronar el instante que tu corazon aguarda hace un año, y que es el estado mas perfecto, mas glorioso y mas dig-

no para la que lo demanda con sencillez, con voluntad y vocacion.

Maria obedeció el mandato, y trémula y agitada se arrodilló ante la abadesa.

Esta le tomó las manos que colocó sobre el libro entre las suyas.

Lo que en aquel momento sintió Maria, es imposible espresarlo: sus ojos habian perdido el brillo que constantemente los animaba, sus labios estaban lívidos y secos, y su rostro pálido y contraído. El forzado ademan de sus acciones indicaba claramente lo violento de su situacion y las torturas que su alma padecía. Era muy augusto, muy respetable el acto que iba á tener lugar para que no le punzase la poca sinceridad con que se presentaba, y mas todavia al recordar los signos de desaprobacion y enojo con que el cielo habia escuchado sus primeras palabras.

Sobrecogida por el terror, y anonadada por los remordimientos que á cada instante se lanzaban con mas encarnizamiento sobre su combatido y agotado ánimo, obedeció el precepto de la superiora, no teniendo ya fuerzas para luchar ni para discernir; y repitiendo la fórmula que le dictaban, pronunció con acento débil y balbuciente.

=Yo, Maria Portocarrero por amor y servicio de nuestro Señor, y de la santa Concepcion de su gloriosa madre, hago voto y prometo á Dios.....

Al llegar á estas palabras se repitió el mismo fenómeno que tanto asombro les habia causado un momento antes; pero ahora sonó su estallido todavia mas violento y mas aterrador.

Maria quiso pedir misericordia, titubeó y cayó

en tierra sin sentido, porque aquel trueno horroso parecia haberse desplomado sobre su cabeza y herídola en el corazon.

Las religiosas tornaron á sus ruegos, y con lágrimas de un dolor profundo esperaron resignadas la justicia del Omnipotente.

Porque los síntomas de esta segunda convulsion eran mas horrorosos de lo que puede describirse. La tierra se estremecia bajo los pies, y la atmosfera aparecia iluminada y radiante. La alarma y el espanto se habian estendido por toda la ciudad, y un clamor general, un grito de horror llenaba el espacio. La campana de cabildo tocaba á rebato sin cesar, y aumentaba el espanto y el desórden. En medio de este fragor se percibió de pronto unos golpes tremendos á la puerta que casi la desquiciaban, y que eran repetidos con impaciencia y sin interrupcion. Entónces la abadesa encomendándose á la Santísima Virgen, mandó abrir para saber quien podia turbar de aquel modo y en aquellas circunstancias la tranquilidad de su retiro.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

LA PROFESION

FRUSTRADA.

LA PROFESION

FRUSTRADA

NOVELA ORIGINAL

POR

el autor del **Proscrito** etc.

PARTE SEGUNDA.



Cádiz:

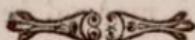
IMPRESA DE LA REVISTA MEDICA,

Plaza de la Constitucion, núm. 11.

1842.



LA PROFESION FRUSTRADA.



Capítulo I.

LAS religiosas se dirigieron en comunidad á la porteria, donde continuaban los golpes con la misma repeticion y estruendo.

A la voz de la superiora abrieron las hermanas la puerta, y apareció el capellan acompañado de otro sacerdote.

Su semblante demudado, y el azoramiento de su ademan esplicaban fácilmente el miedo de que se hallaba poseido, y que le habia obligado á llamar de aquella manera tan inusitada.

Reverendas madres, les dijo, rogad á Dios que nos proteja en el trance en que nos hallamos, y dejad el convento inmediatamente para buscar un asilo que os preste mas seguridad.

—Ya nos hemos encomendado al Altisimo, respondió la abadesa, y esperamos con resignacion las pruebas que nos envíe, ¿pero que motiva ese trastorno que llega hasta nosotras?

—Los buques españoles están ardiendo, los ingleses desembarcan á millares, y esta noche los veremos dentro de la ciudad. Toda resistencia es inútil porque el Señor nos ha dejado de su mano, entregándonos á merced de esos hombres apóstatas, enemigos de su fé y de su nombre.

—Nuestros pecados han atraido sobre nosotros su ira justiciera: exclamó la prelada, y no pudo decir mas por que la extraordinaria y penosa situación que á su vista se presentaba habia embargado sus potencias y anudádole la voz á la garganta.

Las religiosas no sabian que partido abrazar, cuando se volvió á oír otra esplosion que aumentó la confusion del pueblo que huia sin saber á donde: por entre el tumulto de sus voces se levantaba el repetido toque de rebato que en la oscuridad de la noche infundia mas espanto y alarma.

Entónces llevadas del impulso que generalmente arrastraba á todos, siguieron silenciosamente al capellan, que habia venido para conducir las al castillo á fin de preservarlas de un

acontecimiento desgraciado si como era de esperar asaltaban la ciudad aquella noche.

La muralla de la puerta de tierra no podia oponer resistencia alguna, y el convento de Santa Maria estaba tan próximo á la entrada, que hubiera sido el primero en sufrir el desenfreno y licencia de la soldadesca.

Maria ligada al destino de la comunidad siguió las huellas de las religiosas para acojerse al asilo que debia preservarlas de todo desacato. Iban agrupadas y llenas de susto, y sus plantas tocaban con estremecimiento un recinto que habian jurado no volver á pisar mas.

La atmósfera estaba rojiza como ya hemos dicho, y derramaba una siniestra claridad que desvanecia la lobreguez de la noche: pero en las estrechas callejas y pasadizos que tenian que atravesar, la sombra de los edificios conservaba una oscuridad mas pronunciada todavia por el contraste que hacia con las otras mas iluminadas.

Un bulto que habia seguido á aquel reducido rebaño que huia lleno de pavor, habiéndose adelantado antes de llegar á estos oscuros sitios, se detuvo escondido en el ángulo saliente que formaba un edificio mas avanzado que los otros, desapareciendo en la oscuridad que aquel parage le proporcionaba.

Pasaron las religiosas sin haber advertido su accion, sin haberle visto tampoco, pues su pensamiento estaba embebido en la situacion que les aquejaba, no dejándoles mas facultad que para temer, y sentir: temer los peligros que aparecian tan inopinadamente: y sentir las circunstancias tan lamentables que las obligaban á abandonar la casa

del Señor, y entregarse á la fuga para salvar unas vidas que le habian consagrado esclusivamente.

Pero Maria no pasó: aquel objeto que se habia escondido para acecharla en su tránsito, la detuvo de repente, y atrayéndola hácia sí, quedó embuelta en la oscuridad de la esquina, desapareciendo de la vista de las demas religiosas que en el estado en que se hallaban no echaron de menos de su desaparicion.

La sorpresa que una accion tan inesperada produjo en la novicia, debilitado ya su espíritu con tantas emociones como habia padecido en aquella noche memorable, le quitó la fuerza para resistir, y el aliento para gritar. Cruzó las manos con resignacion, y cerrando los ojos de desfallecimiento, se sometió á su destino, entregándose en brazos de la Providencia que asi la probaba con tan repetidos conflictos.

Un momento despues recobró la serenidad que la habia abandonado en el peligro; abrió los ojos y miró á quien tan impensadamente la detuviera.

—¡Dios mio! exclamó llena de gozo al reconocerle ¿eres tu Nuño el que encuentro ahora cuando menos esperanza tenia de volver á verte?

—Sí, yo soy; respondió la persona que la habia detenido; yo soy que hace un año entero aguardo todos los dias este instante venturoso que no ha cesado de anunciarme el corazon: este instante que divisaba á lo lejos, y sin cuya esperanza no hubiera podido sostener mi existencia agoviada por los martirios que padecia.

Pero la niña no escuchaba ya las palabras de su amante; lo critico de su situacion absorvia to-

do su pensamiento, y si por un instante desaparecieron de su memoria con el placer de encontrarle los nuevos riesgos que le amenazaban, no tardaron en presentarse de tropel, sembrando en su corazón el sobresalto y el desaliento.

—Mucho hemos padecido le dice, y mucho nos queda que padecer, pero al menos sostiene nuestro ánimo en medio de las tribulaciones que le agobian la tranquilidad de nuestra conciencia, que aminora los sufrimientos de nuestro sacrificio. Esta convicción que ha sido el único sosten de mi alma por un año entero de soledad y amargura, es la esperanza que puede hacerme llevaderos los tristes y abandonados días que aun restan de mi porvenir. No me robes con tu ternura la única prenda que ha quedado á mi alma: devuélveme á la comunidad de cuyo seno me sacastes: devuélveme antes que me echen menos, y aparezca mi falta como una fuga criminal.

—No, Maria, no pidas lo que tu corazón mismo rechaza horrorizado; lo que sabes que es imposible concederte. Ni mi amor ni mi deber pueden obligarme á contribuir á tu sacrificio ni al mio. He sufrido callando los tormentos con que el egoismo y la ambicion abrumaron á la inocencia y á la debilidad en pago de la adhesion mas pura y del desprendimiento mas extraordinario: he compartido tus privaciones y tu padecer admirando la heroicidad de tu resignacion, é imitando tu ejemplo: he visto levantarse al hombre empedernido sobre los triunfos de su opresion, y he bajado mi cabeza sometién dome tambien como víctima inmolada; pero cuando el cielo cansado de las locuras de su

engreimiento rompe los lazos de la víctima y la libra del yugo que la oprimiera ¿qué recelo puede caberme de que ha llegado mi hora de obrar, y que secundo de este modo los preceptos de su justicia?

—¡Ay Nuño! mi corazón se estremece de espanto al tender la vista á mi alrededor, y el recuerdo de las últimas escenas me abrumba con un peso irresistible.

—Maria, la pusilaminidad que te agobia es hija de la situación en que tu alma se encuentra, acabada por su continuo padecer.

—¿Por qué no cedes á mi ruego?

Un ademán de pesar y desconsuelo fué la respuesta de Nuño.

—No te aflijas por mis palabras, se apresuró á decir la niña viendo la impresion que le habian causado: sabes que no son hijas del disgusto sino del deseo que tengo de mitigar cuanto antes la agonía que me está martirizando.

—No, ángel mio: no me aflijo por mí: tu sola eres la causa de todo mi sentimiento; y aunque estoy seguro que esa incertidumbre que te domina cesará muy pronto, los momentos de su duración son para mí horas enteras de martirio, y quisiera rescatártelas á costa de mi existencia.

Maria le apretó la mano cariñosamente expresándole de este modo el contento que su corazón recibía al escuchar aquellas palabras hijas de un cariño verdadero y desinteresado. Y Nuño embriagado de gozo al sentir esta acción de cariño y gratitud, llevó á sus labios la blanca y delicada mano de la niña que besó con todo el transporte que le animaba.

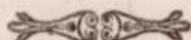
Algunos momentos pasaron estos dos desgraciados amantes entregados únicamente al placer de verse juntos, despues de una separacion que debia haber sido eterna. La soledad del sitio donde se hallaban, la deshora de la noche, y el miedo de que todo el mundo se hallaban poseido, los habian preservado de ser descubiertos hasta entónces; pero era mas prudente buscar un asilo donde pudieran estar al abrigo de todo riesgo, que abandonarse enteramente al capricho de la suerte que podria muy bien serles contraria á la mejor ocasion. Ademas no seria extraño que los hábitos de novicia que Maria llevaba llamasen la atencion del mas indiferente, é hicieran inútiles cuantas precauciones adoptasen para ocultar á todo el mundo el retiro que eligiera.

Todas estas reflexiones que repentinamente asaltaron á D. Nuño le impelian á conducir á Maria á un lugar oculto y apartado donde pudiera estar tranquila mientras que le proporcionaba un asilo correspondiente, y vestidos adecuados á la situacion en que iban á encontrarse, pues habiendo sido tan inesperado el acontecimiento que ponía en su poder á la que su corazon habia llorado como perdida para siempre, no tenia listo ni meditado cosa alguna para no desperdiciar un suceso que podia volverle la ventura de su vida.

Tomóla por la mano y ella siguió obediente los pasos de su amigo al traves de aquel intrincado laberinto de callejas, huyendo siempre de todo encuentro que pudiera serles desfavorable. De este modo vagaron cerca de una hora que pasó la niña llena de susto y de incertidumbre, hasta que habien-

do salido fuera de las últimas casas de la población le anunció Nuño que ya estaban libres de todo riesgo, pues desde allí distinguía el asilo que debía ampararla por aquella noche.





Capítulo II.

LAS ruinas de las barrancas de la mar del sur fué el lugar que Nuño escogió para que permaneciera Maria oculta de todo el mundo, ínterin buscaba otro mas á propósito que les amparase en las difíciles circunstancias en que iban á verse muy en breve todos los habitantes de Cádiz. Introdu-

jóla en este sitio poco frecuentado, y haciéndola subir por un pasadizo interior que nadie conocia, y que habia descubierto en sus repetidas visitas, la dejó sobre la parte mas alta de la bóveda donde era imposible alcanzarla á ver desde abajo, ni tampoco subir porque estaba bien oculta la entrada.

Así que se vió sola Maria echó una mirada alrededor, pues hasta entónces no habia tenido tiempo para ocuparse mas que de sus propias circunstancias.

Y la escena que se presentó á sus ojos asombrados era imponente y aterradora.

La noche estaba serena y la mar se mecia suavemente en su estendido lecho, empujando una tras otra las oleadas de sus masas, que rodando sobre el pedregoso fondo venian á estrellarse contra los cimientos de las ruinas. Y levantándose en el aire en mil chorros espumosos y juguetones las salpicaban en mil partes diferentes volviendo caer en plateadas partículas sobre la superficie, donde se confundian desapareciendo inmediatamente.

Pero si la naturaleza parecia tranquila y juguetona hasta en su mas temido elemento, no sucedia lo mismo al hombre, que instigado por un soplo de maldicion buscaba goces y placeres en los dolores y esterminio de sus hermanos.

El ruido que las olas hacian al estrellarse contra la tierra desaparecia enteramente acallado por otro mas violento y mas aterrador que de la otra parte de la ciudad se levantaba.

Era un ruido espantoso, sordo algunas veces

penetrante otras, y por intervalos agudo, chirreante y despedazador: era un grito de alarma, un aye de dolor, un prolongado gemido de agonía.

La bahía estaba cubierta de un denso humo, y en la parte interior de su seno se distinguía una iluminación brillante que se levantaba hasta las nubes en columnas de rojizo fuego, y esparcían por la población la mas siniestra claridad.

A su pavorosa luz se distinguía á los buques ingleses rodeando al reducido número de españoles, que en vano habian querido buscar su salvacion en el seno mas retirado de la bahía. Perseguidos allí con encarnizamiento lucharon todavía y combatieron con resolucion; pero faltos de socorro y agoviados por el número, se encontraron bien pronto fuera de combate. Entónces, antes que rendirse y entregar á los enemigos una presa de tanta valía, desembarcaron la gente en tierra, y prendieron fuego á los bajeles, que ardian como hogueras inmensas en el líquido en que flotaban. Las vergas crujian, las maderas astillaban, y rechinando y chispeando avanzaba el fuego alimentado por tantas materias á la vez, hasta que apoderándose de todo se hacia una llama enorme que desenvolviéndose con rapidéz, se lanzaba al aire recta y elevada como si quisiera tocar al cielo.

Los enemigos apartaban sus buques de estas hogueras flotantes para no ser víctimas de su voracidad, y trataban de deshacerlas, y alejarlas á cañonazos. Por último todas las naos de la flota, todas las galeras y galeones de la armada iban ardiendo por su turno, hasta que una esplosion terrible cuya detonacion hacia estremecer la tierra y

sus edificios indicaba su total aniquilamiento.

Horrorizada Maria á vista de este espectáculo, cerró los ojos para no presenciar tanto desastre: é hincándose sobre la bóveda, y cruzando las manos sobre el pecho, se sometió resignada á lo que Dios la tuviera reservado en sus arcanos divinos.

La novicia oraba silenciosa y recogida sobre aquellas ruinas, que pendientes del abismo estaban siempre próximas á ser sumergidas y sepultadas, sin dar la menor señal de alarma ni de agitacion: oraba tranquila en medio del fragor que llenaba todo el espacio, y del trastorno que bullia á su alrededor, y de la muerte que amenazaba á todo ser en aquella hora de desolacion y de esterminio: oraba como oran los ángeles resplandecientes de gloria y de beatitud, agenos á las tormentas que se forman á sus pies, y que solo llegan á sus oidos como un murmullo lejano é indiferente. La palidez de su rostro indicaba los sufrimientos que la habian martirizado, y la serenidad que respiraba la conformidad con que esperaba en Dios en quien habia puesto su confianza; semejante á el alma inocente en aquel trance terrible, en que desprendiéndose de los dolores de la tierra vuela lleno de alegria y de esperanza á obtener la corona inmarcesible que se ha labrado con su paciencia y resignacion.

De este modo pasó Maria las horas de una noche tan terrible y azarosa. Sola en aquel monumento derruido, y á vista de tantas escenas de desolacion y de esterminio, halló ánimo en su propia debilidad cuando hubiera sucumbido el espíritu mas esforzado, dominando la situacion que la

rodeaba para no rendirse al desaliento que su consideracion debiera inspirarle.

La aurora apareció encapotada y sombría por los vapores que de abajo se levantaban. La saña y el encono de la tierra influían en todo lo que tenía la desgracia de presenciárselas, participando de las negras tintas con que revestían la escena, y su aspecto triste anunciaba los desastres que iban á llover sobre la miserable Cádiz.

Las luces del día hicieron ver todos los que habían sucedido durante el curso de la noche, y su exacto conocimiento aumentó el espanto y la desolacion que se había apoderado de todo el mundo. Y la campana de Cabildo tornó á voltear con mas violencia; y á su toque de rebato se agrupaba la muchedumbre cuyo vocerío sobrepujaba á los metálicos sonidos; y el desórden, y la confusion, y la alarma que á cada momento crecía llegó á tanto grado, que el espacio entero se atronó con el destemplado eco que producía.

Maria se estremeció con este nuevo arranque de espanto que le robó el éxtasis que por algunas horas la había librado de sus amargos y dolorosos pensamientos. Y tendiendo las manos á su alrededor como para buscar alguna cosa que la amparase contra la pusilanimidad de su espíritu en aquel momento en que habían reaparecido todos sus temores, se halló en los brazos de Nuño que acababa de llegar en busca suya para conducirla á donde pudiera permanecer con mas quietud, seguridad y conveniencia.

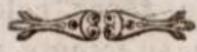
Bajaron de la bóveda por el mismo pasadizo, y atravesando con precaucion los escombros y pie-

dras resbaladizas que llenaban el interior de aquel ruinoso recinto, salieron al campo de las barrancas cuando comenzaba á aproximarse la gritería y tiroteo de la pelea que se habia trabado fuera demurallas.





Capítulo II.



D. Bernardino de Cos corregidor de la ciudad de Jerez salió muy de madrugada con tres-cientos caballeros y algunas tropas de infantería que había traído consigo, para el sitio del Puntal, á fin de impedir á los ingleses que pusieran su gente en tierra. Todos los caballeros nobles y veinticu-

tros habian acudido al peligro de Cádiz desde el primer llamamiento, y el marques de Alzaoa no fuè el último en presentarse á las órdenes del capitán á guerra, y destinado inmediatamente en la columna espedicionaria.

Los ingleses despues de haber hecho capitular á los pocos defensores que habia en el castillejo del Puntal, arrimaron sus galeones á tierra, y con el fuego sostenido de su artilleria protegian el desembarco, manteniendo á cierta distancia á los que habian acudido de la ciudad para impedir que se verificase.

De este modo pusieron en tierra con buen órden diez y nueve banderas de infanteria que eran otros tantos pelotones armados de picas, mosquetes y arcabuces, y para no ser molestado por la caballeria guarnecieron su campo de estacas agudas y picas aceradas.

El corregidor de Jerez colocó su tropa de infanteria á distancia suficiente para que no fuese alcanzada por los proyectiles de los buques, pues la caballeria separándose de su posicion siguió por la playa adelante hasta colocarse fuera del puente Zuazo.

En el interin D. Antonio Giron que era Gobernador de Cádiz visitaba todos los castillos y casas fuertes de la ciudad y de la villa, para dejarlas en el mejor estado de defensa que fuese posible, á fin de resistir á los enemigos si llegaban á penetrar en la poblacion.

Y la muchedumbre que veia el peligro aumentarse por momentos, recorria las murallas y las calles llenando el aire de alaridos y de vociferacio-

nes que imponian todavia mas que los disparos de la artilleria con que los buques protegian el desembarco.

Armas y gefes pedia la multitud que en su desesperacion deseaba venir á las manos con los que llegaban á robarles su bienestar y su sosiego; pero era imposible acudir á su peticion, pues las pocas armas que habian podido recogerse no alcanzaban para los defensores de los castillos y baluartes, que se vieron obligados á hacer acopio de piedras y proyectiles que lanzar á los enemigos cuando se vieran atacados.

Las autoridades procuraban sosegar el tumulto, y aquietar los ánimos haciendo retirar á todos dentro de la cerca de la villa, desde donde se podia hacer mas porfiada resistencia, y obtener algun éxito en el mismo desamparo en que se hallaban. Pero la multitud no escucha los consejos de la prudencia, solo atiende á los que lisonjean sus caprichos, y generalmente se ven arrastrados á su perdicion lisonjeros y lisongeados.

En medio de los grupos que la efervescencia del pueblo amontonaba, apareció un fraile de san Francisco con un crucifijo en la mano izquierda y una lanza en la otra.

—Hijos, gritó dirijiéndose á la muchedumbre que quedó silenciosa al escuchar su voz: los enemigos del crucificado, esos apóstatas de su sacrosanta religion han osado pisar nuestro católico suelo, y orgullosos con sus legiones que sen tan numerosas como las del rey Faraon, esperan degollar á su antojo este puñado de fieles porque lo ven reducido y desarmado. Pero se engañan, pues Dios

está con nosotros y contra ellos, y sabra enardecer nuestros bríos, y acrecentar nuestro valor al mismo tiempo que les infundirá desaliento, flaqueza y cobardía. Y si todavía no fuese bastante obrará un milagro de su poder, y así como entónces sumergió las huestes egipcias bajo las aguas del mar rojo, hará que cuando crean alcanzar la victoria se junten los mares sepultando á tanto herege en el reducido arenal que los sustenta. Hijos míos á ellos; á ellos con fé, porque son habidos en perdicion, y es nuestra la victoria.

—A ellos, repitieron en una aclamacion todos los que habían escuchado; y llenos de entusiasmo y de fé siguieron al franciscano que los conducia al combate.

Las puertas se abrieron para dar paso á la muchedumbre, que llena de ardimiento salia de la ciudad para combatir á campo raso á tropas agueridas y numerosas sin otras armas que su arrojo y exaltacion.

Algunos llevaban varas en cuya estremidad habían colocado hierros ó clavos aguzados para que les sirviesen de picas: otros llevaban bastones ó estacas: pero la mayor parte iban del todo desarmados. Estos últimos cogieron piedras para tener alguna cosa con que ofender á el enemigo, y no presentarse sin defensa á su saña.

Esta tropa del modo que la hemos descrito se formó al lado de la del corregidor de Jerez, estendiéndose en una línea respetable que por algun tiempo mantuvo indecisa la arrogancia de los batallones ingleses.

El fraile francisco recorria la frente á caba-

llo exortándolos al cumplimiento de su deber como campeones de Cristo, animándolos con sus palabras, y pronosticando premios y recompensas para los dichosos que selláran con su sangre la victoria de la religion contra la impiedad y la apostasia.

Enardecidos los ánimos con los discursos del religioso olvidaron la flaqueza que les habia tocado en parte, y llenos de confianza en la proteccion del cielo cuya causa era la suya, cometieron la imprudencia de lanzarse sobre el enemigo, que hasta entónces habian logrado contener con solo su presencia y serenidad.

Y á las voces de viva la religion y mueran los apóstatas, se dejaron caer á la debandada sobre las columnas enemigas, á la manera que la tempestad descarga una manga de granizo contra las engastadas piedras de un sólido muro.

Este ataque imprevisto ó impetuoso, los gritos con que acompañaron la acometida, y el polvo que levataron en su carrera y que semejante á una nube todo lo envolvía, introdujeron el desorden y la confusion en algunos tercios de soldados visosos; pero era tanto su número, y tantos los refuerzos que á cada instante llegaban al combate para reemplazar á los que al principio se desordenaron, que agotadas las fuerzas de los que acometian, y frustrado el primer impetu, tuvieron que volver cara apresuradamente.

En su fuga arrollaron las tropas disciplinadas del corregidor de Jerez, y apesar de los esfuerzos de este, del marques de Alzaoça, del religioso, y demas capitanes no pararon hasta llegar á

la poblacion: mas habiendo encontrado la puerta cerrada, treparon por encima del muro, empresa no muy dificil de ejecutar, á causa de la mucha tierra que habian sacado del foso que en aquellos dias se estaba abriendo: y como la destinaban á formar un terraplen con su muralla exterior, parapetos, y troneras, no habian tenido cuidado de dejarla allí, no preveyendo el acontecimiento que en aquellos dias sucediera.

Los ingleses iban á los alcances de los fugitivos, y algunos mas avanzados entraron casi mezclados con ellos sin que nadie les opusiera resistencia.

Estos se posesionaron de la puerta por donde pudieron entrar los pelotones formados y con buen concierto.

Habian vuelto á rehacerse los gaditanos en la plaza por los esfuerzos del religioso franciscano que á caballo en medio de todos los exortaba á la pelea, levantado en alto el crucifijo bajo cuya sagrada enseña recobraron su antiguo arrojo y ardimiento, y esperaron á los enemigos para disputarles palmo á palmo el terreno que habian tenido la osadia de pisar.

Los pelotones ingleses se repartieron con buen orden por las calles, donde hallaron tan porfiada resistencia que tuvieron que replegarse hasta la ermita de San Roque que estaba inmediata á la entrada. Allí se hicieron firmes mientras llegaba gente de refresco que continuamente enviaban de los buques, y con este refuerzo comenzaron á ganar lo que habian perdido. Pero saliendo de improviso el marques de Alzaoa con algunos de los

suyos, y atacándolos por el flanco, los rechazó de nuevo hasta la ermita, y aun los hubiera lanzado fuera de la ciudad á no haber acudido el enemigo con todo el grueso de sus tropas, á fin de no perder lo que habian adelantado en tantas horas de combate. El marques amparándose con los suyos en la iglesia de la misericordia trató de contener aquellas masas que le acababan con su número, y entretenerlos mientras acudian algunos otros en su socorro. Pero en vano hacian prodigios de valor á la entrada del santuario, en vano habian hecho morder el polvo á muchos de los que acometian, porque estos viendo el resultado de su ataque, determinaron poner fuego á la iglesia.

Muchos de sus defensores quedaron sepultados bajo sus escombros, algunos escaparon heridos, y muy pocos salieron salvos de entre sus ruinas.

El marques se abrió paso al traves de los pelotones enemigos, y procuró incorporarse á los suyos ó refugiarse al castillo, ó á cualquiera torre ó casa fuerte; y para no verse detenido en el tránsito rodeó por donde no habian penetrado todavia los ingleses.

Mas así que fué pasando el ardimiento del combate comenzó á sentir un desfallecimiento tan grande, que impidiéndole continuar la marcha tuvo que sentarse en una piedra en el campo de las barrancas.

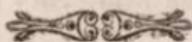
Entónces se vió cubierto de sangre, y estendiendo la vista por el camino que habia traído, alcanzó á ver el reguero que dejara impresa la señal de su tránsito: entónces comenzó á sentir el

dolor de las heridas, y un frío intensísimo que circulaba por todo su cuerpo, y queriendo contener el derrame que le iba acabando por momentos, no pudo verificarlo porque le sobrevino un accidente que le privó del uso de sus sentidos.





Capítulo IV.



ALGUNAS horas despues abrió el marques los ojos, y desconociendo el lugar donde se hallaba, procuró traer á su memoria el motivo porque se encontraba en aquella casa que no creia haber visto nunca.

Estaba recostado en un cojin y en medio de

una habitacion que no tenia muebles ni adorno de ninguna especie, de modo que se conocia que habia sido colocado allí provisionalmente. Sus heridas estaban vendadas; pero la postracion en que se le veia, la palidez de su rostro y de sus labios y la triste espresion de sus ojos, esplicaban fácilmente la mucha sangre que habia perdido y la peligrosa situacion en que se hallaba.

Un jóven en la primavera de su vida, con un semblante angelical mas espresivo é interesante todavia por el dolor que respiraba, estaba de rodillas a su lado pidiendo al cielo su vida y su curacion. Por sus tersas y descoloridas mejillas corria abundante el lloro que brotaba su corazon martirizado con aquel espectáculo sangriento: y por entre sus delicados y recogidos labios se escapaba el murmullo de su plegaria, pidiendo horas de robustez y de ventura para el que yacía esgenuado y lleno de agonía. Sus rubios cabellos cortados en redondo flotaban anillados por su frente y por su cuello, y su talle delgado y esbelto se hallaba oculto bajo el emboce de una ropilla ó gaban que lo envolvía.

A corta distancia y de pié se hallaba otro jóven mas robusto y de semblante mas varonil, cuya inquieta mirada pasaba alternativamente del que oraba á el que yacia sobre los cogines. Atento á los movimientos de uno y otro, parecia velar por la conservacion de ambos con el mismo esmero y ahinco.

Y este grupo silencioso, ocupado únicamente de sus propios dolores no se acordaba de las tristes circunstancias en que estaba la ciudad, ni oía

el estruendo del combate, ni los gritos de los contendientes que no habian cesado un momento durante todo el dia. La hora presente era demasiado penosa para que pudiera dejar sentir la que habia de sucederle aunque se anunciara mas desgraciada y aterradora.

El marqués paseó la vista por la estancia deteniéndola con cuidado en el jóven que con tanto fervor oraba; y apesar de la debilidad de sus potencias, aquella figura le recordó todas las escenas que habian pasado.

Movió como pudo uno de sus brazos que cayó en tierra fuera del cogen, no habiendo podido llegar adonde su intencion le dirijia.

El jóven que notó este movimiento se apresuró á colocarselo con mas comodidad, y mientras lo ejecutaba advirtió los esfuerzos que hacia el paciente por atraerle hacia sí.

Entónces no pudo contenerse mas, é inclinándose la cabeza besó su helada frente con toda la ternura y sentimiento que inundaba su corazón.

—¡Maria! exclamó el marques con acento débil y conmovido: hermana de mi corazón, he sido tan injusto contigo, que no me atrevo á pedirte que me perdones.

La novicia, pues era ella misma la que se hallaba disfrazada con vestidos de hombre, no pudo responder á las palabras de su hermano mas que con lágrimas y suspiros. Este la miraba con abinco, como si esperase una respuesta que hubiese aliviado su padecer; y viendo que callaba continuó en tono suplicante y abatido.

—He obrado mal; pero atiende á mi arrepén-

timiento, á mi situacion, y perdoname para aliviar mis tormentos: si, Maria soy mas desgraciado que tú.

La emocion y el sentimiento que estas expresiones causaban á la niña no la dejaban responder: besaba una y mil veces las manos que tenia entre las suyas inundándolas con el llanto que sin cesar vertia.

Sin embargo el paciente aguardaba con ansiedad esta palabra consoladora, y la miraba con tal expresion que Maria tuvo que hacer un esfuerzo para decirle.

—Yo te amo, Diego mio, te amo y te he amado con todo mi corazon; y si por un momento fuis-tes menos cariñoso conmigo, yo lo he olvidado para no pensar sino en otros que siempre me se-rán gratos, por la ternura que me mostraste y la predileccion que te merecí.

El marques apretó la mano á su hermana, y aquella presion dulce y sentida demostraba la gratitud que le habian inspirado sus palabras.

Despues de algunos momentos de silencio volvió á decirle:

—¿Quien está allí?

Maria ocultó su cara entre las manos de su hermano.

Este dió un suspiro que apenas pudo salir de su pecho débil y oprimido.

—Mi vista no alcanza á distinguirle, continuó despues de algunos momentos de inútiles tentativas para conocerle ¿por qué no se aproxima á mi lecho si le interesa participar de mi despedida?

El jóven que hasta entónces habia permaneci-

do á alguna distancia, mudo espectador de la escena que pasaba entre los dos hermanos, se aproximó á la invitacion del paciente, y se arrodilló al lado de Maria.

Esta se estremeció al sentir su contacto, porque se presentó de un golpe á su memoria todas las vicisitudes que habia experimentado en aquel dia, y que la habian empujado sin saber como á la situacion en que se hallaba.

Miró el marques con ansia al que se habia acercado, y la proximidad se lo dejó conocer á pesar de su abatimiento.

—Nuño... hermano mio! esclamó con júbilo haciendo por incorporarse... pero su vigor no era como su deseo, y cayó rendido á la violencia de esfuerzos tan inútiles como repetidos.

—Maria alzó la cara, pues aquellas palabras de reconciliacion y de olvido eran el bálsamo que necesitaba su corazon ulcerado por el remordimiento, la ansiedad, y el dolor.

Alzó la cara, y fijó su vista enternecida en la de su hermano con una espresion de gratitud tan intensa, que el paciente no pudo resistir aquella mirada de fuego, de pureza y cariño, sin que un sentimiento profundo, amargo y tardio inundase su corazon con sus despedazadores recuerdos. Aquella accion sencilla, aquella manifestacion clara é inocente le revelaba entónces martirios que le habia causado con su indiferencia y egoismo: le revelaba la resignacion con que los habia soportado, y el reconocimiento con que recibía su libertad como si fuera un don lo que podía exigir de justicia.

Y enardeciendo su debilitado espíritu el vehe-

mente desee que brotó repentinamente en su alma de proceder en aquel mismo instante á una reparacion tan debida, enlazó como pudo las manos de Nuño y de Maria, y colocando las suyas sobre ellas les dijo con la sinceridad de la hora que había sonado para él.

El cielo es misericordioso conmigo, pues me ha dado tiempo y ocasion para reparar mis faltas y reconciliarme con mi deber. Nuño, yo te dejo esta herencia con respecto á mi hermana: recíbela por el cielo que te predestinó para ella, por su cariño que quiso elejirte y señalarte exclusivamente como suyo, y por mi voluntad que confirma una y otra: protégela y hazla feliz: y tú, hermana mia vive contenta y dichosa.

Nuño y María no pudieron responder á aquellas palabras que les llenaban de júbilo y les hacian estremecer al mismo tiempo, pues la situacion en que se proferían llenaban de luto el tránsito de la esperanza.

Mis sentimientos te son conocidos, respondió Nuño con acento lleno de emocion: mi corazon y mi porvenir estan en María que es la prenda de mis promesas; ella es el norte de mis inspiraciones, ella la que garantiza el cumplimiento de un deber que yo había contraído antes que me lo impusiera tu voluntad.

—Lo supe entónces lo mismo que ahora, aunque no comprendí toda la fuerza de la situacion que lo producía: esta ha sido la causa de mi cruel indiferencia que tantos padecimientos os han acarreado; pero mirad mi arrepentimiento, y que el rencor que hubiere concitado mi comportamiento se perdone en obsequio á mi sinceridad.

—No nos atormentemos mas con esos recuerdos dolorosos, hermano mio, le interrumpió María anegada en lágrimas; olvidemos lo pasado, y esperémos la bonanza despues de las tormentas padecidas.

El marques lanzó un suspiro ahogado como si quisiera dar á entender que esta hora no habia de lucir mas para sus ojos.

Siguiose un intervalo de tranquilidad y de silencio: cada uno parecia absorto en sus ideas: cada uno temía el desenlace de aquella escena, y no se atrevía á comunicar sus recelos por no apresurar la realizacion que tanto espanto le causaba.

Los momentos pasaban en la mas dolorosa ansiedad: todos conocian la critica situacion del herido, todos habian oido el pronóstico del cirujano cuando practicó el reconocimiento, todos sabian que su término estaba próximo, que su vida era sobrenatural, y por consiguiente incierta su duracion; mas como la esperanza no abandona al corazon humano ni en el mas desesperado trance de la vida, se mantenian en aquel estado de incertidumbre en que la realidad lucha con todas las ilusiones de la fantasía, que procuran ahogarla con sus doradas y mentidas creaciones.

Sin embargo la hora que estaba señalada iba á sonar, y el paciente antes que otro conoció su verdadero estado. Echó á sus hermanos una mirada suplicante, y les dijo: adios Nuño, adios María por la última vez: os recomiendo á mi hijo..... que no le alcance la pena que las faltas de sus padre merecian.

—Diego! Diego! interrumpió llorando María, no seas injusto conmigo : vive y presenciaras mi cariño

para con él; y serás testigo de mi gratitud, de mis sollicitudes.... vive....

—¡Ah! no puede ser.... pero muero contento porque María será una madre cariñosa para mi hijo.

Todavía habló otras palabras el marques, aunque fueron ininteligibles; entre ellas legaría algun recuerdo para el desventurado conde que tan ageno estaba de imaginar aquella escena, ni las vicisitudes que en aquel dia habian corrido sus hijos.

Los sollozos de Maria dieron á conocer bien pronto que su hermano habia dejado de existir. Nuño trató de separarla de aquel sitio; pero no lo consiguió, sino despues que hubo abrazado una y mil veces aquel cuerpo sin vida, y besado con doloroso ademan su pálida y helada frente.

Y cediendo á las cariñosas persuasiones de su amigo, se dejó conducir á la otra estremidad de la estancia, donde pudo desahogar la afliccion con las lágrimas que corrieron abundantes de sus ojos.

Entretanto apareció á la puerta el antiguo colono de esta casita, Pedro el cabrero. Venia cubierto de sudor, de polvo, y de fatiga.

—Señor, dice á Nuño: aprovechad estos momentos de quietud que proporciona la entrada de la noche para refugiaros al castillo; porque esta casa no podrá ampararos mañana al amanecer. Hemos sido derrotados y desechos en todas partes; el religioso que nos conducia ha sido muerto, y cada uno ha buscado su refugio en la torre ó baluarte mas cercano. Los ingleses son dueños de todo, y acampan en las calles para impedir que se desbanden durante la noche por las afueras de la po-

blacion: por consiguiente aun teneis libre el campo de las barrancas que hace vuestra retirada segura.

Nuño quiso llevarse á Maria inmediatamente, pero esta se resistió no sabiendo la suerte que esperaria al cuerpo de su desventurado hermano.

Entónces Pedro la prometió que lo esconderia donde no pudiese ser profanado por los enemigos, y que daria aviso á su padre del lugar de su sepultura, para que despues de aquellas azarosas circunstancias llevasen su cadáver al panteon de su familia.

Con esta seguridad consintió Maria en separarse de su hermano, no sin abrazarle mil veces, y derramar un diluvio de lágrimas que hacia brotar su cariño, y la memoria del fin trágico que habia terminado sus dias.

Despues de este último tributo que su dolor le consagraba, salió con Nuño de la casita de Rebolledo cuando ya la noche tendia sus sombras por la tierra, y ocultaba bajo su dilatado y espeso manto las pasiones que aflijen á la humanidad, arrastrando en pos de sí la desventura de las generaciones en todas épocas y circunstancias.





Capítulo V.



AMANECIO el siguiente día que era el dos de Julio, y el general inglés determinó atacar las torres y baluartes de la ciudad, y la cerca de la villa en donde se habian refugiado todos los vecinos y los forasteros llegados en su socorro. Y sacando de los buques algunos trabucos y piezas de

batir se preparaba á atacarlos a la fuerza, cuando los de adentro conociendo la inutilidad de su porfía, y que era escusada toda resistencia, trataron de entregarse antes de romper el fuego, á fin de evitar mas desgracias y obtener mas favorables condiciones. Con este objeto pusieron bandera blanca en el castillo, y habiéndose suspendido las hostilidades por una y otra parte en toda la ciudad, se ajustaron treguas por algunas horas, durante las cuales debian arreglarse las condiciones de la rendicion.

Con este objeto salieron del castillo el gobernador de Cádiz, el corregidor de Jerez, el dean de la santa iglesia, y hasta trece de los de mas gerarquia, y habiéndose reunido en las casas del cabildo con el general de la armada enemiga y los principales cabos del ejército, comenzaron á entrar en tratos y conferencias que los condujesen á un arreglo definitivo. Pero como eran muy numerosas las personas que concurrían al concierto, eran tambien muy distintos los pareceres, y difícilísima la concordia; por lo que resolvieron disminuir el número de los que tratasen. Nombráronse entónces tres individuos por lo eclesiástico, que fueron D. Fernando de Aguayo, el arcediano de Medina, y el doctor D. Francisco Quijada: otros tres por la ciudad, y fueron elegidos D. Nuño y D. Antonio de Villavicencio y el corregidor; y finalmente D. Martin Yrigoyen en representacion de la gente de los baluartes y casas fuertes.

Los ingleses pidieron una suma de dinero considerable, contentándose por último con doscientos

mil ducados: pero el doctor Quijada supo manejar tambien este negocio, que la suma quedó reducida á ciento y veinte mil.

Y no pudiendo entregarla en el acto, prometieron rehenes á toda satisfaccion, dando lista de ciento y cincuenta personas principales para que los escogiesen. De este modo concedieron la vida á todos los que se hallaban en la ciudad, dejándoles paso seguro por mar y tierra, sin que á nadie se le causara vejacion ni afrenta, y saliendo todos con vestidos dobles: pero nada se pudo conseguir en cuanto á la conservacion del caserío y respeto de los templos, pues se negaron obstinadamente á la menor concesion en este particular.

Mediante este ajuste, salieron primeramente de la villa y castillo unos mil y quinientos individuos la mayor parte mugeres y niños; todos iban cargados con sus ropas, y aquellas alhajas y numerario que podian llevar sobre sus personas segun el tenor de las capitulaciones. Y aquellas personas que habian vivido hasta entónces en la comodidad y desahogo que les proporcionaban sus riquezas, comenzaron su destierro á pie, llenas de hambre, de susto, y de zozobra, dejando sus lares y sus fortunas en poder de un enemigo codicioso y malintencionado, y sin saber adonde encaminar sus pasos, pues en todas partes veian por término de su peregrinacion, trabajos, miserias, y abandono.

Entre esta multitud de aflijidos que se veian á su pesar lanzados del patrio suelo, y obligados á mendigar un asilo de la caridad de sus hermanos, estaban los dos jóvenes que la noche anterior se habian acogido al castillo por no considerarse seguros en la casita del campo de la Jara.

Nuño y María habían pasado la noche en aquel fuerte como tantos otros que allí se refugiaron para huir de la saña y encono de los vencedores. Y confundidos entre la multitud que como ellos no se cuidaba mas que de su propia desventura, salieron como los demas sin haber tropezado con accidente alguno desagradable.

María disimulaba la delicadeza de su talle en el emboce de su ancho gaban, ocultando bajo un grande chaperon que llevaba en la cabeza sus lindas y menudas facciones que hubieran podido hacer traicion á su disfraz. Y apoyada en el brazo de Nuño que la animaba y sostenia, atravesaba con tardio paso el campo de las barrancas que en pocas horas habia cruzado tantas veces, huyendo del rigor de su destino que por instantes reaparecia con nuevas persecuciones y nueva infelicidad.

Por último salieron de la ciudad por entre la soldadesca que se agrupaba á recrearse en la penosa situacion en que los veia pasar, disgustada todavía porque no le habian dejado saciar sus brutales apetitos en aquellas inermes y desventuradas criaturas que habian considerado como presa propia por el derecho de su conquista. Y la espresion de su semblante era tan terrible, y marcaba tan bien la maldad de sus pensamientos, que todos los capitalados movidos por un impulso comun redoblaron el paso, á fin de verse libres cuanto antes de su presencia que tantos temores les causaba, y tanto espanto les ponía.

María se esforzó cuanto pudo á fin de no separarse de los demas; pero esto acabó de rendir-

la, y apenas tuvo aliento para salir fuera de la línea que ocupaban los enemigos.

Entónces libre ya del principal temor que le aquejaba, se dejó caer en el suelo rendida á la fatiga que le habia producido la marcha sobre los arenales que acababan de recorrer con tanta velocidad.

Nuño se sentó á su lado para sostenerla en su desfallecimiento, é impedir que se rindiera su espíritu á la violencia de su padecer.

El primer impulso de María asi que se hubo recobrado un poco por los solícitos cuidados que su amante la prodigaba, fué encaminado para el solo; para él, pues era la única persona por quien su corazón le hablaba, la única que habia sabido interesarle y comprenderle. Y dejándose llevar del sentimiento de amor y de gratitud que inundaba su pecho, le miro como la alhagüena creacion de su fantasía en las horas de sus ilusiones, y como su ángel tutelar en las mas tremendas de sus tribulaciones y desventura. Y recostando la cabeza en su seno, pareció descansar algunos instantes bajo tan poderosa salvaguardia.

La escena que se representaba en aquel sitio era imponente: un pueblo entero que emigra abandonando sus hogares y sus fortunas á la rapacidad de hombres advenedizos y crueles, sedientos de oro de lágrimas y de sangre: la mar y la playa cubierta de despojos y ruinas que aun restaban de los bajeles que habia consumido el fuego: la atmosfera cargada todavía con los vapores que el trastorno de la tierra levantára; el cielo de aspecto triste y fune-rario á presencia de los infortunios que bajo su bó-

veda se sucedían: el espacio lleno de lamentos y de dolorosos ayes, y en medio de este círculo que encerraba todas las miserias de la humanidad, un grupo mas doliente, mas sufrido, mas desventurado: un grupo que era el epílogo de todos los padeceres reunidos, de todos los azares que pueden sobrevenir en el mundo.

Nuño y María eran la representación personificada de los padecimientos físicos de todo un pueblo, y el perfecto símbolo de las penas del corazón humano, con todas las vicisitudes y todos los coloridos que les han dado las preocupaciones para hacerlas mas acerbas y punzantes.

Estrangeros y proscriptos en la orilla de su patria, se habian sentado por la última vez en sus húmedas arenas á fin de tomar aliento para continuar una marcha cuyo término no preveían; pues sus perseguidores seguirian indudablemente sus huellas inducidos por la victoria conseguida.

Y las aguas con blando murmullo venian á romperse á su pies, arrollando sumisas sus enormes y plateadas masas como si entonaran llenas de amargura un himno de despedida; un cántico de lágrimas y de dolor.

María alzó la cabeza, y miró enternecida á Nuño, que la devolvió su mirada con mas ahinco, con mas intensidad, y con mas amor.

Y aquella mirada elocuente penetró hasta el corazón de la niña, que sintió con mas vehemencia toda la dulzura que encerraba, y los consuelos que la reproducia en su abandonada y critica situación. Y dejandose llevar del impulso que hiciera brotar de su alma apretó dulcemente sus purpurinos labios sobre

la mano de su amigo que conservaba estrechamente enlazada con la suya.

—¡Luz de mi porvenir! exclamó Nuño arrebatado por este arranque del corazón inocente de su amada: por este movimiento natural de sus sensaciones; de aquellas sensaciones que son dulces y agradables aunque se esperimenten en medio de ansiedades y tribulaciones. Y en el éxtasis que le produjo esta inspiración divina, la estrechó entre sus brazos, descansando su cabeza sobre su pecho palpitante de emoción y de esperanza.

Algunos momentos de celestial fruición corrieron presurosos para estas dos interesantes criaturas, que embebidas en las puras emanaciones de sus almas olvidaron su situación, sus peligros, y sus tribulaciones, desapareciendo de su memoria lo pasado, lo presente, y el porvenir.

Pero un recuerdo se deslizó en el corazón de Maria que le arrancó dolorosamente del transporte embelesador en que se hallaba: un recuerdo que la presentó de golpe toda la escena de su vida, con sus ilusiones y sus desengaños, su resignación y sus torturas: y por encima de todas estas vicisitudes la sentencia que le alcanzaba en todas partes y en todas situaciones, porque había sido fulminada para toda su vida sin piedad, sin enmienda, sin apelación. Su padre volvió á aparecer en su memoria: su padre que necesitaba de su sacrificio, y que exigiria su cumplimiento... y que seria preciso obedecerle y renunciar.... renunciar á quien era imposible apartar de su corazón que le reconocia por árbitro supremo de sus sentimientos é inspiraciones.

Esta imágen exaltó su fantasía, haciéndosela concebir mas positiva de lo que era en realidad, y apartando de sí á Nuño con ademan doloroso, quiso huir del que era la esperanza de su vida: quiso huir de sus mismos pensamientos si era posible, y abismarse en aquel sitio que habia presenciado las dulces emociones de su alma, y sus deliciosos y fugaces embelesos.

Nuño conoció la causa que producía tan repentino ímpetu, y vió que sus consuelos y manifestaciones no harían mas que exacerbar los dolores con que la abrumaba aquella idea atormentadora hija de su crítica posición, y de la lucha que existía entre sus sentimientos, su delicadeza, y su cariño.

Calló, y dejó correr en silencio la tormenta que la afligía. Y despues que hubo cedido su intensidad y desahogado la amargura que la inundaba, volvió á cobrar ánimo y serenidad para continuar el camino en que la Providencia la habia puesto, esperando con religiosa conformidad de los futuros acontecimientos la confirmacion de la sentencia que aun le comprendía, ó la aparicion de una nueva era que pudiese conducirla á la ventura que no la era dado renunciar espontáneamente.

Entónces Nuño conoció que habia llegado el instante de obrar, y enlazando su brazo por la cintura quiso llevarsela adonde estuvieran libres de los peligros que en aquel lugar les amenazaban.

Maria siguiendo el impulso que la daba, y apoyándose en el brazo de su amante, continuó á pié el camino comenzado, cuyo término y consecuencias ignoraba todavia, pero que no se presentaban á su imaginacion tan sombrías y pavorosas.

Y al tomar el recodo que en medio de la arenosa playa forma el camino que conduce á la Isla de Leon aparecieron á su vista los enrejados miradores del santuario que debia ser el asilo de sus dias, y que ahora se hallaba á merced de un enemigo cruel, vandálico y opóstata. Las lágrimas se asomaron á sus ojos, y una idea dolorosa oprimió su corazon: y en medio de estos tristes recuerdos se detuvo á contemplar aquella mansion que habia de desaparecer muy pronto, á fin de darla su sentido y postrimer adios.





Capítulo VI.



CONCLUIDO el término dado para que saliesen de la ciudad todos los que quisieran aprovecharse de las ventajas obtenidas en la capitulación, se comenzó el saqueo que verificaron como buenos merodeadores, no dejando nada que remover, ni mueble que no hicieran astillas, para bus-

car la plata, oro y pedrería objetos principales de su codicia. Los pozos fueron escudriñados con la mas escrupulosa minuciosidad, y habiendo encontrado en algunos bastante dinero escondido, se decidieron á sondear y socavar los lugares inmundos, recelando que hubiesen depositado en su seno algunas sumas á fin de sustraerlas á sus pesquisas.

Maese Rebolledo que habia asistido á las juntas tenidas anteriormente para tratar de los asuntos de la defensa, ocupando su tiempo en los negocios del procomunal, no le habia sido dado atender á los suyos, á cuyo efecto comisionó á su amanuense Leon para que custodiase el archivo y le escondiera en lugar seguro y apartado, para cuando llegase el momento que todos esperaban, de la entrada del enemigo. Ademas existian en el oficio varias sumas depositadas por fincas que se estaban otorgando, y demandas y reclamaciones pendientes, cuyas cantidades iban á correr la suerte que á todo lo demas cupiera.

Retirado Rebolledo en el castillo desde que invadieron los ingleses la ciudad, no pudo salir hasta el momento de la capitulacion, y entónces con lo que podia llevar encima, teniendo que abandonar lo demas á la ventura.

Pero Leon que nada temia, porque nada tenia que perder y porque su genio bullicioso, turbulento é intrigante le incitaba á mezclarse en las revueltas y trastornos á cuya sombra podria medrar sin que se apercibiesen los medios empleados, resolvió arrostrar los peligros, y quedarse en la ciudad para presenciar los acontecimientos que sucedieran y obrar segun dictaran las circunstancias.

Y constituyendose como dueño en el oficio de su principal, comenzó á pasearse por entre aquellos montones de papeles y efectos con el mismo aire de orgullosa satisfaccion que puede usar un guerrero cuando recorre los trofeos de sus triunfos.

Era la primera vez en su vida que obraba por su voluntad, sin tener que dar cuenta á nadie de sus acciones; y era tanto lo que le podia esta consideracion, que se felicitaba interiormente del desgraciado acontecimiento que le colocaba en una situacion que hacia dos dias que no le hubiera sido dado imaginar.

Pero afin de aprovechar las felices circunstancias en que la fortuna le habia puesto, comenzó á imaginar como podria sacar fruto de todo aquello que se dejaba abandonado á su astucia y sagacidad. Estas cualidades que poseía en una mediana proporcion, le suministraban la idea de un proyecto que inmediatamente ponía por obra; pero al tratar de realizarle, tropezaba con algunas dificultades en su ejecucion y al momento lo desechara para dar lugar á otro que ofreciera mas probabilidad de buen éxito. Asi consumió algunas horas sin atinar con uno que le satisficiera completamente, y ya empezaba á desesperarse de poder llevar á cabo su propósito, cuando en una pieza oscura que tras del oficio habia, descubrió un hueco ó especie de alacena casi lindando con el techo, que podría contener todo lo que ambicionaba guardar, prometiéndole secreto y seguridad para la conservacion de lo que en su seno se depositara. Lleno de gozo por este descubrimiento que tan completamente le satisficiera, revolvió todos los mampretos del archivo para escojer aquellos que pudie-

rán serle de alguna utilidad en lo sucesivo. Después de haber llenado la alacena con los legajos que le pareció, y el numerario y efectos preciosos que había depositados en el oficio, determinó cerrarla; pero antes de hacerlo practicó una escrupulosa requisa en todos los cajones y taquillas del bufete de Rebolledo por si acaso se habían quedado traspapelados algunos efectos de valor, ó algún documento de cuantía. Halló en efecto unas cuantas monedas que trasladó á su bolsillo, y varias escrituras y otros instrumentos públicos que no estando aun otorgados y autorizados no podían servirle para nada; por lo cual los dejó con despecho en el mismo sitio donde los encontrara: pero en el fondo de una taquilla que se hallaba mas oculta que las otras encontró un legajo que debía ser de mucha importancia según el gozo que repentinamente se asomó á su semblante. Tomóle inmediatamente, y después de haberle considerado por algun tiempo como si dudase de la realidad del hallazgo, exclamó pasando una por una sus hojas para cerciorarse de que estaba completo y autorizado. ¡Oh papel precioso, que te hallabas condenado á perecer si no hubiera sido por el cuidado con que he venido á librarte de tu sentencia! ¿Qué recompensa me tendras guardada por la solicitud con que te he arrancado al rigor de tu destino? Una muy grande, para que la gratitud sea proporcionada al servicio... y correspondiente al símbolo que mi nombre representa. Leon, para servir á vuesañoria señor marques... Leon, que denota rango, preponderancia, dignidad... Leon, que hasta el dia se ha visto sepultado en la triste condicion de ama-

nuense de un notario de S. M, pero que ya la suerte le empuja, y en su rápido vuelo alcanzará aquel estado que era la pesadilla de su vida entera. Señor marques, aqui está vuestro pedestal, continuó dando golpecitos cariñosos en el legajo, si quereis encaramaros sobre su altura habeis de ceder un rinconcito suficiente al que ha tenido la sagacidad de guardaros un sitio que de otro modo hubierais perdido sin remedio.

Mas no adelantemos los sucesos, y se pasen en alhagüañas imágenes estas horas preciosísimas para obrar. Sepulátemos en el olvido hasta que llegue su dia esta alhaja hermosa que ha de lucir resplandeciente y brillante ante mi vista atónita y deslumbrada. Depositémos mi esperanza en el sagrado recinto que ha de preservarla de su destruccion.

Entónces llevó el legajo con los demas objetos que habia depositado en la alacena, y cerrándola por la parte exterior con la misma argamasa ó mezcla de que estaba formada la pared, quedó tan disimulado que era imposible conocer el secreto.

Ufano con su obra dio ya por salvado todo, y para que el trastorno que reinaba en aquellas habitaciones no dieran alguna cosa que sospechar, arregló todos los efectos y papeles poniendo cada uno por su órden y en su sitio. Quitó tambien del medio todos los trastos que le habian servido para igualar la pared á fin de que no hallasen indicio alguno que pudiera conducirles á averiguar la verdad, y concluido todo salió á ver como estaban las cosas del dia.

Aun no habia espirado el término concedido para

que salieran los vecinos de Cádiz, y los ingleses permanecían pasivos, sugetos por sus capitanes, pero ansiando por el momento en que pudieran lanzarse sobre aquella presa que tanto escitaba su codicia, y que tan tarde se les hacia la hora de poseerla.

Su inquietud, sus ademanes, la espresion de sus rostros, y el eco de sus voces pues no se entendian sus palabras, manifestaba claramente el ansia que los poseia, y los resultados que deberian prometerse de su vandálica irrupcion.

Leon titubeó un poco en su propósito al notar los rasgos de ferocidad de aquellos merodeadores que eran capaces de poner espanto á la persona mas enérgica y decidida. Y apoderándose de su espíritu una especie de pavor que hasta entónces no había conocido, determinó aprovechar los instantes que aun quedaban de la tregua para huir de aquel infierno, cuya idea sola le habia hecho estremecer, y tomando por instinto el rumbo de la puerta de tierra, se halló sin saber como cerca del muro, antes de haber tenido tiempo de pensar en lo que hacia.

Pero al llegar á la puerta se le presentó de golpe todo lo que abandonaba por ceder á quella repentina pusilaniminidad que le habia sobrecogido. Paróse en medio de ella con la firme resolucion de no pasar adelante, y vencer su repugnacion hasta conseguir retroceder, y penetrar otra vez en la poblacion. Decidióse por último á hacerlo, y á seguir la suerte de tantos otros que no quisieron aprovecharse del permiso que á todos se habia concedido para salir de la ciudad.

Esta resolucion fué tomada despues de haber reflexionado que de marcharse lo perdería todo, y

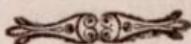
quedándose era probable que lo salvára. En el primer caso dijo para si, evitaré algunos riesgos, pero me quedaré siendo Leon mondo y lirondo y amanuense de escribano toda mi vida: y en el segundo si escapo con bien, seré... que se yo lo que seré... maese Leon.... ó Don Leon.... ó lo que yo quiera. Animo Leon, y á meterse en la hamusquina que como salgas con pellejo, vendrá Don Leon muy encofetado á darte las gracias por tu atrevimiento.

El miedo y el espanto que sin saber como se apoderaron de su corazon al ver las huestes enemigos, se disiparon con el mágico poder de estas reflexiones, que le obligaron á introducirse de nuevo en la poblacion lleno de ánimo, de resolucion y de esperanzas.





Capítulo VII.



YA habían transcurrido catorce días y aun duraba el saqueo de Cádiz que presentaba el aspecto mas lastimoso y desconsolador que puede imaginarse. Los edificios estaban desmantelados, y las calles llenas de despojos, de muebles rotos y de efectos inutilizados. Nada habia podido librarse de la insaciable codicia

de aquellos hombres llenos de embriaguez, rapacidad y encono. Forzaban puertas y cerraduras para buscar oro y plata que era la sed que devoraba á todos, y cuando no lo encontraban, ó no era suficiente á su deseo, destruian los enseres y maltrataban las casas, complaciéndose en causar ruinas y hacer daño en todo aquello que no podia servirles.

Y en pos de estos furiosos que llevaban á todas partes la desolacion y la miseria, seguian grupos de individuos de la poblacion, gente pobre abandonada y corrompida que tomaba una parte activa en estas escenas, haciendo su botin con lo que los otros despreciaban por inútil é inservible.

Y tanto con estos despojos, como tambien con hurtos de otra naturaleza que se cobijaron con las extraordinarias circunstancias de este lamentable suceso, se formaron una porcion de rápidas fortunas que levantaron del polvo á personas insignificantes y desconocidas. Pero todos los trastornos y revueltas han dado siempre de sí los mismos resultados en cualquiera época y pais en que hayau sobrevenido. El hombre de bien sucumbe, el rico pierde, el prudente se aparta escarmentado, el desprendido y generoso se sacrifica, y el imprudente chilla hasta sofocar los lamentos y ayes de los anteriores, mientras que levanta sobre sus ruinas el pedestal de su improvisado engrandecimiento.

—¿Qué le importa la execracion de los hombres con cuya sangre se sustenta, ni la maldicion de Dios que reclaman sus procederés?

Impávido sigue su carrera de prosperidad que le mantiene ciego y endurecido hasta que suene a hora de la espiacion.

Entonces la mano de Dios se desploma sobre el culpable: y entonces aparecen los hechos consumados que forman su acusacion: y entonces se cumple la justicia divina y se satisface á la humanidad.

Y en ese dia vuelven á respirar las víctimas de la revolucion y de los trastornos; porque el dia en que caen los idolos que se han levantado sobre sus despojos, es el dia de su libertad y regeneracion.

¿Y si nó fuera asi, como podria el desgraciado que sucumbe ver al inicuo levantarse á costa de la desventura general sin sentir un acceso de desesperacion? pero sufre resignado porque sabe que el dia de la reparacion ha de llegar: y aguarda en silencio y con paciencia: y espera en la justicia divina.

—Momentos de tristeza, de agonia, y de ansiedad ha legado la providencia al corazon humano que hacen tan largas las horas de su padecer; pero concluyen, porque Dios ha fijado un término á todo; concluyen, y aparece el dia de la ventura para el que se halla libre de remordimientos; dia magnifico, luminoso y eterno: dia de la inocencia y de la beatitud.

¿Y sino fuera asi, sino llegase la hora de la felicidad para el oprimido, para el que padece, para el que sucumbe, si viesemos siempre entronizada á la maldad y á la osadia, podriamos creernos hijos de un Dios que todo es misericordia, sabiduria, y justicia?

¡Ah no: lejos de nosotros esta idea desconsoladora que rechaza nuestra conviccion, y desmiente la esperiencia; porque la providencia divina ha in-

calcado en nuestros corazones, y estampado en las páginas de los siglos, que está reservado para la inocencia el premio y la beatitud, y para el crimen el castigo y la execración.

Y si se tolera su reinado, si le vemos engrandecerse por algun tiempo y avasallarlo todo bajo su dominio, es porque se cumple una espacion merecida.....

Pero no queremos que nuestras reflexiones anticipen los sucesos de nuestra historia, por lo que volveremos á referir los incidentes del saqueo de Cádiz de que nos hemos apartado un instante irremediabilmente.

Ya era el diez y seis de Julio y estaba Pedro sentado sobre una piedra frente á la casita del campo de la Jara contemplando los destrozos que el enemigo habia causado en toda la poblacion. Las cabras, el redil, el jardinito, en fin todo cuanto constituia el recreo del propietario, todo habia desaparecido: todo estaba destruido y talado

Pedro alzaba de cuando en cuando la cabeza para contemplar á lo que habia quedado reducido el hogar donde sirviendo á un dueño pensaba vivir tranquilo el resto de sus dias. Y un acceso de ira brotaba de su corazon que amarilleaba su semblante, y contraia sus músculos, y apretaba los puños con fuerza, como si amenazase en su furor á los que habian venido á sacrificar á un pueblo sencillo é indefenso. Mas despues que veia su impotencia, se sometia con una cruel resignacion á la suerte que le habia tocado, é inclinando la cabeza sobre el pecho y cruzando las manos, permanecia inmovil

espectador de las escenas que aun pasaban à su alrededor.

Grupos de extranjeros armados de chuzos, hierros y sables entraban y salian sin cesar à remover las ruinas que habian hecho, por si encontraban alguna cosa que se hubiera escapado à la insaciable codicia de quince mil hombres que por catorce dias consecutivos se habian entregado al mas horroroso pillage. Y socabando lo que ya otros habian socabado antes, y sondeando escrupulosamente lo que habia sido sondeado mil veces ya, acababan de echar por tierra lo que aun pudiera haber permanecido en pié por milagro.

Y cada vez que pasaban por delante de Pedro algunos de estos merodeares se le inflamaban los ojos y ardía la sangre en sus venas, al tener que soportar la vista de aquellos verdugos de un pueblo pacífico é inocente. Pero no podia sustraerse à su iniquidad, ni rechazar con la fuerza la violencia que ejercían, y el bárbaro comportamiento con que se veian abrumados.

Ocupado estaba en estas reflexiones que le llenaban de amargura y desesperacion cuando apareció de improviso à distraerle de ellas el amannense de su amo.

—Pedro ¡que desolacion, que horrores! ¿quien nos lo habia de decir cuando vine à anunciarte la aparicion de la armada enemiga?

Pedro movió la cabeza manifestando con este movimiento la pena que sufría al hablar de estas cosas.

—Tengo hambre, continuó Leon con ahinco: me muero de hambre amigo Pedro: hace dos dias,

que no llevo nada á la boca, y Dios sabe lo que me ha costado satisfacer esta necesidad los anteriores.

El cabrero se levantó, y separando un monton de tierra, sacó del hoyo un cesto con un trozo de carne ahumada que entregó al mancebo. Este se avalanzó á la presa con ansia tal, que distrajo á su compañero con la voracidad que manifestaban: y cuando vió que había saciado el hambre le preguntó.

—¿Y porque no habeis seguido al amo, y os hubierais ahorrado tanto padecer?

—Que se yo, Pedro, si te he de hablar con franqueza

—Y|aun hoy mismo ¿porqué no vais á Jerez ó á cualquiera otra parte á seguir vuestro oficio que á Dios gracias no os faltará que hacer teniendo pluma, y cierta travesura de que no careceis, pues segun voy viendo no os podrán servir de maldita la cosa entre las ruinas y escombros que quedarán de esta ciudad si no viene de arriba un remedio.

—Eso estoy pensando, y eso estoy decidido á hacer antes hpy que mañana, respondió el amanuense para cortar la conversacion: y volviéndole la pregunta mas inquisitiva de lo que la habia recibido le dijo: ¿Y cual fué tu objeto al quedarte aqui? pues las apariencias inducen á creer que fuese premeditado cuando hiciste provision de víveres para el bloqueo.

—Hubo de todo, señor Leon: porque habiendome robado esos bergantes cinco de las seis cabras que aqui habia, determiné guardar la última pa-

ra mi consumo, y aprovechármelo antes que esos desalmados herejotes, pero ni aun así me salí con la mia, pues mientras ahumaba los trozos para evitar la corrupcion, pasaron algunos de esos bien intencionados que queriendo participar de mis provisiones, cargaron con lo que les pareció mejor. El resto tuve cuidado de esconderlo donde no dieran con él, y sirviese para mi subsistencia mientras tengo que permanecer en estas ruinas guardando un tesoro que se me ha confiado.

—¡Ola! ola! exclamó el sota-curial abriendo tanto ojo á la palabra que habia pronunciado Pedro: con que maese Juan escondió á tiempo sus ahorrillos, y te hizo guarda depositario de su secreto! Me alegro hombre, porque así medrarás si sales adelante en su comision: y me alegro con sinceridad por el bien que puede reportarte aunque debiera resentirme que te prefiera para semejante confianza.

—Si tal hubiese sucedido ¡no seria por falta de antecedentes que le probasen la seguridad; pero no ha habido nada de lo que imaginais, y el tesoro que yo guardo es de distinta naturaleza, y en nada le pertenece.

—Entónces será debido á tu astucia...

—No os entiendo.

—Francamente, porque ya creo haberlo adivinado. Lo que han dejado en este recinto se halla á merced del vencedor que se lo ha apropiado por el derecho de la fuerza. Tu has dicho, y has dicho muy bien: el que roba á un ladron tiene cien años de perdon, y has recogido tu mies sin los dispendios y azares del cultivo.

—Señor Leon, señor Leon; interrumpió el cabrero con espresion sentida y descontenta, si esas son las doctrizas que profesais, no son las que abrigan mi corazon aunque me veis pobre y con este pelage. Si yo hubiese podido conservar una sola astilla de la hacienda de mi amo, se la presentaría á su regreso, porque mi deber me obligaba á conservar su pertenencia, y no á apropiarmela solo porque estuviese espuesta á que otro se la sustentase. Y si no hubiese de medrar mas que por este camino, podeis asegurar desde ahora que pasaré toda mi vida sugeto al pan cotidiano que riegue con el sudor de mi frente. Ademas que no viviria tranquilo un minuto mientras durase la prosperidad, pues bien habreis oido decir que el diablo carga siempre con lo que es suyo.

Mordiése los labios el mancebo al escuchar el sermón del campesino, pero disimuló su despecho y trató de encubrir sus intenciones. ¿Y quién pudiera proceder de otro modo tratándose de intereses confiados á la probidad de uno? Mi indicacion fué general con respecto á accidentes imprevistos; pero en cuanto á la aplicacion que le has dado, mi dictámen es como el tuyo y mi proceder hubiera sido tan justificado.

Blandió la cabeza el cabrero como si quisiera indicar que no le convencian aquellas palabras.

El amanuense vaciló por un momento receloso y cortado con lo que acababa de escuchar: mas no duró mucho su embarazo, porque Pedro no quiso ocultarle cual era el depósito que custodiaba, á fin de alejar las sospechas que por otro estilo pudiera concebir. Y sin referirle los porme-

nores le contó la muerte del marques, cuyo cadáver era el depósito puesto á su cuidado.

Esta inesperada nueva, hizo desaparecer de su memoria la anterior conversacion, fijándose únicamente en el trastorno que semejante acontecimiento iba á introducir en sus planes.

—El señor marques de Alzaoca ha muerto?... ha muerto?... exclamó atolondrado con la noticia.

—Ha muerto, afirmó el campesino fijándole con la mayor atencion.

Entónces el amanuense volvió en sí de su sorpresa y trató de disimular el embarazo en que se hallaba. Un momento despues continuó con esta idea.

—Y yo que le ví el dia antes de este desgraciado acontecimiento ¿cómo me habia de figurar que tan pronto se convirtiera en polvo el que todo era porvenir y satisfacciones?

—El grande y el chico, en la prosperidad y en la desgracia, todos caminamos á un mismo fin, respondió el cabrero con tono sentencioso. ¡Dichoso el que siempre tiene en su memoria este pensamiento, porque sus acciones serán justas y no le alcanzarán perjuicio en su dia.

—Seguro... Y por supuesto que los bienes de esta vinculacion pasarán al padre...

—No entiendo de leyes, ni de herencias: los señores de vuestra profesion manejarán este asunto, y el huérfano conocerá en su dia la mucha ó poca probidad de los interventores.

Un rayo de súbita alegría iluminó el semblante del amanuense: aquella noticia habia vuelto á despertar sus esperanzas, y á rehacer los planes que

la muerte repentina del marques de Alzaoca hubiera desecho de un todo. En el exceso de su alegría no pudo contener una exclamacion. !Un hijo; ¡un hijo! repitió por dos veces; pero dominando aquel repentino movimiento que no estuvo en su posibilidad contener, calló á fin de no escitar las sospechas de su compañero.

—Parece que ignorabais esto, y que os ha sido de mucha satisfaccion la noticia segun el júbilo que veo aparecer en vuestros ojos.

—Si; no me acordaba, y sentia que hubiese terminado tan pronto una casa que apenas empezaba á nacer. Ya ves si le tendré cariño, y desearé su perpetuacion, habiendo coadyuvado á su establecimiento, pues todas las escrituras y fundaciones del vínculo estan hechas de mi mano.

—Ya comprendo señor Leon, todo padre quiere á sus hijos: pero cuando estos nos reportan en vez de trabajos, provechos, nos aumentan el cariño y las satisfacciones. Ademas que el marquesito que todavia se halla en la cuna necesita un curador que administre sus bienes, y quien sabe si el destino os tendrá reservado por uno de aquellos sucesos imprevistos.

—Quien sabe, le interrumpió el amanuense no queriendo que se profundizara mucho en la cuestion; ¿quien puede saber lo que á cada uno tiene reservado la Providencia? De menos nos hizo Dios amigo Pedro, y no obstante hemos visto á algunos elevarse desde la mas humilde condicion hasta el sitio de la púrpura y de los altares.

En aquel momento se oyó el eco del clarin

que con repetido sonido convocaba á los dispersos para que se reunieran. A su llamada acudieron los ingleses de todos los extremos de la poblacion á la playa, en donde los embarcaban en chalupas para conducirlos á los bajeles.

La hora de la partida habia llegado: porque de lo interior iba acudiendo mucha tropa, y recibieron permanecer mas tiempo: pero antes de abandonar un pueblo que trataron con tan impia ferocidad, dispuso el general ingles que fuese arrasado hasta sus cimientos y entregado á las llamas para que no quedara mas que la memoria de su existencia. Y con el fin de conseguirlo, prendieron fuego por varios puntos que se cebó con ansia en los muchos materiales que los destrozos causados proporcionaban para su alimento. El vientecillo escitó la voracidad de las llamas que aparecieron casi repentinamente por toda la circunferencia cebadas, nutridas y pujantes.

Los buques enemigos dieron las velas al viento en medio de un grito universal una aclamacion unánime de regocijo y satisfaccion que arrancara á aquellos hombres impios y malvados la escena de destruccion y de horror que aparecia á su vista. Y llenos de embriaguez, de crímenes y de sangre, abandonaron las playas gaditanas mientras alumbraba su rumbo el incendio de la ciudad.

El ruido que hacia este fuè le primera noticia que Pedro y Leon tuvieron de la iniquidad de aquellos foragidos: y su certeza vino á aguar el regocijo que hubieran experimentado al verles abandonar un suelo que habian tratado con tanto rigor y barbarie.

Y Leon que conocia cuan espuesto estaba su tesoro en aquella conflagracion general, padecia cruelmente siguiendo los progresos de las llamas que con mesurado paso se iban cebando de uno en otro en todos los edificios de la ciudad.

Las casas, los palacios, los edificios públicos, los templos, todo era presa de aquel elemento devorador, último presente de unos enemigos impios y encarnizados. Y las llamas que se alzaban sobre las torres y medias naranjas amenazaban en sus ondulaciones hasta el mas pequeño y retirado rincón. Todo parecia que iba á quedar consumido por aquella hoguera inmensa que devoraba cuanto encontraba al paso.

Y el amanuense sintió un frio intensísimo circular por todo su cuerpo á vista de este espectáculo.

Y no pudiendo resistir mas la agonía de aquella situación, y que por momentos se iba acercando la hora en que quedarían reducidas á la nada todas las esperanzas de su porvenir, tomó una resolución á vida ó muerte lanzándose al traves de las llamas que empezaban ya á imposibilitar la entrada en lo interior de la población.

La ambición y la codicia pudieron en aquel momento mas en su ánimo, que el deseo de la propia conservación; y siendo de ánimo flaco y pusilánime acometió una empresa en que hubiera vacilado el corazón mas esforzado y decidido. Tanto ciegan las pasiones y tanto dominio adquieren sobre el hombre!

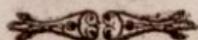
Por algunos instantes se le vió á la rogiza luz que despedían las llamas caminar con paso fir-

me y precipitado; pero al poco tiempo la densidad del humo que cargaba la atmósfera con sus negros vapores le envolvió en su opaco seno, donde quedaron sepultados y misteriosos todos los acontecimientos que tuvieron lugar en aquel abrasado recinto,





Capítulo VIII.



ALGUNOS meses transcurrieron desde la época en que pasaron los acontecimientos que hemos descrito en los capítulos anteriores, y este es que volvemos á tomar el hilo de nuestra narración.

Este término de llanto y de luto para los que

perdieron sus fortunas y sus parientes en el saqueo é incendio de Cádiz, no ha sido menos doloroso para el conde del Buen Deseo que en el mismo instante en que iba á ver realizado el fruto de los afanes de toda su vida, se halló contadas sus esperanzas desvanecidas, y condenado en su infortunio á gemir y padecer.

Y como si no fuese bastante para el hombre ver desvanecidas las ilusiones de su porvenir, y abatido para siempre el pedestal en que levantáran las esperanzas que habian de coronarle de gloria y de contento, parece que el cielo aguarda á entónces para descargar con pesada mano sobre su cabeza culpable por estravio y por ceguedad, desgracias y aflicciones sin número dimandas precisamente del origen de donde esperaba en su engrimiento toda su prosperidad y toda su ventura.

Así habia sucedido al conde. La pérdida de sus hijos sobrevénida en el mismo deplorable acontecimiento, no solo habia destruido aquel porvenir de grandeza y de orgullo, ante cuya consideracion no vacilara en sacrificar la suerte de uno de los dos, sino que le puso en situacion tan dolorosa que le proporcionaba disgustos cruelísimos en la incertidumbre en que se veia de perder hasta lo necesario para la existencia.

Dolores físicos y morales habian sido el cotidiano alimento del infortunado conde, que mirando su vida insensiblemente acababan con su espíritu y con su robustez.

Y el tránsito repentino desde la cumbre de la prosperidad y del contento hasta la sima del

abatimiento y del abandono en que se veía sepultado, le condujo las arrugas de la ancianidad antes del término que ordinariamente tiene fijado la naturaleza.

Pasaba los días en una dilatada habitacion cuya alfombra y cortinas eran de bayeta negra lo mismo que los cogines y sitiales que la amueblaban, pues queria que todo lo que á su alrededor estuviera respirase la misma tristeza y afliccion que inundaba á su alma.

Sentado en uno de estos sitiales, y apoyada sobre la mano su cabeza blanca como la nieve, que resaltaba admirablemente por el fondo negro de su vestido, parecia escuchar las razones de otra persona que á su lado estaba con deferencia y respeto.

—Es violenta la situacion en que os hallais, señor conde, decia Rebolledo, pues era el escribano de Cádiz el que se hallaba en su compañía: es violentísima, lo conozco, y los sinsabores que os proporciona pesan sobre un corazon dolorido, haciéndole mas intenso su padecer. Pero no veo yo el asunto con las negras tintas con que le descubris en vuestra penosa situacion. No, señor conde, la práctica de los negocios me dá cierto tacto de que careceis por el ningun conocimiento que teneis de los trámites de un juicio, y os aseguro con toda verdad que no tengo el mas remoto temor de que pueda llegar el caso de un despojo. Faltan documentos, faltan pruebas que no podrán presentar nunca. Con ellas se podria cohonestar la usurpacion, sin ellas el tribunal de Poncio Pilatos se atreveria á dar una sentencia tan inicua?

—Rebolledo, amigo mio, me convencen vuestras palabras, pero no estrañeis que dude, cuando he visto á mis contrarios apesar de su sinrazon salir victoriosos en todos sus intentos. Se han empeñado en arruinarme validos del nombre de mí inocente nieto, y lo conseguirán, 'porque escita su codicia la presa que ya consideran entre sus garras.

—Conozco el fundamento de vuestros temores, pero no creo que puedan realizarse nunca. Es verdad que hemos visto algunos incidentes desagradables durante el curso del litis, pero bien sabeis que aun cuando son injustos, os había anunciado podria llegar el caso de su existencia, mediante á que la contraria tenia en su favor la ley, que nos perjudicaba en este punto enteramente excepcional. Si como entonces tuviera yo el mas pequeño átomo de duda, no seria el temor de causaros este pesar el que me detuviese en comunicaroslo, antes bien me agujonearia el deseo de que os previnieseis contra este accidente. Si, señor conde, os lo repito con toda franqueza. No hay documentos, ne hay pruebas en] que puedan apoyar sus pretensiones, y esas voces que han hecho circular de un proximo despojo, las considero como hijas del ansia que tienen de apoderarse cuanto antes de unos bienes que han despertado la codicia de tanto hambreon como interviene eu este litis.

El conde movió la cabeza como para manifestar que era imposible que se disipasen con tanta facilidad los recelos que le aquejaban. Era mucho lo que iba á perder y demasiado triste la situa-

cion á que se verla reducido, para que pudiera volver á su alma la tranquilidad que le habian arrebatado tan inesperados y atormentadores sucesos, como intentaba conseguir Rebolledo movido por su buen corazon, y por los martirios que padecia aquel padre desventurado.

Pero viendo que eran ineficaces sus consuelos y su parecer, quiso asegurarselo con el dictámen de algun otro jurisconsulto á fin de que pudiera descansar con mas confianza, y no se adelantara á sufrir tambien por lo que aun no habia sucedido, y que segun su opinion era muy remoto y aun imposible que pudiera suceder, á pesar de las bravatas que los contrarios propalaban por todas partes.

Con esta idea se levantó diciendo: voy á estender una consulta que la resolverán personas de probidad y entender, y espero que el unánime parecer de todos, os dará la seguridad de que es caso poco menos que imposible que suceda, lo que recelais.

Y habiendo hecho entrar á un amanuense que siempre le acompañaba, y que en aquel momento le esperaba fuera, comenzó á dictar la siguiente manifestacion que servirá á los lectores para conocimiento de los sucesos acaecidos desde la muerte del marques de Alzaoca y desaparicion de su hermana la novicia de Santa Maria, durante la invasion de los ingleses.

«Habiéndose formado un vínculo á favor del señor marques de Alzaoca y sus descendientes al tenor de los llamamiento de la fundacion, y debiendo agregarse segun consta de la real gracia concedi-

da al efecto los bienes de Doña Maria Portocarrero, novicia en el convento de Santa Maria de la Concepcion de la ciudad de Cádiz, mediante la renuncia que hizo cuando la toma de hábito y cuya renuncia debia ser ratificada en el acto de la profesion, no pudo tener el formal y debido cumplimiento que la ley reclama en todas sus partes, y sin cuyos requisitos no pueden elevarse las actuaciones á documentos, por los desgraciados acontecimientos que sobrevinieron repentinamente.

El vínculo se llegó á formalizar en favor del Sr. marques, pero la renuncia de su hermana Doña Maria que ha de darle validacion, pues sus bienes constituyen parte del mayorazgo, ha desaparecido sin duda en el incendio de los archivos. Además de esto, y aun suponiendo que pareciera, necesitaria la ratificacion de la interesada, ó el testimonio de su profesion que sellaria la legitimidad de su renuncia: cosas ambas imposibles porque habiéndose ausentado las religiosas en aquella misma noche del convento, no pudo verificarse la ceremonia, y mucho menos puede esperarse la ratificacion ignorándose si la novicia fue víctima de la catástrofe de aquellos dias como hace presumir el no haberse podido indagar hasta ahora cosa alguna de su paradero.

Apesar de todos estos antecedentes así, que ocurrió la desgraciada muerte del señor marques de Alzaoca se ha pedido á nombre del sucesor la posesion de todos los bienes del vínculo.

El señor conde del Buen Deseo, padre del difunto marques y de la novicia Doña Maria, resiste la entrega de lo que á esta pertenecia, pues no



habiéndose verificado la renuncia como queda dicho con todas las formalidades que la ley exige, le nombra esta administrador de aquellos bienes, y único heredero de todos, en el caso de que hubiese fallecido.

— Ne obstante el derecho que al señor conde asiste para defender los intereses que no llegó el caso de que su hija renunciara, desearia saber si en el curso de la demanda que á nombre de su nieto se ha entablado con los fundamentos que se han espresado anteriormente, se le podrá despojar de lo único que constituye su independencia y su fortuna.

El escribano acababa de estender la anterior minuta, y se disponia á leerla al conde para saber si merecian su aprobacion los términos en que estaba redactada la consulta, cuando un criado anunció que el nuevo apoderado del señor marques de Alzaoa esperaba la vènia correspondiente para presentarse á fin de conferenciar sobre asuntos de familia.

Levantóse el conde del asiento donde hasta entonces habia permanecido como abismado. Aquel aviso parecia recordarle lo que en vano procuraba apartar de su memoria. Trémulo y sobrecogido se aproximó á Rebolledo y tomandó una de sus manos le suplicó que permaneciera á su lado durante la conferencia porque en la situacion en que se encontraba su ánimo, no tenia fuerza suficiente para sostener solo una entrevista que iba á afectarle mas todavia.

El escribano se lo prometió así, asegurándole al mismo tiempo que habiendo tomado á su car-

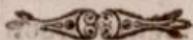
go este asunto con todos sus incidentes lo proseguiría con incansable afán hasta conseguir su conclusión que tanto como el deseaba fuese satisfactoria.

El conde le agradeció sus cordiales ofertas, y dándole cierta seguridad la asistencia de un hombre de probidad y conocimientos se decidió á recibir al que se titulaba nuevo apoderado de su nieto, para ver cual era el objeto de aquella inesperada visita.





Capítulo IX.



PRESENTOSE en la sala el que habia sido anunciado, con cierto aire de desenvoltura y atrevimiento, como quien está satisfecho de su persona, y de la comision que se halla encargado de evacuar.

Seria un jóven de unos veinte y cinco años, alto, bien formado, y vestido con esmero, aun-

que sus modales demasiado exajerados indicaban el deseo que tenia de encubrir bajo un esterior osado una procedencia mas humilde, y unas maneras menos cultas.

Saludó al conde con una profunda reverencia, y este le devolvió su saludo con una ligera inclinacion de cabeza, mientras repasaba en su memoria donde y en que circunstancias habia visto aquel semblante que no le era enteramente desconocido.

Pero cuando fué á saludar á Rebolledo se inmutó de repente, pues no esperaba encontrarlo en aquella casa, y menos en una ocasion en que tan importuna le era su presencia.

El escribano que conoció al momento á pesar de su metamorfosis á su antiguo amanuense Leon, le recibió con una sonrisa casi imperceptible, pero suficiente para que comprendiera que habia penetrado la intencion que le dirigia.

Repúsose prontamente Leon de su sorpresa, y olvidando lo pasado para revestirse del carácter que le daba su nueva posicion, se dirigió al conde diciendo.

—Habiéndome dado sus poderes la señora marquesa viuda de Alzaoca como tutora y curadora de su hijo menor el señor marques, para que reclame y apodere de todos los bienes y derechos que constituyen su vinculacion, me ha parecido que el primer paso que debía dar era venir á ponerme á vuestras órdenes, para que conciliemos el modo de cortar un litis escandaloso entre parientes tan inmediatos: pudiendo asegurarle que sin menoscabar los intereses que han confiado á mi probidad y zelo, no olvidaré los respetos que os son

debidos por vuestra posicion, y las relaciones que os ligan á mi poderdante. obligándome tambien á guardar toda esta deferencia el recuerdo de los favores que en mi antigua y dependiente situacion merecí de mi principal, de quien vos sois el mas distinguido cliente.

—Hum! hum! gracias por lo que me toca, respondió Rebolledo al lisongero cumplido de su antiguo pasante.

El conde miró al escribano como para interrogarle que respuesta deberia dar á semejante exordio; pero este que habia conocido el artificio del apoderado, y que aquellas frases podrian ser dictadas por el momento, no habiendo juzgado á propósito desenvolver su intriga por haberse encontrado con quien menos podia esperar, se adelanto á los deseos del conde diciéndole.

—Aunque las palabras que acabamos de oir no se hallan muy en armonía con las actuaciones practicadas, para manifestar que siempre estais dispuesto á entrar en un acomodamiento como sea dictado por la justicia y la conveniencia reciproca, no encuentro dificultad de que escucheis las proposiciones que se os hagan para obtener este resultado.

—Por mi parte, dijo entónces el conde, aunque me sea muy doloroso tratar estos asuntos por las tristes memorias que despiertan en mi corazón, oiré lo que proponéis, y tandrais mi respuesta muy en breve.

—Yo quisiera que os penetraseis, respondió el antiguo pasante, de la sinceridad con que doy este paso, y las veras con que deseo evitaros los

disgustos que sin remedio ha de causaros la prosecucion del litis.

—Esponedme lo que gustéis, le interrumpió el conde para cortar toda digresion ociosa.

—La ley ampara al menor, dijo el apoderado, y la sentencia va á seros fatal; va á causar vuestra total ruina. Esta conclusion que estoy viendo desde ahora, me ha inducido á presentarme y ofrecereros mi mediacion

¡Vuestra mediacion? exclamó el escribano interrumpiéndole, no pudiendo tolerar el giro que iba dando á la conversacion: ¿con ese carácter salimos ahora cuando os habeis presentado como apoderado representante del menor.

—Yó puedo ofrecer mi voluntad, mi deseo, y mis servicios personales, respondió Leon sin cortarse por la manifestacion de su antiguo principal: yo puedo ofrecer todo lo que esté en mi posibilidad y facultades, y cuanto pueda influir en la determinacion de los que han de decidir en este asunto, á fin de que sin perjuicio del menor, se conceda al señor conde, precediendo el reconocimiento que este debe hacer de los derechos de su nieto, una pension...

—¡Una limosna! enmendó este con aire desdenoso.

—No tal, señor conde: no como la nombrais, sino como una compensacion de lo que la suerte os priva, y como un presente de cariño debido al gefe de una familia de cuyo seno ha lanzado con tan prudente determinacion el encono y la ruina que de otra modo iban á cebarse encarnizadamente. Si esta imágen puede algo en vues-

tras determinaciones, no desdeñeis mi oferta: autorizadme, que yo sabré reclamar para vos lo que de otro modo os seria imposible conseguir.

—Si no hubiese previsto desde vuestra llegada el principal objeto de esta visita, dijo Rebolledo con bastante sequedad, me hubiera admirado el sesgo que habeis dado á vuestras ofertas, y la distancia que hay desde donde partieron, hasta donde han llegado. Vinisteis como representante del menor pidiendo una entrevista, en que hariais proposiciones para ser admitidas ó desechadas; y estas se han reducido en el curso de la conferencia, à solicitar que se demandase por vuestro medio una retribucion en pago del abandono absoluto de todas las acciones y derechos que se tengan.

—Mas no por eso deja de ser una proposicion que hago, respondió Leon con sofisticó argumento: y como os hallais versado en esta clase de negocios, la encontrareis razonable, conducente, y justa, si fijais la vista por un momento en el estado del litis, y que pueden aparecer el dia menos pensado documentos y pruebas irrefragables que lo conduzcan á una terminacion tan desastrosa para vuestro defendido, que entónces se sentirá no haberse aprovechado esta ocasion propicia de obtener un acomodamiento.

—Pues señor mio, ahorremos palabras ociosas y desagradables que solo sirven para perder tiempo y exasperar los ánimos. El señor conde se considera muy seguro de obtener el resultado que sus derechos le garantizan, y que la probidad de los jueces no podrá menos de concederle. Pero aun-

que se considera fuerte en la posición que ocupa, y tranquilo á cerca de los futuros acontecimientos que de ningún modo pueden sobrevenir en su perjuicio, ha querido escuchar voces de amistad y de reconciliación, guiado por un sentimiento íntimo y profundo que solo conoce la sangre y la paternidad.

Se ha prestado docilmente á fin de amparar al huérfano en la horfandad en que Dios le ha colocado, y la que van á conducirle los que debieran protegerle. Ha cedido por el amor que profesa al hijo de su hijo, aunque su nombre se emplea como instrumento de venganza y de codicia por personas desconocidas é interesadas que hacen un juego de los mas sagrados deberes, y de las obligaciones mas respetables. Pero ni el amor que le tiene, ni la horfandad en que se encuentra, ni la sangre que circula por sus venas que es la misma que brota de su corazón, podrán reducirle nunca á abandonar venerados intereses en beneficio de oscuros intrigantes, que medran con el luto, las desavenencias y la ruina de las familias.

—Señor conde, dijo Leon desentendiéndose de cuanto habia dicho Rebolledo: aunque mis pasos no han obtenido el resultado que mi buena intención merecia, yo me consideraré siempre dichoso en poderos ser útil en los tiempos que van á venir, y que vendrán á pesar de que no se ha creído mi anuncio. Para cuando llegue ese dia, podeis ocuparme como á vuestro obediente criado, seguro de que me hallareis siempre dispuesto á servirlos con todo empeño, y con toda voluntad.

—Gracias, respondió el conde al ofrecimiento del apoderado.

En seguida saludando este á su antiguo principal con cierto aire de desdeñoso orgullo, hijo de la inesperada posición en que se veía, y de la lucha que entre ambos comenzaba, salió de la habitación repitiendo sus ofrecimientos y reverencias al conde con quien sin duda deseaba congraciarse.

Este perillan trataba de embolveros seguramente, fiado en ese modo insinuante y mañoso con que ha solido atrapar á mas de un incauto, dijo Rebolledo así que el otro estuvo fuera. No os alucineis con sus palabras: son mentidas y engañosas y llevan la ruina al que se deja arrastrar por su apariencia. Obra de mala fé para con vos, de peor todavía para con ellos, pues considera á unos y otros como escalones necesarios para su elevación. De otro modo ¿como hubiera podido levantarse tan impensadamente desde el polvo en que se veía hace poco? Los trastornos de la época han encubierto sus manejos, y su astucia podrá ocultarlos algun dia mas, mientras se le presentan ocasiones de despojar á los que por malas intenciones ó por necedad se vean obligados á ponerse á su disposición.

—Este refuerzo mas necesitaba mi nieto, respondió el conde con acento triste y desconsolado, para consumir mi ruina, y ver despues sus despojos repartidos entre personas advenedizas ó intrigantes.

—No os aflijais de esa manera señor conde, el cielo es justo y no puedo consentir que se emplee el nombre de la inocencia para consumir la obra de la iniquidad. Tranquilizaos y descansad en mi actividad: voy á trabajar en vuestro obsequio: voy

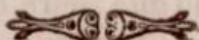
tambien á solicitar el dictámen de personas inteligentes y sensatas, á fin de que su juicio os pueda traer la serenidad y sosiego que tanto necesitais, mientras logramos poner término á las exageradas pretensiones de la mas insaciable codicia.

El escribano salió, y el conde quedó abismado en las reflexiones que le sugeria la escena que acababa de pasar.





Capítulo X.



APENAS se había ausentado Rebolledo, cuando volvió á aparecer en la estancia el nuevo apoderado diciendo.

—Señor conde, no quiero que en ningun tiempo se me acuse de ingratitud ni de doblez: mi carácter franco y servicial es enemigo de ardidés.

y de engaños; os he hablado con toda verdad, me he ofrecido con ánimo de seros útil, vengo á daros un testimonio, á presentaros la prueba de la rectitud de mi proceder: si quereis creerme, todavía puede tener remedio el daño; pero si desechais decididamente todo medio de avenimiento, nadie mas que vos sereis responsable de los males que sobrevengan.

—Rebolledo os ha dado en mi nombre una respuesta cumplida á vuestra solicitud, contestó el conde con mensura: si no haceis ahora mas que repetirla, no oireis otra cosa de mi boca.

—No señor, porque vengo decidido á que conozcais toda mi franqueza, toda mi lealtad, todo mi anhelo por servirlos.

—Veámos, si gustais esponerme vuestra pretension.

—Antes lo mismo que ahora me hubierais hallado propicio á confiaros todo mi pensamiento; pero hay cosas que la reserva constituye su principal fundamento, y no hubiera sido cordura mia presentarlas á quien no fuera directamente interesado.

—Mis negocios estan en manos de Rebolledo: conozco su integridad, y estoy satisfecho de su manejo en tantos años como me ha prestado sus servicios; por consiguiente era lo mismo que yo para saber los pormenores de nuestra conferencia, y no creo que fuera reparo suficiente para retraeros de la intencion que os conducia á buscarme.

—Yo podría responderos con algunas pequeñas observaciones que facilitarían los medios de que me escuchárais mas favorablemente; pero el tiempo que traigo es limitado, y sino aprovecho esta ocasion di-

ficulto encontrar otra apópsito : por lo tanto me ceñiré á deciros que hay incidentes que apartandose de lo contencioso pueden y deben ser dirimidos entre las personas interesadas , escuchando la voz de su conveniencia y desechando los consejos del indiferente, que no hallándose movido por el mismo interes, no tiene motivos para comprender la conveniencia ó inconveniencia de la transacion.

—Tampoco comprendo yo vuestras ideas: si gustais hacerme una esposicion mas lata podria tal vez responderos con algun acierto.

—A eso voy señor conde, porque mi intencion no es embrollar el asunto, sino presentaros bases claras y terminantes:

—Yo me alegraré que asi sea, como único medio de que nos podamos entender.

—No lo dificulto, pues la conveniencia os obligará á decidiros, y á mi el empeño que tengo en serviros, y complaceros.

—Vamos al asunto.

—Ante todas cosas permitidme señor conde, que reclame vuestra atencion y vuestro secreto.

—Mi atencion la teneis desde el principio: pero no sé á que conduzca el secreto que demandais en un negocio que tan público han hecho los que hasta ahora lo han manejado.

—Ya recordareis que no hace mucho os dije que hay incidentes que deben ser ventilados entre las personas interesadas, y el que ha de cortar el litis es uno que ha de quedar reservado entre los dos.

—Pues que asi lo exijis no haré mérito de vuestras palabras para con otra persona.

—Si señor conde, lo exijo como condicion precisa, y sin la cual no me esplicaré nunca.

—Pues ya teneis mi promesa.

—Voy á hablaros con franqueza bajo la salvaguardia que me dais.

—Pero os advierto que no puedo comprometerme á aceptar cosa alguna, sin que tenga modo de consultarlo.

—Para eso he reclamado vuestra atencion; si la prestais á mis argumentos, no tendreis necesidad de semejante consulta porque no vacilareis en admitirla.

—Sin embargo no quiero comprometerme á ciegas, y necesito dejar á salvo mi derecho para aconsejarme en el particular.

—Ya os he dicho que no llegará ese caso, porque es imposible que llegue; no obstante para que no creais trato de reduciros á un circulo estrecho, os dejaré esa facultad siempre que halleis ocasion de ejercitarla sin perjuicio de la brevedad, y sin descubrir la parte principal de mi proposicion.

—Ahora me habeis dejado mas confuso todavia.

—Señor conde, ahorremos palabras que solo nos traen dilaciones, y estas quizás el malogro de mi intento. Yo voy á revelaros el misterio de mi visita; voy á presentaros mi proposicion, para la cual reclamo el mas profundo sigilo: si os conviene la admitis, si os parece perjudicial la desechais; pero en uno y otro caso yo habré cumplido con mi deber con lo que he hecho, y vos llenareis el vuestro callando. Me parece que bien podeis aceptar el compromiso.

—Si por cierto, que puedo aceptarlo, y lo acepto, para que veais que nunca he desdeñado dar oídos à la razon, y que si me he opuesto à algunas pretensiones, ha sido por los fundamentos que me asistian.

—Muy bien señor conde: pero en el estado actual del negocio, una voluntad decidida es lo único que puede conducirnos à un arreglo. El documento de renuncia es el punto que ha de decidir el litis. La justificacion de su pérdida ó su presentacion en autos hará inclinar la balanza de la justicia à una de las dos partes contendientes. En el primer caso la tendreis à vuestro favor; en el segundo será para vuestros contrarios. ¿Qué dariais por tener la certeza de que ese documento ha sido devorado por las llamas?

—Esa es la opinion de Rebolledo, pues teniéndolo en su archivo y habiendo sido este reducido à cenizas, es necesario que haya corrido la misma suerte.

—Eso no pasa de una congetura señor conde, y no es así mi proposicion.

—No puede llamarse congetura donde hay mas que probabilidad de que haya sucedido.

—Yo os brindaba con la evidencia, y parece que os contentais con la duda. No obstante quiero haceros ver lo que hubiera podido prometerme si antes de venir aqui hubiese hecho à mí poderdante la misma proposicion, aunque en sentido contrario. Estoy seguro que al ofrecerla yo el documento de renuncia que hade ponerla en posesion de los bienes que reclama, me hubiera brindado inmediatamente con la mitad de su importe.

—Va lo creo que os ofrecera; pero ni podríais presentarle ese documento que tanto anhela poseer, ni tampoco aun suponiendo que fuera dable vencer este imposible, estaria en su posibilidad cumplir el ofrecimiento, porque los bienes quedarían vinculados, y no podrían pasar á manos de un tercero.

—Yo no he pensado en los medios de llevar á cabo la oferta que me hubiera hecho, porque ni siquiera he imaginado prestar este servicio que os sería tan perjudicial; mas para convenceros de la verdad de mis palabras, y de que estoy en actitud de cumplirlas en toda la estension de mi ofrecimiento, pasad la vista por este papel que tengo en mis manos, y que en sí lleva toda la garantía que se puede apetecer.

Palideció el conde al mirar el legajo que desdoblaba Leon con mucha pausa mientras seguía diciendo:

—Aqui teneis original la renuncia que Doña Maria Portocarrero hace por su propia voluntad de todos sus bienes presentes y futuros, principalmente los que constituyen la herencia de su difunta madre; y los renuncia y cede en favor de su hermano D. Diego y sus herederos y descendientes de conformidad con la real gracia concedida para formar la vinculacion. Y esta real gracia queda mas fuerza y validez al documento, se halla inserta y testimoniada. Y al pié la firma de Doña Maria Portocarrero; y la de su padre D. Francisco autorizando y aprobando la renuncia; y la aceptacion de D. Diego, y la firma de los testigos que presentes estuvieron al acto, y por último la

del escribano Rebolledo con su signo en señal de fé y testimonio, para que no pueda ser recusable el instrumento.

El conde no pudo contenerse al ver la firma de su desventurada hija que besó con doloroso ahinco: en seguida levantó al cielo sus ojos arrasados en lágrimas, y permaneció por un momento absorto en las reflexiones que la vista de aquel documento le sugiriera: parece que entónces llegaba á comprender que la justicia divina se valia para castigar el abuso que habia hecho de su autoridad, del mismo instrumento que fraguara en los dias de engreimiento y de locura para llevar á cabo sus planes con el mas insensible teson.

—Ya veis como es positiva la existencia de este documento que ha de arrancaros hasta la última prenda que poseeis, añadió Leon despues de haberle dejado pensar un breve rato. Conozco la injusticia por la violencia con que se efectuó; aunque hoy dia no refluye el perjuicio contra la persona violentada, sino contra..... pero esto no es del caso y vos representais aqui sus acciones y derechos: y este convencimiento me ha hecho acudir primeramente á reparar en cuanto de mi penda los daños causados por ceguedad ó inadvertencia. Yo os dejaré esta renuncia para que la aniquileis, y solo exijo en recompensa que firmeis este papel como una remuneracion del servicio que con tanta lealtad y desinterés tengo intencion de prestaros.

Tomó el conde el papel que el otro le presentaba, y que era una obligacion en debida forma, por la cual se reconocia deudor de una cantidad considerable.

—Yo no puedo firmar este papel, dijo despues de haberle leído, sin consultar antes los resultados que me pueda acarrear.

—Muy sencillos, señor conde, interrumpió Leon con viveza: la seguridad de que no podrán despojarnos de los bienes de vuestra hija que os pertenecen; y el desembolso de unas cuantas monedas que no equivalen á la décima parte de lo que rescatáis

—Sin embargo no puedo resolver ahora; mañana quizá os responderé favorablemente.

—Es demasiado tarde, respondió Leon doblando el documento para guardarlo.

—No es tanta la dilacion, y el plazo que pido lo aconseja la prudencia.

—Mas bien os debería aconsejar que no desperdiciaseis la ocasion, porque os aseguro con ingenuidad que no hallareis otra semejante.

—¿Qué quereis que haga? he dejado la prosecucion de este negocio en manos de toda probidad, y sería fatar á la confianza si obrase clandestinamente en un punto de tanta consideracion.

—Os he comprendido señor conde; mis pasos han sido inútiles contra mi esperauza; pero me resta la satisfaccion de que he hecho cuanto ha estado de mi parte en vuestro obsequio, y que no podreis culpar nunca mis intenciones.

—¿Os he dado alguna negativa con pedir os un plazo tan corto para daros mi respuesta.

—Es imposible la mas pequeña dilacion.

—¿Ni con la seguridad que os doy de que pueda seros favorable?

—Nada es suficiente, señor conde, sino el cambio de los documentos: os quedais con la renuncia,

y pasa á mi poder vuestra obligacion ¿Acceptais? términantemente, si, ó no?

—Venga, dijo el conde decidiendose á firmar.

Entrególe el papel Leon, y apesar de su disimulo brilló en sus ojos un rayo de alegría, pues ya comenzaba á recelar que habia dado el golpe en vago.

Pero el conde no llevó á cabo su resolucion; y despues de haber permanecido por algun tiempo con la pluma en la mano y los ojos fijos en el papel, sin acabar de trazar los caracteres que habian de darle validacion, lo arrojó de si diciendo. No puedo resolverme..... esperad á mañana, ó haced lo que gustéis.

—Ahora, ó nunca.

—No puede ser.

—Mirad que es la renuncia original de vuestra hija la que recogeis, y que si vos la desechais puede haber otra persona que no se hará repetir dos veces la oferta.

—Esperad hasta mañana ó haced lo que gustéis, volvió á repetir el conde mas resuelto que antes en no ceder á sus exigencias.

—Bien sabeis que no soy capaz de hacerlo aunque me habeis impelido con vuestra tenacidad.

El conde no respondió á esta nueva tentativa, y el apoderado mal avenido con su silencio volvió á insistir.

—Señor conde no habeis reflexionado las consecuencias....

—Sean las que fueren, respondió este para terminar la discusion, me someteré á ellas como una espiacion que debo al cielo por mis anteriores procederés.

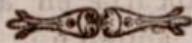
—Teneis razon, respondió el apoderado con mal reprimida cólera guardándose los papeles, el cielo tolera, pero su justicia no sucumbe: tarde ó temprano el que la hace alcanza su merecido.. y cuando mas olvidado lo tenemos, llega el dia de la espiciacion.

No olvideis esa sentencia, dijo una voz que repentinamente salió por detras de nuestros dos interlocutores que embebidos en su discucion no habian advertido la entrada de una tercera persona.





Capítulo XI.



EL apoderado volvió la cara sorprendido, y se halló con quien menos hubiera deseado encontrarse en aquel momento. Su inesperada presencia le quitó hasta la última esperanza que hubiese conservado de reducir al conde estrechándole mas todavía, por lo cual resolvió aprovechar el tiempo de que habría po-

didó sacar mas fruto en otra parte. Y antes de salir miró al conde fijamente como si hubiese esperado alguna señal de inteligencia que le animára á volver reservadamente; pero el conde que habia vacilado cuando se hallaba solo, estaba ahora muy distante de ceder á las pretensiones de Leon, que aburrido y desesperado dejó la estancia donde habia visto desbaratarse sus planes mejor combinados.

Entónces el conde á quien nada imponia la presencia de Rebolledo que era la persona que acababa de entrar, se dejó llevar del acerbo dolor que le poseia. Hija mia exclamaba, si fuera posible que te volviera á ver, serías testigo del arrepentimiento que mina diariamente mi existencia: conocerias que ni la muerte de tu hermano á quien distinguia con singularidad mi cariño, me ha conmovido tanto como la noticia de tu desaparicion y la ignorancia en que estoy de la suerte que te tocaría en aquellas funestisimas jornadas. Rebolledo, amigo mio, continuó dirigiéndose al escribano que permanecia de pie en medio de la estancia sin atreverse á interrumpir el curso de su dolor, perdonad este desahogo al padre mas desventurado del mundo, pues es el único consuelo que le queda, cada vez que un nuevo incidente trae á su memoria las terribles situaciones por donde ha pasado, y los resultados que todavia no han acabado de producir.

—Mucho ós ha probado el cielo, señor conde...

—No me quejo por mi Rebolledo; yo se que he merecido su rigor, y desde un principio me resigné al castigo que se me imponia. Y si alguna vez ha nacido un deseo de mi corazon ha sido el de volver á aquellos dias que para mi comenzaban tan felices.

y para otra persona debieron ser amargos y desdichados: sí, volver á aquel mismo tiempo con todas las ilusiones de su brillante perspectiva, para tener el gusto de renunciar á todo el engrandecimiento que en mi hicieran nacer, y ofrecer tan costoso sacrificio á la virtud, á la sumision y al cariño filial como una reparacion que le era tan debida. Y el nó poder cumplir este pensamiento, este impulso de mi corazon dolorido, es lo que causa la pena que me devora, y el principal aguijon que punza mi alma con un martirio inaudito.

—Semejantes ideas no hacen mas que agravar los pesares que os afligen, sin que os proporcionen consuelo, y lo que es mas sensible todavia sin que sirvan para remediar lo que ya ha sucedido.

—Demasiado lo sé amigo mio; demasiado conozco la inutilidad de mis esfuerzos: pero al menos mitigo mi dolor imaginando que si estuviese en mi posibilidad enmendaria los yerros que me hizo cometer el mas imperdonable extravío. Cuando considero lo pasado, conozco que soy digno de los padecimientos que me han tocado en suerte, y de los que han de llover sobre mi.

—Os fraguais martirios en vuestra cabeza que no han existido ni pueden existir quizá: ¿no sabeis que tras de la tempestad viene la bonanza, y que nunca aparece el cielo mas hermoso que despues de haberse disipado los nubarrones que le tenian oscurecido?

El conde no respondió mas que con un suspiro profundo: semejante consuelo no llegaba hasta su alma, para quien toda esperanza se habia perdido.

El escribano permaneció por algun tiempo silen-

cioso, como si meditara lo que debia de hacer, mientras el conde se paseaba cabizbajo, víctima de la suerte que tan incansablemente le perseguia, y mas aun de los remordimientos que despedazaban su corazon, y que habian acudido entónces con mas fuerza para hacer mas intolerable su desgracia.

—Por último Rebolledo le dijo preparándose para salir.

—Adios señor conde, un asunto urgente me obliga á ausentarme por unos dias: mas llevo la esperanza de que á mi vuelta nos podremos saludar mas satisfactoriamente.

—Os vais Rebolledo? exclamó el conde con extrañeza: me dejais en esta situacion?

—Es indispensable, señor conde.

—Ah! no sabeis todo lo que sucede; de lo contrario no me abandonarais en los mas críticos momentos.

—Yo volveré señor conde, y os probaré á mi venida que no habeis acertado con el nombre que dais á mi ausencia.

—Bien, una vez que es tan urgente partid, pero regresad pronto, aunque el daño que espero será irremediable por corto que sea el tiempo que falteis.

—Animo, señor conde le dijo Rebolledo apretándole la mano con cariñoso ademán: ánimo, porque si efectivamente fuesen ciertos esos males que recelais, nunca mas que entónces tendrais necesidad de fortaleza para resistirlos.

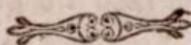
El conde correspondió á la demostracion del escribano, y le vió partir con tanta mas amargura cuanto conocia lo necesario que le serian sus

consejos y su saber en las nuevas dificultades en que se veria metido, segun le hacia sospechar la terminacion que habia tenido su conferencia con el nuevo apoderado de la viuda de su hijo.





Capítulo XII.



TRES días habían transcurrido desde la partida de Rebolledo sin accidente alguno desagradable, á pesar de los temores que el conde alimentaba de que se aprovecharian de su ausencia para poner por obra inmediatamente los planes que habian concebido para verificar á mansalva

como suele decirse, el despojo de cuanto poseía; pero esta calma no fué muy duradera, pues al cuarto se presentó un criado anunciando que el apoderado de la señora marquesa de Alzaoca acompañado de otras personas necesitaba poner en su conocimiento un asunto interesante, que no admitía excusa ni demora alguna.

Aunque el conde hubiera querido excusarse de recibir mensaje alguno porque no estaba presente la persona en quien habia puesto su confianza para la direccion de sus negocios, la exigencia del permiso que se pedia le quitó todo medio evasivo, reduciéndole á la necesidad de tener que oír la comunicacion que se le quería hacer, pues cualquier excusa de que hubiera podido echar mano para eludir por entónces aquella visita, no le parecia conveniente en las circunstancias en que se hallaba, ni digna de su carácter y de la justicia que le asistia. Decidióse sin embargo á no tomar parte activa en ella, dejándolo todo á la prudencia y conocimientos de su encargado, cuyo regreso no podia demorarse mucho.

Prevenido de este modo, y dispuesto á resignarse á todo lo que pudiera sobrevenirle de penoso y desagradable, dió orden para que fuesen introducidos los que deseaban hablarle.

Entró en seguida Leon acompañado de otra persona de poca estatura, ancho de espaldas, vientre abultado y calva la cabeza; mas apesar de que su figura comun y poco agradable no prevenia en su favor, respiraba su semblante cierta bondad natural que era indicio seguramente de la rectitud de su corazón. Venia á su lado un chico de poca edad tra-

yendo bajo del brazo un abultado expediente; y ademas venian otros dos ó tres individuos que por sus vestidos y por su aire se conocia que eran dependientes de justicia.

Sorprendióse el conde al ver entrar en su casa esta tropa que no esperaba sin duda, y cuya aparicion le hizo comprender lo positivo que habian sido sus presentimientos. Pero Leon no le dejó mucho tiempo en la incertidumbre del objeto de su visita, y señalando al que á su lado venia le dijo.

—Señor conde, tengo el gusto de presentaros á Maese Antolin la Calle, notario de S. M. en cuyo archivo obra el expediente promovido por la señora marquesa mi poderdante.

Vuestro servidor, señor conde, agregó el regordete, acompañando el ofrecimiento con una profunda reverencia.

En seguida poniéndose los espejuelos casi en la punta de la nariz, y recogiendo del muchacho el legajo que este traia, comenzó á hojearle con mesurado ademan, pasando alternativamente el dedo índice de sus labios á cada una de las fojas del expediente.

—Aquí está, exclamó con acento nasal despues de haber recorrido casi la mitad del mamotreto; y echando hácia atrás la cabeza para que su vista pasára por los cristales de los espejuelos, murmuró por un breve rato como si repasase lo que allí se hallaba contenido. En seguida dirijiéndose al conde añadió.

—Si me dais vuestra venia, señor conde, pasaré á notificaros la providencia que ha caido á solicitud de la parte contraria.

—Podeis cumplir con vuestro deber cuando gustéis.

—Lo haré así usando del permiso que habeis tenido á bien concederme. Dice de esta manera. Y habiendo escombrado y gargajeado dos ó tres veces para limpiarse la garganta á fin de que saliera la voz clara é inteligible, comenzó:

—»Y mediante la presentacion de la renuncia original de Doña Maria Portocarrero á favor de su hermano D. Diego, se accede á la solicitud del señor marques de Alzaoca para que por su cuenta, y sin perjuicio, se trabe embargo en todos los bienes del señor conde del Buen Deseo tutor y administrador de la antes citada señora, hasta asegurar el completo de su patrimonio; y evacuado así entreguense los autos á la parte del señor conde, para que esponga lo que á su derecho convenga ect. ect. y ect.

Cerró el legajo maese Antolin, y dándoselo al muchacho, se quitó los espejuelos limpiando muy bien los cristales antes de guardarlos en el bolsillo.

Concluida esta operacion bizo un nuevo acatamiento al conde, y le dijo.

—Con vuestra licencia vamos á proceder á la formacion del inventario de todo cuanto exista en la casa, y tendreis la bondad de indicarnos lo que hayais puesto en poder de algunas otras personas, ya sea en confianza ò en depósito regular, para que podamos proceder con toda la exactitud que el asunto requiere. Y por último nos entregareis minuta de las posesiones, feudos, y derechos que constituyen vuestro caudal, ya en el término de

esta jurisdiccion, ó en qualquiera otra parte, con especificacion de la villa ó pueblo donde radiquen; pues á todas partes alcanza la accion de la justicia, y uno despues de otro hemos de trabar todos los embargos, para dar cumplimiento á nuestro cometido.

Al escuchar el conde la arenga que el escribano acababa de hacerle, hizo llamar á su primer criado, á quien dió orden de que pusiera de manifiesto todo cuanto habia en la casa, á fin de que aquellos señores evacuasen su encargo del modo que mas conveniente les pareciera.

Y el escribano despues de haber tomado razon de lo que habia en aquella estancia, siguió al criado para practicar el mismo reconocimiento en todas las demas.

Salieron tambien los agentes de justicia que le acompañaban, y el conde los vió marchar con gusto, por librarse de su importuna visita. Pero Leon no quiso abandonar el campo; antes bien parecia que aguardaba la ausencia de los demas para venir á colocarse á su lado.

—No me habeis creido, señor conde, le dice con semblante aflijido como si experimentase una sensacion desagradable con el acontecimiento que entonces tenia lugar; no me habeis creido cuando os anuncié lo que está pasando, pues era indispensable que sucediera.

El conde le miro por un momento como si quisiera sorprender la intencion ó sinceridad de sus palabras; pero Leon manejaba tambien el papel que se habia comprometido á hacer en aquel dia, que hubo de convencerse que habia obrado con

ingenuidad, y que no habia sido cordura desechar su proposicion con tanta ligereza.

—Pecásteis de coniado, señor conde, continuó Leon, y apesar que os puse el riesgo ante los ojos, los cerrasteis para no ver lo que era imposible que se ocultara: bien conozco que estabais prevenido contra mi: pero las prevenciones deben ceder al convencimiento, á fin de no verse estraviado y perdido.

—Yo tave mis razones para obrar así, respondió el conde, razones que ninguno en mi lugar hubiera desatendido: os lo dije entónces con franqueza, y si hubierais obrado con mas sinceridad no me habriais negado el reducido término que os pedía para daros una respuesta, que atendiendo á mis intenciones os hubiera sido favorable.

—Ahí está el asunto señor conde. Yo no dudaba de vos supuesto que vine directamente á ponerme en vuestras manos: iba á haceros un servicio, y era muy natural que contase con una recta intencion, y una buena acogida. Pero no todos los hombres son lo mismo; no todos tienen el mismo corazon, ni los mismos sentimientos: porque el interes individual los hace obrar por separado, y apartarse por distintos rumbos. Esto no lo entendeis, señor conde, porque no estais en antecedentes; pero si os dire que si hubiese esperado, accediendo á vuestros deseos, otra persona se hubiera aprovechado sin beneficio de ninguno de los dos. Y por última prueba de la verdad de mi raciocinio os diré, que el presente paso se podia haber evitado por vuestro director, preparando el asunto para un avenimiento, ya que por el interes que de él reportaría, deseaba que pasase esclusivamente por sus manos. Mas ni aun así ha sucedido, y

vuestra ciega confianza ha sido cruelmente vendida, dejándoos abandonado é indefenso.

El espanto y la admiracion se pintaron en el semblante del conde al escuchar las palabras del apoderado. Quedóse perplejo, porque le era imposible creer lo que acababa de oír, y sin embargo habia sido espuesto con tanto artificio, con tales muestras de interes y naturalidad, que tuvo que dudar apesar suyo del que hasta entónces habia mirado como un dechado de honradez y de probidad. Preocupado con esta idea no pudo desechár como hubiera querido una sospecha que comenzaba á introducirse insensiblemente en su pecho, antes bien un deseo que no podia resistir le obligaba á anudar esta conversacion, á fin de esclarecer un punto que tanto le interesaba.

—¿Decis que Rebolledo tenia conocimiento de esto?

—Debia tenerlo, señor conde, y su ausencia en circunstancias tan delicadas no hace muy recomendable su conducta.

—¡Fatal coincidencia! exclamó el conde como distraido.

Leon habia logrado su intento viendo que comenzaba á ser sospechosa á el conde la única persona que podia haberle hecho sombra todavia. Y aprovechando aquellos instantes de influjo que habia logrado á fuerza de maña y astucia cuando menos podia esperarlos, trató de sacar todo el partido que aun la permitia la triste situacion á que le habia reducido.

—Ahora que me conoceis, y que no podeis dudar del deseo que me anima por serviros, no

creo que vacilareis en aprovechar la única coyuntura que os resta de ocuparme con alguna utilidad. Yo estoy pronto á servirōs y á complacerōs, como en otra ocasion menos desgraciada os hice presente con la voluntad mas decidida.

—Gracias, amigo, pero en la situacion en que me veo, no hallo ocasion de utilizar vuestros servicios.

—Os engaņais, señor conde, porque todavia puedo tener el gusto de hacer algo en vuestro obsequio. Os habeis acobardado á vista de la desgracia que os rodea, y temeis mirar hácia adelante por temor de encontrar un porvenir todavia mas desastroso. Pero yo que puedo hacerlo con mas serenidad, he mirado por vos en el abandono en que os hayais, y viendo que os van á despojar de todo, y que os quedareis reducido á la miseria, ofrezco guardaros si quereis confiar á mi buena fé aquellas alhajas de valor que tengais, y que conservaré en en mi poder mientras pasa este acto, á fin de que no las inventarien, y que tendré cuidado de pasar al vuestro así que no corran riesgo alguno.

—No, no, respondió el conde, no acepto vuestra proposicion.

—No me habeis comprendido. El ardid que os propongo no imagineis que es un hurto; es un arbitrio que hace legal el rigor con que ha sido pronunciada la sentencia, y el mayor rigor que se observa en la ejecucion.

—Sin embargo me someto á ella como si hubiese sido dictada en toda justicia. O me toca ó no la herencia de mi hija: si la ley declara que si, la recibiré con mil amores; si los interpretes

de ella se la adjudican á mi nieto, no le defraudaré en un maravedi, cualquiera que sea la situacion que me toque en suerte.

—Mirad señor conde, que hecho el inventario no sereis dueño de una hilacha. Decidios antes que lleguen por aqui los que le estan formando.

—Ya sabeis mi resolucion.

—Que no os ciegue una delicadeza mal entendida; aprovechaos de mi desinteresado ofrecimiento.

—Creo que os he hablado con bastante claridad.

—¡Que pronto habeis olvidado, señor conde, la leccion pasada. Pues recapacitad un poco, porque la presente es algo mas dura.

—Estoy resignado á sufrir mi suerte.

—Pues bien, supuesto que no os hastan mis reflexiones, y que habeis desechado con decidido empeño los consejos de una persona que tanto interes ha tomado por libraros de la suerte que os ha labrado una ciega confianza y un abandono culpable, sabed que dentro de media hora el cumplimiento de mi deber me impedirá acceder á lo que ahora os he propuesto, por penoso que me sea veros tan desgraciado. En este momento puedo serviros todavia, porque quedará secreto entre los dos cualquiera cosa que me decida á hacer en vuestro obsequio; pero terminada la diligencia serán inútiles mis deseos y vuestras súplicas.

El conde se resintió notablemente con esta última palabra que tanto le humillaba en boca de aquella persona, y que estaba tan distante de esperar, cuando no solo no habia pedido sino que ni siquiera

había aceptado; pero el estado en que se veía le hizo disimular el ultraje, pues consideraba que de darse por entendido no le hubiera sido posible obtener satisfacción de la ofensa.

El apoderado sin hacer alto en su disgusto continuó.

—Yo no puedo dejaros así, señor conde, y apesar de vuesta resistencia trabajaré hasta convenceros de la necesidad de que adopteis mi propuesta. Dentro de algunos minutos pasarán vuestros bienes y efectos á poder de un depositario, hasta que se haga entrega de ellos al señor marqués de Alzaoca. ¿Y entonces, señor conde, que será de vuestra existencia?

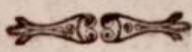
—Me moriré.

—Eso es muy bueno para decirlo en un momento de desesperacion; pero es una locura imaginarlo siquiera, cuando hay un medio espedito de quedar á cubierto de la miseria. Señor conde, os deixo el poco tiempo de que aun puedo disponer para que lo penseis con reflexion. Debeis poner en mí vuestra esperanza y fiaros en mi buena fé. Reflexionadlo bien los repito: por un lado ballareis un amigo decidido, de cuyo sigilo y seguridad debeis estar satisfecho: por el otro un despojo absoluto de cuanto poseeis, y por consiguiente abandono y miseria. La eleccion no da lugar á vacilar. Sin embargo os doy tiempo para que penseis la respuesta, mientras voy á ver como siguen los inventarios.





Capítulo XIII.



AL salir el apóderado se encontró que llegaba uno á toda priesa; y habiendo conocido al criado de Rebolledo, le detuvo diciendo:

—Ola, Pedro ¿qué venimos á hacer aqui?

—Señor Leon, contestó Pedro mirándole con admiracion ¿quién habia de conoceros de esa ma-

nera, sino el que ha servido con vos tanto tiempo á un mismo amo?

No gustó al antiguo pasante la observacion que el cabrero daba por respuesta á su pregunta; pero desentendiéndose de su significado volvió á insistir mas terminantemente.

—¿A quien vienes á buscar?

—Al señor conde del Buen Deseo.

—Pues dame el recado que traes para ponerlo en su conocimianto.

—¿De cuando aca señor Leon sois el criado de las confianzas del señor conde?

—No te hablo como criado del conde, y pues ignoras el estado en que se halla, yo te informarè de su actual posicion.

—Es escusado, porque ninguna intervencion tengo en ella: mi encargo se limita á verle.

—¿Y nada mas?

—¿Y que os importa?

—¿No sabes que media un mandato judicial que me reviste de la personalidad suficiente para mauejar sus negocios?

—Ola! ola! señor Leon; ya voy viendo que la curiosidad que nació en las ruinas del campo de las barrancas, nutrida despues en los sucesos extraordinarios y positivos que dieron de si el saqueo é incendio de Cadiz, ha tenido su desenlace en la casa del señor conde en favor de quien era imposible imaginarlo siquiera. No obstante como los fundamentos son tan débiles hubiera sido mas acertado, si se queria tener en cuenta al porvenir, haberse asido de un apoyo que sostuviera el edificio contra cualquier accidente que pudiera sobrevenir; pero el tiempo

de la prevision ha pasado para unos y para otros: el que lo hubiese aprovechado cogerá el fruto: el que por engreimiento ó imprevision le hubiese dejado pasar [desapercibido, que culpe los motivos que le hayan hecho obrar, ó la ignorancia que le haya espuesto á ser el juguete de la astucia y el disimulo.

Y aprovechándose de la atencion que el apoderado prestaba á sus palabras, le apartó á un lado, pues se habia interpuesto con intencion de cerrarle el paso, penetró en la estancia, y puso en manos del conde un pliego que hasta entónces habia mantenido oculto.

La rabia se apoderó de Leon al ver que habia errado el golpe, pero no tuvo resolucion por arrancar el papel de manos del conde, aunque le asaltaron buenas ganas de hacerlo.

Abrióle este con emocion; era de Rebolledo que le escribia detenidamente sobre asuntos muy interesantes.

Pero el conde no tuvo paciencia para acabar en aquel momento la lectura de todos los detalles que comprendia, y besando con delirante ademan un papel que le incluia dentro, exclamó. Hija del alma mia á quien he tratado con tanta indiferencia, é insensibilidad, olvida la crueldad de mis procederes en gracia al dolor que me devora: tu eres hoy dia mi amparo, mi patrocinio, el ángel tutelar que me deja ver todavia dias de ventura en el mismo momento que me creia precipitado para siempre en un abismo de perdicion.

—Señor apoderado, dijo despues que se hubo serenado un poco; todos erramos, y yo erré tam-

bien no hace mucho en desconfiar de una persona á quien debo mas que mi existencia. Pero no culpo á nadie de mi ceguedad: mi vida ha sido un continuo extravio, y no es extraño que algunos á su paso hayan querido aprovecharse. Mia ha sido la falta, y para mi únicamente el castigo: corramos un velo sobre acontecimientos que no pueden ya remediarse, y enmendemos lo presente á fin de poder mirar lo futuro.

—Ahí tenéis, continuó despues de un momento presentándole el papel; pasad por la vista ese documento, y mandad suspender las diligencias del embargo.

Miróle Leon con cierta especie de presentimiento que le indicaba que muy pronto iba á abandonarle la suerte que hasta entónces le habia ayudado con tanto empeño. Mas asi que se enteró que el documento que se le presentaba era una protesta redactada en toda forma por Doña Maria Portocarrero contra la renuncia que le obligaron á hacer de sus bienes y de su libertad, y que aquel documento le arrancaba de una vez todo el fruto de sus afanes y trabajos en el mismo instante en que iba á verse recompensado de los malos ratos que su ambicion y sus intrigas le causaran, creyó morir de pena de coraje y desesperacion. Sin embargo prevaleciendo estos sentimientos mas en su alma que el abatimiento que debiera haberla inspirado tan imprevisto revés, resolvió sostenerse hasta el último trance; y ver si lograba llevar á cabo la diligencia comenzada, pues en ese caso se prometia sacar algun partido por transacion.

—No es válida, respondió Leon al conde con

disimulado despecho, despues de haber repasado la protesta: no es válida en ningun concepto; pero aun suponiendo que pudiera ser algun dia será despues que haya sido reconocida y aceptada en juicio. Por consiguiente no tiene fuerza alguna para interrumpir el acto que se llevará á efecto sin los miramientos usados hasta ahora, visto que no se ha procedido con la buena fé que se esperaba.

—Señor apoderado, gritó el conde lleno de indignacion acabando de convencerse de la iniquidad con que habia obrado, si he tolerado hasta este momento los excesos que habeis cometido, sabed que no estoy en el caso de sufrirlos mas. Os presento un documento en debida regla, que Robollo me dice es suficiente para detener la tropelia que conmigo se está ejecutando...

—¿Y que me importa el parecer de ese caduco, de ese imbécil que ha olvidado ya, ó no ha aprendido nunca el curso de los procedimientos. Os ha dicho que no admito la protesta que presentais y que si conviene á vuestro derecho hagan uso de ella en lugar y tiempo conveniente.

—¿Qué es eso de protesta dijo el escribano que acababa de entrar: é interponiéndose entre todos tomó en sus manos el papel que era objeto de la cuestion.

—No es nada maese Antolin, gritó Leon procurando que no leyera el documento; pero el escribano lo recogió bien dentro de la mano à fin de que no se lo quitara mientras se ponía las gafas para leerlo. No es nada, continuó el antiguo amanuense: una fulleria que no habíamos previsto: un ardid del oficio que no prenderá por cierto...

—¿Del oficio? repitió el escribano herido por la espresion: ardid... fulleria... hum! hum! y volviéndole la espalda se apartó á un lado para huir de sus importunaciones.

—Un momento despues hizo sentar á un bufete al muchacho que le acompañaba, y sin cuidarse de los que estaban presentes comenzó á dictarle paseándose lo que sigue:

—Y mientras se formalizaba el correspondiente inventario segun el mandato judicial, me fué presentada por la parte del señor conde del Buen Deseo una protesta de su hija doña Maria que anulaba todo el efecto de la renuncia en cuya virtud habia sido espedido el mandamiento de embargo. Y habiéndoseme requerido que suspendiese la diligencia, lo efectué así hasta dar cuenta de este incidente, de que doy fé etc. etc.

Despues que hubo dictado y signado la anterior nota, devolvió la protesta al conde diciéndole.

—Guardad ese documento con cuya existencia no contaban seguramente vuestros contrarios. Os ha salvado de una completa ruina, y debeis estar agradecido á la amistosa prevision de Rebolledo.

—Si lo estoy, señor la Calle, como tambien á la delicadeza é imparcialidad de vuestro proceder.

—He obrado con equidad y justicia en todo; sin embargo el principio de la diligencia podeis creer que me fue penosisimo, no así la terminacion, pues me ha sido mas agradable de lo que podia preveer.

—No hay necesidad de que lo asegureis dijo Leon con acento cáustico y forzada soarisa, pero quizá os arrepentireis muy pronto del abuso que haceis ahora

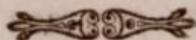
de vuestras facultades: el cohecho y el fraude quedarán patentes, y cada uno recibirá su merecido.

—El que te está reservado en su día te hubiera dado en este momento, á no haberme contenido el respeto que debo á mis señores, le contestó Pedro viéndole salir de estampida.





Capítulo XIV.



Y donde está Rebolledo? preguntó el conde á Pedro asi que estuvieron solos.

=Aquí estoy, respondió el mismo presentándose.

=Amigo mio, exclamó aquel arrojándose en sus brazos con el mas sentido ademan; cuanto debo á vuestra previsora solicitud! ¿Con que podré paga-

ros la desinteresada amistad que me habeis mostrado en circunstancias tan tristes y calamitosas para mi?

—Creyéndome siempre vuestro amigo, y no dudando de la rectitud de mi proceder.

—Me avergonzais Rebolledo, pero me he visto tan desgraciado que debe perdonarse mi debilidad.

—Pues ya que la habeis conocido es llegada la hora de enmendar los desaciertos que os hizo cometer, é indennizar como es justo á la única persona que ha sufrido por todos con el mayor heroismo y resignacion.

—¿Que me quereis decir? preguntó el conde balbuciente y conmovido por la incertidumbre en que le ponian sus palabras.

—Os lo diré todo, porque ya ha llegado el momento de la esplicacion. Hace cuatro dias cuando supisteis terminantemente las intenciones de vuestros contrarios, conocí que las mismas dificultades de la situacion á que os reducian os habian de traer el desengaño que se necesitaba para que sacudieseis aquella especie de éstasis en que os sumergiera el deseo de realizar vuestros proyectos. Entónces resolví ausentarme, y lo verifiqué sin daros cuenta de mis proyectos. Aprovecharon mi ausencia para llevar á cabo una providencia atropellada, pero yo habia previsto este caso, y dejé mis instrucciones á Pedro por si sucedia antes de mi regreso, que ha sido en este mismo instante. Mientras obraban de este modo en nombre de aquel por cuya prosperidad y engrandecimiento no habiais omitido sacrificio alguno, iba yo á buscar el único consuelo que os quedaba en la desgraciada posicion en que os veiais, el único que podia

dulcificar vuestra amargura: la única persona que había sido perjudicada en vuestro cariño, y que en medio de sus privaciones y de sus sacrificios era esta la pena que mas la devoraba y consumia.

—Rebolledo, le dijo el conde no pudiendo resistir mas aquella situacion, acabad por Dios de decirme, porque me estais dando la muerte al mismo tiempo que concibo la esperanza de que voy á deberos la vida.

—Si señor conde, son ciertos los presentimientos de vuestro corazon.

—Dios inmenso y misericordioso, exclamó el anciano arrodillándose en medio de la estancia, mientras que sus ojos bañados en lágrimas se dirigian á la morada del Ser Supremo. Yo te doy gracias porque me has conservado para este dia de júbilo y de beatitud: yo bendigo mis tribulaciones porque me han conducido á un arrepentimiento tan glorioso.

Hija mia! ¿donde está mi hija? gritó fuera de si poniéndose de pié y queriendo salir en su busca. Pero este momento dichoso llegó apenas habia sido deseado. María, la obediente, la resignada, la siempre cariñosa hija abrazaba con apasionado ahinco las rodillas del tutor de sus dias. Gozaba en aquella hora de fruicion y de alegría lo que habia llorado en tantas otras de amargura, de luto, y de desgracia.

—Ven á mis brazos ángel de luz, que haces lucir á mi vista una nueva era resplandeciente como tu: ven á mi seno y que los latidos de mi corazon te hagan sentir las emociones que le conmueven: ven á tu padre para que imprima en

esa frente tersa y pura, emblema de la virtud mas acrisolada un ósculo de respeto, de admiracion, de gratitud, y de amor.

Pero la niña no abandonaba las rodillas de su padre que mantenía enlazadas estrechamente, como si esperase alguna cosa mas que aquellas demostraciones de cariño y regocijo: y Rebolledo que la habia comprendido, pues como menos preocupado estaba en todos los pormenores de aquella escena, iba á interponer su influjo en su favor, cuando el conde reparò que no estaba su hija sola á sus pies.

Y habiendo reconocido al compañero que habia traído de su peregrinacion, enlazó sus manos diciéndoles con acento enternecido. Sed felices hijos míos, por la senda que el cielo os ha trazado. Nuño, Maria, yo os doy mi bendición y mis brazos: sed tan venturosos como mi vejez necesita, para que el recuerdo de mis desaciertos no acibare los cortos dias que aun me quedan que pasar sobre la tierra...

Los dos jóvenes esposos se enlazaron á su cuello haciéndole conocer con las caricias que le prodigaban el anhelo que tenían porque se olvidara todo lo pasado.



NOTICIAS POSTERIORES.

Nos creemos en la obligacion de dar á nuestros lectores varios pormenores mas acerca de los personajes de la anterior novela, para lo que hemos practicado algunas indagaciones con la mayor escrupulosidad. De ellas resulta que Nuño y Maria tuvieron muchos y hermosos hijos que fueron las delicias de sus padres, y el embeleso de su abuelito. Pero la felicidad que este disfrutaba, aunque superior a la que podía prometerse, no fué nunca cumplida con respecto á las esperanzas de su vida entera. El cielo no podia dejar pasar sin castigo el abuso que habia hecho de su autoridad, posponiendo su cariño y la obligacion que Dios le habia impuesto, á su engreimiento, y preocupaciones. Y si lo toleró por algun tiempo, llegó el dia de la justicia y sonó la hora de la reparacion. El marques de Alzaoa nieto del conde, y único vástago que quedaba para perpetuar su apellido objeto de todos los errores y abusos cometidos, murió de viruelas á los pocos dias de la reconciliacion del padre y de la hija: y este suceso en que se veia la mano de Dios, fué al mismo tiempo el premio debido á la inocencia, y el castigo que tan merecido tenian los criminales. Nuño y Maria fueron marqueses de Alzaoa, con lo que se terminaron los escandalosos pleitos que se habían suscitado, y se consumó la ruina de algunos intrigantes y advenedizos que medran con los disturbios y desavenencias de las familias. De este número fue Leon á quien sus malos procederes le hicieron aborrecido de todos, y acabó su

8.000
Zona e 1 vol

vida lleno de enredos y de trampas: pero sofiando siempre con su futuro engrandecimiento.

Rebolledo por el contrario, modelo de buena fé y de probidad, mereció las mayores distinciones, y el aprecio de toda la familia de cuyos negocios y asuntos fué el único encargado: tampoco quedó sin recompensa la fidelidad de Pedro, pues halló en esta casa una buena colocacion para toda su vida; por que la virtud en cualquiera clase ó condicion que se encuentre se ve acatada desde el momento en que es conocida.

-AN
-CA
-SXIX

W.F.W.

8
k/1=

СІМЪ: 1813

Высша 22

САГЕ ТОДОС ГОС ДОМИСОС

Publicacion Periodica

DE MOLETVS

COLECCION

